

Z/ 13135 : 15, 731 (1926)

FRAY MOCHO



N.º 731

27-4-1926

a \$ 203.565

ASCIENDE EL VALOR DE
LOS BONOS DE AHORRO

HALLADOS EN LOS FOSFOROS

POR LOS CONSUMIDORES



Señor Gerente de la
COMPAÑIA GENERAL DE FOSFOROS

Presente

Comunicamos a Vd. que desde el
15 de diciembre de 1924 hasta el 31
de enero próximo pasado y desde el
1º de febrero hasta la fecha, los
**BONOS DE AHORRO y las ORDENES DE DE-
POSITOS** respectivamente, de esa Com-
pañia presentados para acreditar en
libretas de ahorro, ascienden a las
siguientes cantidades:

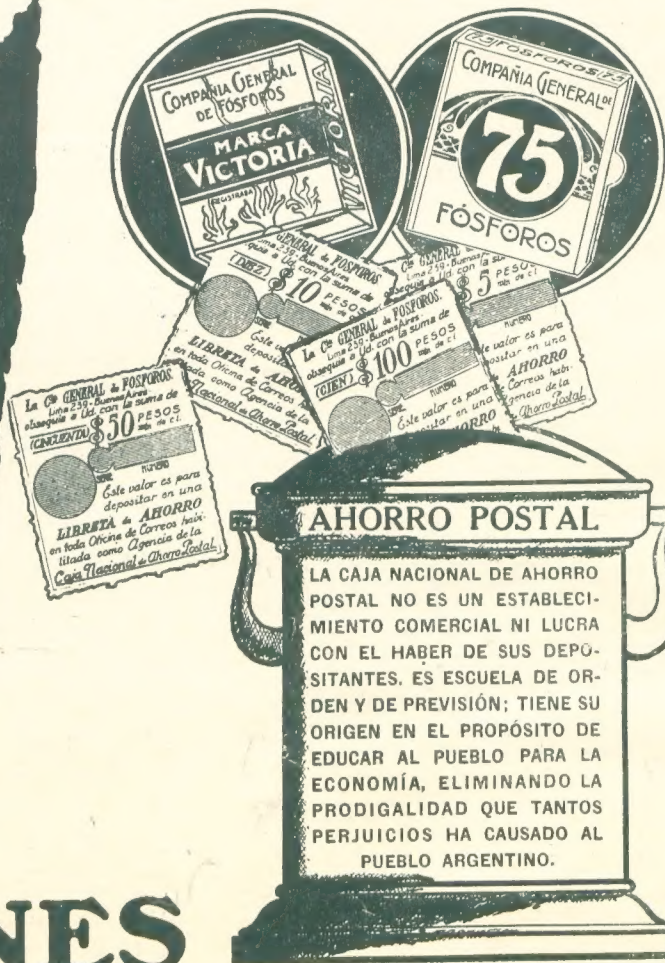
M e s e s	CANTIDAD	IMPORTE
Diciembre/924 a Enero/926 -Bonos	25.213	\$ 181.925
Febrero/926-Ordenes de Depósitos	663	" 4.845
En Marzo/926	2.367	" 16.795
TOTALES	28.243	\$ 203.565

Saluda a Vd. muy atentamente.

Buenos Aires, marzo 31/926

F.-





TRES RAZONES

JUSTIFICAN LA PREFERENCIA DEL PÚBLICO SIN DISTINCIÓN

EN FAVOR DE LOS FÓSFOROS

MARCAS "VICTORIA" y "75"



1º

PORQUE FOMENTAN EL AHORRO

COMO MEDIO DE BIENESTAR INDIVIDUAL Y DE ENGRANDECIMIENTO DE LA PATRIA



2º

PORQUE ES UN PRODUCTO ARGENTINO

LA ESTEARINA ES PROCEDENTE DE LOS SEBOS NACIONALES.
EL PABILO ES ELABORADO CON EL ALGODÓN DEL CHACO.
LA CAJITA CON CARTÓN DE PRODUCCIÓN NACIONAL.



3º

PORQUE SON LOS MEJORES FÓSFOROS

Y LO MEJOR SIEMPRE RESULTA LO MAS BARATO SEGÚN EL ADAGIO POPULAR.

FRAY MOCHO

Año XV

Buenos Aires, 27 de abril de 1926

Núm. 731

Kitty, al principio no quería presentarse ante Ana, pero se había dejado persuadir por Dolly. Haciendo un esfuerzo sobre sí misma, la joven entró en la sala, y sonrojándose se acercó a Ana para darle la mano.

—¡Muy feliz de volverla a ver!— dijo con voz conmovida, y todas sus prevenciones contra aquella perversa mujer desaparecieron a la vista del bello y simpático rostro de Ana.

—Habría encontrado natural su negativa de usted a verme—dijo Ana.—Ahora estoy ya acostumbrada a todo. Me han dicho que estaba usted enferma. En efecto, la encuentro bastante cambiada.

Kitty atribuyó el tono seco de Ana al sonrojo que le causaba su falsa situación, y el corazón de la joven desposada se conmovió.

Hablaron de la enfermedad de Kitty, de su hijo, de Esteban; pero la atención de Ana estaba muy distante de todo esto.

—He venido a despedirme—le dijo a Dolly al levantarse.—¿Cuándo marchas?

Sin responder, Ana se volvió a Kitty con una sonrisa.

—Me alegro de ver a usted de nuevo. ¡He oído hablar tanto de usted y también de su marido! ¿No sabe usted que fué a hacerme una visita? Me ha gustado muchísimo—añadió con mala intención.—¿En dónde está ahora?

—En el campo—dijo Kitty ruborizada.

—Salúdele de mi parte; no lo olvide usted.

—No lo olvidaré, de seguro—dijo ingenuamente Kitty, con una mirada de compasión.

—Adiós, Dolly—dijo Ana besándola.

—Es tan seductora como en otro tiempo—hizo notar Kitty a su hermana cuando ésta volvió, después de haber acompañado a Ana hasta la puerta.—¡Qué hermosa es! ¡Pero hay en ella un no sé qué extraño que causa pena, mucha pena!

—Hoy no la encuentro en su estado normal. He creído que iba a prorrumpir en llanto en la antesala.

Al volver a subir al coche, Ana se sintió más infeliz que nunca. Su conversación con Kitty despertaba dolorosamente en ella el sentimiento de su decadencia moral, y este sufrimiento vino a agregarse a los otros.

Sin saber lo que se decía, dió orden al cochero de volver a casa.

—Me han estado mirando como a una criatura extraña e incomprensible. ¿Qué querían decirse entre sí? ¿Tenían la pretensión de comunicarse con la mirada sus opiniones sobre mi conducta?... ¡Y yo que quería confiarme a Dolly! He hecho bien en callar; mi desgracia la habría alegrado, aunque lo hubiese disimulado. Habría encontrado justo el verme expiar esa felicidad que en otro tiempo descaba para Kitty. Esta se habría alegrado más aún; he leído

UN MAL PASO

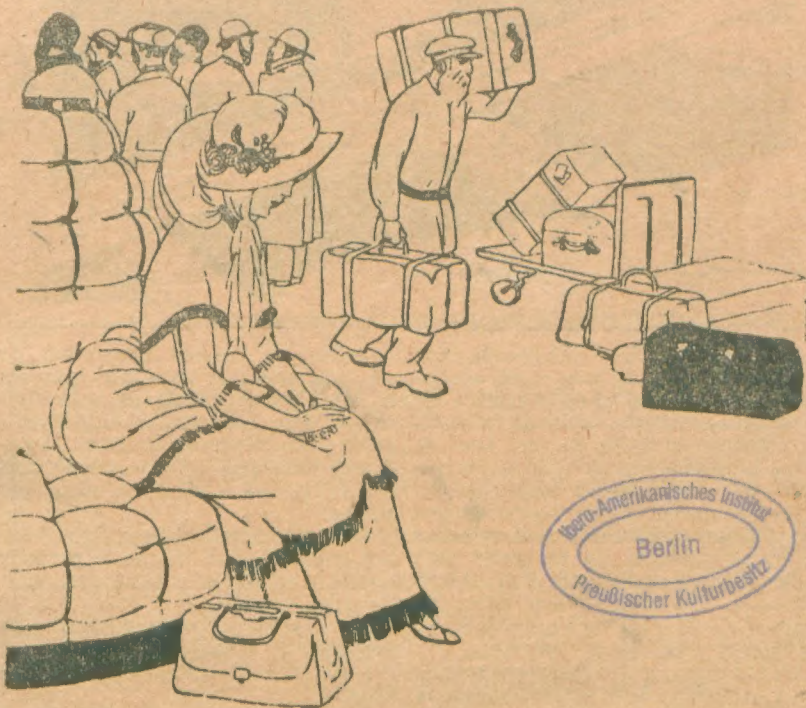
Por LEÓN TOLSTOI

Ilustraciones de Manchón

muy claro en su corazón. Me odia porque he agradado a su marido. A sus ojos soy una mujer sin moralidad. Me desprecia. ¡Ah! Si yo fuese lo que ella piensa, ¡con qué facilidad le habría hecho perder la cabeza a su marido! Convengo en que se me ocurrió esta idea. Ahí va un hombre bien satisfecho de sí—y se puso a seguir con los ojos a un señor grueso, de rostro colorado, que venía hacia ella, saludándola.—El también me conoce; ahora todos me conocen,

aquel tendero, qué señales de cruz tan rápidas! ¡Parece que teme no poder llegar a una docena! ¿A qué vienen estas iglesias, esas campanas, esas mentiras? ¿Para disimular el odio recíproco de las gentes? Yashvine tiene razón al decir: "El quisiera despojarme de mi camisa y yo a él de la suya."

Arrastrada por sus pensamientos, olvidó por un momento su dolor, y se quedó sorprendida cuando el coche se detuvo. El conserje, al salirle



Se sentó en un gran diván circular, esperando el tren...

y yo ¿puedo lisonjearme de conocerme a mí misma? Conozco solamente mis debilidades... Allí hay dos chicos que sorben los pésimos helados de un aguajero de plaza... Todos tenemos nuestra glotonería, y a falta de cosa mejor, nos contentamos hasta con los helados malos, como Kitty, que, no pudiéndose casar con Wronsky, se ha contentado con Levine. Me detesta y está celosa de mí; por mi parte la envidio. Este es el mundo.—Futkin, peluquero.—Haría reír a todos, si dijera que me peina un Futkin. Pero en adelante no tendré a nadie a quien hacer reír... Tocan a vísperas; ¡holá,

al encuentro, la hizo volver a la realidad.

—¿Ha llegado la respuesta?

—Voy a informarme—dijo el conserje.

Volvió al cabo de un momento con un sobre que contenía un telegrama. Ana leyó:

"No puedo volver a casa antes de las diez.—Wronsky."

—¿Y el mensajero?

—Aún no está de vuelta.

Un vago anhelo de venganza nació en el ánimo de Ana, que subió corriendo la escalera.

—Yo misma iré a buscarle—pensó,—antes de partir para siempre. Ya

le diré lo que conviene. ¡No he odiado nunca a nadie tanto como a este hombre!

Y al ver el sombrero de Wronsky en la antesala, se estremeció con aversión. No había reflexionado que el despacho era una contestación al suyo y no a la carta que le había remitido por un criado, y que Wronsky no podía haber recibido aún.

—Se parece a su madre; charlarán alegremente, sin tener un solo pensamiento para mí, que sufro tanto.—Y queriendo substraerse a los terribles pensamientos que la asediaban en aquella casa donde las paredes parecían que iban a aplastarla.—Es preciso marchar inmediatamente—se decía,—tomar el ferrocarril, perseguirle, humillarle.

Al consultar el horario, leyó que el tren de la noche partía a las ocho y dos minutos.

—Llegaré a tiempo—dijo.

Y haciendo enganchar los caballos al coche, se apresuró a poner en una pequeña maleta los objetos indispensables para una ausencia de pocos días; decidida a no volver ya, formaba mil proyectos, y resolvió, después de la escena que le preparaba en la estación o en la casa de la Condesa, continuar su viaje por el tren de Nijni para detenerse en la primera estación que le saliera al paso.

La comida estaba servida, pero le causaba horror el alimento. Volvió a subir en el coche apenas estuvo dispuesto, irritada de verse rodeada de la servidumbre, que se agitaba en torno suyo.

—No te necesito, Pedro—dijo a un criado, que se preparaba a acompañarla.

—¿Quién le tomará el billete a la señora?

—Bueno, si quieres venir, ven—respondió irritada.

Pedro subió al pescante y dió orden al cochero de ir a la estación de Nijni.

—¡Se van aclarando mis ideas!—dijo para sí Ana, cuando montó en el coche, que rodaba por empedrado irregular.—¿Cuál era mi último pensamiento? ¡Ah, sí! Las reflexiones de Yashvine sobre la lucha por la vida y sobre el odio, que es lo único que une a los hombres. ¿Qué andáis buscando tan alegres?—preguntó mentalmente a una gozosa comitiva que llenaba un coche de cuatro caballos y que, evidentemente, iba a divertirse al campo.—No escaparéis a vuestra suerte—y al ver a algunos pasos de distancia a un obrero borracho, conducido por un agente de policía.—¡En ese estado, al menos, se olvida todo! Nosotros también hemos sentido alegrías, y, sin embargo, siempre nos ha parecido pálidamente comparadas con las supremas a que aspirábamos.

Y por primera vez Ana consideró sus relaciones con el Conde bajo aquel rayo de luz vibrante que en un momento le revelaba la vida.



—¿Qué ha buscado en mí? La satisfacción de su vanidad más bien que la de su amor.

—Buscaba sobre todo el triunfo, el éxito; me amaba, pero sólo por vanidad. Ahora que ya no está orgulloso de mí, se acabó todo. Habiéndome quitado todo cuanto podía quitarme y no encontrando ya nada que vencer, le peso ya y sólo se preocupa de guardarme exteriormente todas las consideraciones. Si desea el divorcio, es precisamente con tal motivo. Quizá me quiere aún un poco y me desea el bien, ¿pero cómo? —The zest is gone! ¡El juego ha terminado! En el fondo de su corazón se alegrará de quedar libre de mi presencia. Entretanto que mi amor se hace cada día más egoísta y apasionado, el suyo se va apagando poco a poco. Por esto no podemos ir de acuerdo. Yo siento la necesidad de atraerlo hacia mí, y él la de huirme. Hasta el momento de nuestra unión caminábamos uno al lado del otro; ahora cada uno tiramos en dirección contraria. El me acusa de ser ridículamente celosa..., yo también me acuso, pero la verdad está en que mi amor no está ya satisfecho.

En aquella turbación que la dominaba, Ana cambió de postura y movió maquinalmente los labios como si fuese a hablar.

—Si pudiera, trataría de ser para él una amiga razonable y no una amante apasionada, a quien desespara la frialdad, pero no puedo transformarme. El no me engaña, estoy segura, ya no está más enamorado de Kitty que de la princesa Sarokine, ¿pero qué me importa todo esto? Desde el momento en que mi amor le fatiga, en que no experimenta ya por mí lo que experimento yo por él, ¿qué me importa su modo de obrar? Casi preferiría que me odiase; donde cesa el amor, comienza el disgusto; y este infierno que sufro... ¿Pero qué barrio es éste, desconocido para mí? Palacios, casas y más casas, habitadas por personas que se odian recíprocamente... ¿Qué me podría venir que me trajese un poco de felicidad? Supongamos que Alejo Alexandrovitch consienta en el divorcio, que me devuelva a Sergio, que me case con Wronsky.

Y al pensar en Karenine, Ana se lo vió delante, con su mirada apagada, sus manos cruzadas de azuladas venas, con sus falanjes que crujían y el pensamiento de sus relaciones de otro tiempo, calificadas entonces de prueba de ternura, le hizo estremecerse de horror.

—Admitamos que me case; Kitty, ¿me respetará por esto? ¿No me preguntará Sergio por qué tengo dos maridos? ¿Cambiará Wronsky para mí? ¿Pueden establecerse entre él y yo relaciones que me den, no digo la felicidad, sino relaciones que no sean torturas? No—respondió sin vacilar.—La escisión entre nosotros es demasiado profunda. Yo hago su felicidad y él hace la mía. Nada cambiará por tanto. ¡Toma! Allí hay una mendiga que se imagina inspirar compasión porque lleva consigo a una criatura. ¿No estamos abandonados todos en la tierra para ser desgraciados?... Los niños están entrando en la escuela... ¡Mi pequeño Sergio!... ¡También he querido amarlos! Me enternecía tanto al verle! Y, sin embargo, he vivido sin él cambiando su amor por el de otro, y hasta que la pasión por este otro estuvo saciada, no me he quejado del cambio.

Y ahora estaba casi contenta de analizar sus sentimientos con una claridad tan terrible.

—Todos somos más o menos infelices; yo, Pedro, el cochero, esos co-

merciantes..., todos y por todas partes y siempre.

—¿Será preciso tomar el billete para Obiralowka?—preguntó Pedro al llegar a la estación.

A ella le costó trabajo comprender esta pregunta; sus pensamientos andaban muy lejos y había olvidado lo que venía a hacer en aquel sitio.

—Sí—respondió al fin, dándole el bolsillo y bajando de la carroza con la maletilla roja en la mano.

Las circunstancias de su situación le volvieron a la memoria, en tanto que atravesaba la multitud para dirigirse a la sala de espera.

Se sentó en un gran diván circular, esperando el tren. En su pensamiento se puso a repasar las diferentes resoluciones que podía adoptar.

Se figuraba el momento en que llegaría a la estación, el billete que escribiría a Wronsky, lo que le diría al entrar en el salón de la vieja condesa, en donde quizá en estos momentos se lamentaba de las amarguras de la vida. La idea de que aún podría ella vivir feliz cruzó por su cerebro... ¿Qué duro se le hacía el tener que odiar y amar al mismo tiempo! ¿Y cómo latía su corazón hasta despedazarse!

Sonó una campana; un sujeto de

notar en su rostro el terror que la helaba.

Se sentó de nuevo; la pareja había tomado asiento delante de ella y examinaba discretamente, si bien con gran curiosidad, las particularidades de su traje.

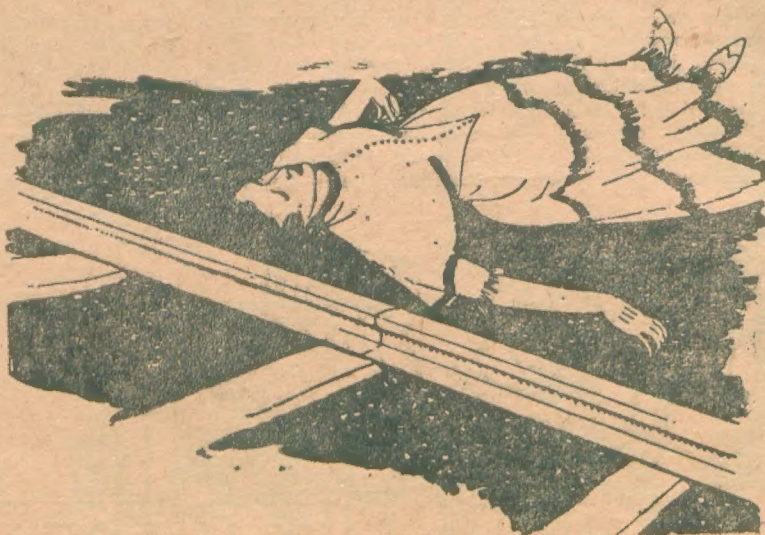
El marido pidió permiso para fumar, y habiéndolo obtenido, hizo notar a su mujer, en francés, que encontraba mayor placer en charlar que en fumar. Cambiaron necias observaciones con objeto de atraer la atención de Ana y trabar conversación con ella.

Ana pensó que aquellas personas debían detestarse; ¿podía amarse, acaso, gente tan fea?

El estruendo, la gritería, las risas que siguieron al segundo toque de campana, dieron a Ana la idea de taparse las orejas; ¿había algo de divertido en todo esto? Después de la tercera señal, silbó la locomotora y el tren se puso en movimiento. El señor hizo la señal de la cruz.

—¿Que pretenderá hacer con eso?—pensaba Ana, volviendo con disgusto los ojos para mirar por encima de la cabeza de la señora los vagones y las paredes de la estación, que pasaban ante la ventanilla.

Ana, olvidando a sus vecinos, respiró el aire fresco y cogió de nuevo el hilo de sus reflexiones.



mala traza, pasó por delante de ella; Pedro atravesó la sala y se acercó para acompañarla hasta el coche; los hombres agrupados cerca de la puerta callaron al verla pasar; uno de ellos murmuró no sé qué a su vecino; debía ser alguna desvergüenza.

Ana se metió en un vagón de primera clase y colocó la maleta sobre el diván cubierto de un paño gris pálido. Pedro se levantó el sombrero galoneado, con una sonrisa idiota en signo de despedida, y se marchó. El conductor cerró la portezuela.

Una señora, ridículamente ataviada y a quien Ana desnudó con la imaginación para poder proporcionarse el placer de asustarse de su fealdad, corrió a lo largo del andén seguida de una niña que se reía con grande afectación.

—Esa niña es grotesca y presuntuosa—pensó Ana.

Y para no ver a nadie se sentó al lado opuesto del coche.

Un "mujick" sucio, con un gorro del que se escapaban mechones de cabellos enmarañados, pasó rozando la ventanilla.

—Esta figura no me es desconocida—pensó Ana.

Y de repente recordó su pesadilla, y se retiró espantada hacia la otra portezuela, que el conductor abrió en este momento para hacer entrar a un señor y una señora.

—¿Desea usted salir?

Ana no respondió y nadie pudo

—¿El conde Wronsky? Ahora poco ha venido a buscarle la princesa Sakorine y su hija. ¡Qué magnífico cochero!

En el mismo momento vió Ana dirigirse hacia ella al demandadero, al cochero Miguel, envuelto en un caftán nuevo, que traía un billete con cierta importancia y orgulloso de haber cumplido su misión.

Ana rompió el sello y su corazón se oprimió al leer:

"Me duele que su billete de usted no me haya hallado en Moscú. Volveré a las diez—Wronsky."

—¡Me lo esperaba!—dijo con una sonrisa irónica.—Puedes volverte a casa—añadió dirigiéndose al joven cochero.

Pronunció estas palabras lentamente y con dulzura; su corazón latía hasta destrozarse y la impedía hablar.

—¡No te permitiré ya hacerme sufrir tanto!—pensó, dirigiéndose con el pensamiento, amenazadora, contra aquél que la torturaba, y continuó paseando, indecisa.

—¿Adónde huir, Dios mío?—se dijo al verse examinada curiosamente por las personas a quienes su belleza y su elegancia atraían.

El jefe de estación le preguntó si esperaba el tren; otro la miraba con tal fijeza que la turbó.

Al llegar al extremo del andén se detuvo. Unas señoras y unos niños hablaban riendo con un señor de anteojos, a quien al parecer habían salido a esperar. También ellas se callaron y se volvieron al ver pasar a Ana.

Esta apretó el paso; llegaba un tren de mercancías que hacía estremecerse el andén; Ana se creyó de nuevo dentro de un tren en movimiento.

De pronto se acordó del hombre aplastado el día en que por primera vez había visto a Wronsky en Moscú, y comprendió lo que debía hacer.

Ligera y rápida, bajó los escalones y se dirigió hacia las agujas al encuentro del tren.

Fríamente examinó la gran mole de la locomotora, las cadenas, los ejes, tratando de medir con la vista la distancia que separaba las ruedas posteriores del primer vagón de las anteriores del segundo.

—Allí—dijo mirando la sombra proyectada por el vagón en la arena mezclada de carbón que cubría las traviesas,—allí encontraré el fin de mi tormento y su castigo.

Su maletilla roja, que le costó trabajo desenredar de la muñeca, le hizo perder el momento de arrojarla bajo el primer vagón; esperó el segundo.

Un sentimiento semejante al que experimentaba en otro tiempo al chapuzarse en el agua, apoderóse de Ana, que se santiguó.

Este ademán familiar despertó en su alma una multitud de recuerdos de la infancia: la vida con sus goces fugitivos brilló un momento ante sus ojos; pero no los separó del vagón, y cuando llegó ante ella la parte que está entre los dos ejes, tiró la maletilla y con los brazos extendidos se echó de rodillas bajo el vagón, como si hubiese querido estar pronta para levantarse otra vez.

Tuvo tiempo para sentir miedo.

—¿En dónde estoy? ¿Por qué?—pensó, haciendo esfuerzos para echarse a un lado; pero la pesada mole, inflexible, la golpeó en la cabeza y la arrastró por la espalda.

—Señor, perdóneme!—murmuró al sentir la inutilidad de la lucha.

Y la luz que para la infortunada había iluminado el libro de la vida con sus tormentos, sus falsedades y sus dolores, rasgando las tinieblas, brilló con esplendor más vivo, vaciló y se apagó para siempre.

LAS PRIMERAS LLUVIAS. por Rojas



En la aurora de la vida Negóse la Buena Hada, con su cestillo de oro en las manos, y dijo al mancebo:

—He aquí mis dádivas: Fama, Amor, Riqueza, Placer y Muerte. Elige pronto...

El mancebo exclamó, sin titubear:

—¿Para qué pensarlo?... Y eligió el Placer.

Y se fué por el mundo y empezó a saborear esos goces apetecibles que hacen suspirar a la edad moza.

Entonces comenzó a advertir que esos goces eran fugitivos y matadores de ilusión, que eran vanos e infecundos. Cada placer gustado dejábale con la mueca del hastío en los labios. Un día pensó:

—¿Cuántos años malgastados inútilmente!... ¡Si pudiese volver a elegir!

Volviendo a aparecersele la Buena Hada, le dijo:

—Quedan cuatro dádivas. Puedes elegir de nuevo. Mas no olvides que el tiempo tiene alas y que sólo uno de mis dones es precioso.

El hombre meditó largo rato. Y eligió el Amor. No advirtió que de los párpados del Hada se desprendían dos gruesas lágrimas.

Transcurrieron muchos años y cierta noche encontróse el hombre arrodillado junto a un ataúd en un lugar desierto. En comunión consigo mismo, murmuró:

—Uno a uno fueron yéndose y dejándome. Ahora es ella la que me abandona. Las penas asolaron mi es-

piritu. Por cada hora de dicha que me proporcionó ese traidor mercader que se llama Amor, me hizo pagarle con años de amargura... ¡Oh, maldito mil veces sea!

—¡Elige de nuevo!—le dijo la Buena Hada.—El tiempo es gran maestro, y ahora sabrás lo que te conviene. Quedan tres dádivas. Pero sólo una de ellas es preciosa.

Reflexionó el hombre, y eligió la Fama. La Buena Hada se alejó con un suspiro.

Al pasar de los años, tornó la Buena Hada. Contempló al hombre sólo y pensativo, envuelto por las melancolías de un atardecer de otoño. Y ella, compasiva, oyó sus quejas.

—Mi nombre llenó el mundo. El elogio de mis obras volaba de boca en boca. Todo me sonreía. Fui feliz un instante, un instante tan sólo. Porque luego empezó a roerme la Envidia, a denigrarme la Calumnia, a perseguirme el Odio. Después cayó sobre mí el Ridículo, que es el principio del fin. Y acabé en manos de la Compasión,

que es el funeral de la Fama... ¡Oh, miseria e inanidad del Renombre!... ¡Qué eres, en suma? Al principio, blanco para los dardos del odio, y en la hora de la decadencia, un motivo de menosprecio y compasión.

—Vuelve a elegir—suspiró la Buena Hada con su vocecilla cristalina.—Quedan dos dádivas. No desesperes. Ya te dije que había una verdaderamente preciosa; aún la tienes al alcance de la mano.

—¿Tienes razón!—dijo el hombre.—Venga la Riqueza, que es la Fuerza incontrastable. ¡Cómo habré podido ser tan ciego!... Ahora será la vida digna de vivirla. Gastaré, derrocharé, deslumbraré. Los que de mí se moraban, arrastrarán ante el oro su vileza, escarbando en el cieno, impotentes. Tendré todos los goces, todas las satisfacciones del espíritu y del cuerpo. Compraré la deferencia, el respeto, la estima, la adoración, cuantos oropeles sentimentales puede suministrar el mercado de la vida. En verdad que ahora

he de aprovechar el tiempo que antes perdí, porque era ignorante de las cosas del mundo.

Pasaron tres años. El último de ellos sorprendió al hombre en una misera guardilla. Tiritaba; sus mejillas, hundidas, tenían el color de la cera, y vestía andrajos.

Mordisqueando un mendrugo, decía:

—¡Malditas sean todas las dádivas de la Vida!... Burlas son y doradas mentiras... ¡Dádivas!... Llamémoslas préstamos. ¡Placer, Amor, Fama, Riqueza!... No sois sino disfraces temporales de estas realidades eternas: Dolor, Desengaño, Vergüenza y Miseria. El Hada habló la verdad; en su cestillo de oro sólo una dádiva era preciosa. ¡Cuán mezquinas, despreciables e inútiles son las restantes, comparadas con la inestimable, la piadosa, la suave, la excelsa; la que ahoga en sueño sin negras pesadillas, eterno, los dolores que afligen al cuerpo, las afrentas y penas que roen el alma! ¡Ven, dádiva suprema!... Estoy fatigado y quiero descansar.

Llegóse la Buena Hada. Traía en un cestillo cuatro dádivas. Pero faltaba la Muerte. Y el Hada murmuró:

—La di al niño predilecto de una madre. Como él ignoraba todo lo de este mundo, me rogó que eligiese yo. Tú no me invitaste a escoger.

—¡Oh, desgraciado de mí!... ¿Y qué me resta entonces?

—Lo que ni siquiera mereciste: el venerable agravio de la Ancianidad.

LAS CINCO DADIVAS

Por MARK TWAIN



EL JARDIN, Por J. H. ROSNY

Yo he nacido con una gran propensión amorosa; pero propensión hacia ese amor magnánimo por el cual el hombre da toda su persona, toda su alma a la mujer, tanto para lo bueno como para lo malo, incondicionalmente, hallándose dispuesto a vivir o a morir por ella. Dos veces me había enamorado. Mi primera novia murió cuando hacíamos los preparativos de boda. La segunda, después de haberme hecho creer en su cariño, prefirió a una especie de mandolinista chileno.

Y llegué a desesperar de alcanzar la felicidad. Aquellos desengaños habían sido demasiado amargos, y me habían dejado sin fuerzas, sin deseos y sin ensueños.

Fuí a ocultarme a los alrededores de Lyon, a una especie de convento abandonado. Pasaba los días enteros en un inmenso jardín, en el que desde hacía cien años no se había podado un árbol. Allí transcurrieron para mí las horas unas tras otras, de un modo extraño. Era un bosque lleno de pájaros y de toda clase de alimafías, de tierra amarillenta, donde el ayer había llevado semillas de flores, de plantas silvestres, y extraordinarias salamandras. Un ciervo vagaba por allí con su esbelta silueta, sin que pudiese yo averiguar si había nacido allí o cómo había ido.

Yo vagaba por aquel jardín en las mañanas claras y en las tardes en que el fuego incendia los árboles y en que la farsa de las nubes se desarrolla en decorados de milagro. Pero yo no encontraba en ello apenas placer alguno. Mi corazón estaba mustio como las hojas secas. El amargor del Eclesiastés llenaba todos mis pensamientos. Únicamente dejaba mecerse mi dolor con el magnífico espectáculo de lo selvático del bosque de hayas y de olmos.

Una mañana en que llegué hasta el límite, hasta la ruinosa tapia, vi abrirse una puerta y aparecer una joven singular. Iba vestida con una bata de grandes pliegues, de color de escarlata, y con brocados argentinos. En su cuello brillaba un collar de esmeraldas, y sus cabellos, sedosos y dorados, caían sobre sus hombros, medio sujetos con pequeñas peinetas de nácar. La gracia de sus ojos verdes como lagos, de su cutis fresco, de su rostro deliciosamente ovalado, de su boca llena de timidez y de su cuerpo flexible, la hacían parecer en aquel abandonado jardín algo así como un hada, como una ninfa o como una princesa de leyenda. Al verme, se asustó mucho; me dirigió una mirada sumamente inquieta. Y yo me hallaba demasiado abatido para conmovirme con su presencia; pero aún no había perdido el respeto a la divina belleza. Le dije con mi habitual amargura:

—No le preocupe a usted mi presencia. El jardín es de usted, quédese en él, si es que puede soportar mi vista.

Sonrió; comprendí que se había tranquilizado de su temor.

Después me dijo con una voz de agua de fuente de cristal:

—Creí que este parque estaba abandonado. He estado aquí muchas veces y nunca vi a nadie.

—Sí, estaba abandonado y desierto —le contesté.

Y realmente no ha dejado de estarlo.

Empezamos a hablar de los añosos árboles, del ciervo y de las salamandras. Y aquella conversación tenía algo así como la sombra de un encantamiento. Aquella hada era inocente, sentimental, un alma-tanto de la Naturaleza como de los libros, hecha al campo y a las novelas de Jorge Sand, de Lamartine, de Bulwer-Lytton, de Alfredo de Vigny. Eran sus palabras amables y finas; sus silencios tenían algo de estafalario. Parecía mirar

muy lejos a través de la tapia, cuando al fin le pregunté:

—¿Qué está usted mirando?

—Es que—me contestó—he dejado mi cuerpo en mi cuarto y estoy algo intranquila. Siempre tengo miedo de que quiera salir solo.

Comprendí entonces que estaba loca y esto me hizo que aún me interesase más por ella.

Volvió desde aquel día con más frecuencia que al principio; después, todos los días. La acogía yo sin el más leve temor. El plácido otoño empezó

ARBOL SECO

A mis nietecitas María y Teresa.

En los huecos de un árbol carcomido que ayer lucía con su pompa vana, al beso de la luz de la mañana, vienen las aves a construir su nido.

Como él es nada ya, sin el ramaje que antes le diera a sus raíces sombra; mira del campo amarillar la alfombra, sin que le arredre el invernal ultraje.

Por la fortuna su altivez mecida, gozó los sueños que le dió la suerte, y ya cercano a visitar la muerte, quiere en sus grietas amparar la vida.

El árbol muere, ¡mas su tronco vive y tiene a dicha contemplar sin ruido que el duro leño, al convertirse en nido, falto de ramas, al amor recibe!

Yo, como el árbol, disfruté mis días, y hoy, seco tronco, en la vejez dormido, he transformado el corazón en nido que amparo sea de las nietas mías.

ROSA.

Iba Rosa al arroyo diariamente, y calmada la sed, que bien fingía, su imagen contemplaba en la corriente; y siendo muy hermosa, tal vez porque era rosa y el sol siempre le daba un beso ardiente, en el cristal del agua se veía más bella que las rosas todavía.

Y al mirar su retrato en esa luna, del límpido raudal que se escurría entre las peñas que le hacían cuna, pasó—no hay que dudar, el cuento es viejo—lo que pasa al mirarse cada una cuando a golos se acerca ante un espejo: segura de que nadie la acechaba, su imagen bella en el cristal besaba.

¡Feliz arroyo, espejo transparente! Yo feliz, como tú, también sería, y nada envidiaría si hubiera sido el agua en tu corriente...

PELIGROS DEL LLANTO

A Julio Viena Cifuentes.

Puede cansarnos reír; pero no cansa el llorar, y en el humano vivir, si alguien ríe por reír, nadie llora por llorar.

Es el reír una brisa, y el llanto es lluvia que calma; nadie la fuente divisa de donde viene la risa, y el llanto brota del alma.

Hay seres que no han reído en su existencia afanosa, y sin reír han vivido; mas, sin llorar, no han podido sentir el alma dichosa.

Y si en la vida lloramos, el llanto nos abre el cielo, ese cielo que soñamos y siempre, siempre esperamos, como una fuerza y consuelo.

En las bienaventuranzas, se da el cielo a los que lloran. ¡Qué más dulces esperanzas! ¡Cómo afrontan las mudanzas de la suerte, los que imploran!

Y no es eterno el quebranto, si alma su culpa llora, pues la redime su llanto, lo dice el ejemplo santo de la Santa pecadora.

Y así es fácil comprender con este ejemplo, entre tanto, el peligroso poder que encierra toda mujer en las perlas de su llanto.

Podremos tras de ellas ir e indiferentes pasar cuando las vemos reír; mas, ¿quién puede resistir si las miramos llorar?

RICARDO AHUMADA M. (Chileno)

a amortiguar el verdor de la hierba y de las hojas. Y una mañana de septiembre comprendí que el pobre desterrado había despertado el amor en el espíritu de la pobre loca. Fué mi primera emoción desde que llegué al convento abandonado. Mi alma se llenó de compasión y de temor. Quise evitar el trato de mi encantadora amiga; pero la vi palidecer, adelgazar, y, recordando todas las conversaciones con ella mantenidas, adiviné que debía poseer un alma fiel, un alma hecha como la mía, para el amor duradero y los grandes sacrificios. Sentí entonces que se desgarraba mi corazón y me arrepetí amargamente de mi imprudencia.

Y un día me dije: "¿Por qué no reparar esta imprudencia? ¿Por qué no he de dar mi triste vida a esta adorable loca?"

Apenas hube formulado en mi interior esta idea cuando sentí que mi corazón y la sangre de mis venas se inflamaban. Vi elevarse el amor, que ya creía muerto para siempre, y volví a nacer a la esperanza.

¿Y por qué no? La locura de Luciana era desconocida para todos. Vivía con una tía suya, vieja y achacosa, y algunos criados antiguos y muy fieles. Ningún obstáculo legal podría impedir el matrimonio. Estaba trazado mi destino. Ese triste destino mío, en el cual ya no veía la más pequeña alegría.

Era la hora del crepúsculo. Las nubes se abrían como flores del infinito. Había en el cielo luz ambarina, de rubíes y de zafiros, que penetraba en las tinieblas de la tarde con resplandores de magia.

Luciana se había sentado junto a mí. Los dos mirábamos el cielo a través de las hojas. Mi corazón estaba radiante de ternura. Mi espiritual compañera, de cabellos tan bellos como el crepúsculo, de rostro prometedor de emociones eternas, me devolvía de nuevo a la juventud y a la felicidad.

Ella estaba triste, inquieta. Me observaba de reojo. Oprímia sus manos con las mías dulcemente y murmuré a su oído:

—Luciana, Lucianita... ¿Por qué no hemos de contemplar juntos los crepúsculos hasta el fin de nuestras vidas?

Se puso aun más pálida, tembló de pies a cabeza. Se crisparon sus manos, y al fin me dijo, como si hablara entre sueños:

—¿No sabe que nada puede gustarme si no lo comparto con usted?

Se apretaba contra mi cuerpo avergonzada y casi a punto de caer desfallecida. La estreché contra mi corazón, y, al encontrar sus labios, sentí que, mezclada con la locura, encontraba, al fin, la dicha a que había renunciado.

Me casé con Luciana. No hemos abandonado el jardín. Mi deliciosa compañera ha curado mis heridas, devolviéndome centuplicadas las alegrías perdidas. Y hasta su misma locura me parece adorable. Muchas veces, cuando paseamos juntos entre los árboles, en las noches claras de luna, mientras los murciélagos pasan el vuelo incierto y huye algún gazapo por las breñas, empieza Luciana a hablar de ese cuerpo que ha dejado en casa. Y yo experimento entonces la sensación de hallarme en el país de las almas. Y cuando la voz argentina me pregunta: —¿No estás algo inquieto? ¿Hace tanto tiempo que está allí solo?...—Siento como la sombra de una encantadora intranquilidad. Volvemos a casa y al estrechar suavemente a mi mujer contra mi pecho, me parece que vuelvo realmente a encontrar el cuerpo después de haber soñado con el alma.

Y así, la locura de la encantadora mujer se convirtió en una especie de símbolo: en vaporosa, amable y sonriente alegría.



Ruggero Andena, después de recibir a la edad de veintitrés años una fortuna de cerca de seis millones de liras, que había heredado de sus padres, se había propuesto derrocharlas, y casi ya lo había logrado antes de que estallara la guerra. Montecarlo, San Remo y otros lugares semejantes habían recibido su visita. En los "tripots" de París, en los clubs nocturnos de Londres, en Berlín, de viaje en Túnez, Argel y otras ciudades cosmopolitas había dejado jirones de su fortuna, dilapidada en el juego.

Es interesante señalar el hecho de que en un círculo de amigos ganaba siempre, y, en cambio, en las casas de juego abiertas al público perdía invariablemente.

Si otros habían perdido su fortuna con motivo de la guerra, Andena se había salvado gracias a ella de la ruina definitiva, porque debió salir como aviador, estuvo en el frente, fué herido cuatro veces, y no fué sino tras una larga convalecencia y varias aventuras amorosas cuando volvió a su antigua pasión.

Había llegado a la edad de treinta y cinco años. Su semblante pálido, de trasnochador inveterado, parecía conservar el reflejo del tapete verde de las mesas de juego de todos los países que había recorrido. Habitaba en Nápoles, ciudad que amaba sin conocerle, entregado como estaba a su pasión del juego, que devoraba los días de su vida, invariablemente monótona, con excepción de aquel en que un buen golpe del azar venía a distraerlo...

En cierta ocasión que en un bote iba de Posilippo a Capri descubrió su mirada dos hileras de luces, las de un barco, y vino a la fantasía la idea de emprender un viaje.

Entonces recordó que tenía un amigo en Constantinopla, un dueño de hotel, Teodoro Gasparri, que en repetidas ocasiones le había invitado a hacerle una visita, y decidió ir a ver a su amigo.

En el tercer día de la travesía, Andena había perdido once mil liras en una partida de bacará, por haber pedido carta teniendo un cinco en la mano. En el quinto día perdió su corazón por los ojos de una americana, y en el séptimo lo recobró y ganó nueve mil ochocientas y siete liras.

A su llegada a Constantinopla no había perdido ni ganado nada.

Se hospedó en el Pera-Palace Hotel.

Una hora después de su llegada se ponía en camino en busca de su amigo Gasparri. Tomó un carruaje que lo llevó frente a un pequeño "albergo", en donde se le informó que el "padrone" hacía tres días se había embarcado rumbo a Nápoles, su patria, para ir a visitar a sus parientes y amigos.

Andena lanzó un juramento y se lanzó a la calle. En el momento en que se disponía a ir a cenar oyó que un cochero le saludaba:

—Buona sera, signore.

Andena interrogó con los ojos:

—¿un italiano?
Obsequioso el cochero continuó:
—¿Es usted extranjero? ¿Desea ir donde divertirse? ¿Baile? ¿Opio? ¿Juego?

¿Juego? Andena hizo con la cabeza una señal de asentimiento. Subió al coche, que al cabo de media hora se detuvo frente a una casa de varios pisos.

Tres golpes para llamar. La segunda escalera a la derecha. En el primer pasillo, el tercer cuarto a la izquierda...

Cuando Andena entró se pusieron de pie tres turcos y cuatro caballeros vestidos a la europea, pero de tipo oriental, que estaban frente a una mesa.

¡LA VIDA ES ASI!...

POR HANS JACOB

Se jugaba al bacará. A la tercera jugada se dió cuenta Andena de que tenía que habérselas con jugadores tramposos. Por un "faux-tirage" ganó la mano y seiscientos ochenta libras esterlinas. Se levantó y se dispuso a retirarse.

Había jugado tantas veces y en medios tan diversos, que estaba preparado a una sorpresa. Pero no ocurrió nada. Con la mirada buscó su sombrero y sus guantes, y en seguida le fueron presentados por uno de los jugadores. Un saludo

general, y Andena se encontró en la escalera. La puerta se cerró con violencia detrás de él.

Andena se detuvo, indeciso, en la obscuridad, cerró los ojos para acostumbrarse a las tinieblas y, al mismo tiempo, con una mano se buscó la cartera y con la otra el revólver, como había hecho más de una vez al salir de ciertas casas de juego. La cartera, bien repleta, estaba en su lugar; pero le faltaba el revólver. Entonces recordó que al desempacar su baúl lo había puesto sobre

una mesita y allí lo había dejado. Echó mano de sus cerillas y encendió una, a cuya luz descubrió la escalera, larga y bastante empinada...

Comenzaba a bajar cuando hubo de arrojar la cerilla, que estaba a punto de quemarlo. Buscó otra, pero fué inútil. Tanteando el terreno procuró orientarse. Un escalón..., dos..., tres..., cuatro...

Andena giró bruscamente sobre sus talones y se pegó de espaldas a la pared. ¿Qué era aquello? Oyó pasos detrás de él. Se daba cuenta de que se encontraba en un descanso de la escalera que tendría dos metros por cada lado. Otra vez volvió a oír cuatro o cinco voces y pasos que se acercaban...

De repente cerró los ojos heridos por una luz brillante de una lámpara de bolsillo, que le daba directamente en el rostro. Volvió a abrirlos y en la sombra descubrió las figuras de los jugadores. Le pareció que todos tenían la misma sonrisa. El más inmediato a él se le acercó y con un movimiento ágil, que demostraba la costumbre que tenía de hacerlo, lo registró, y sonriendo tomó todos los billetes de Banco. Luego hizo un ademán, que a Andena le pareció un gesto de despedida; pero ya no pudo contestarlo, porque en ese momento sintió que se hundía el suelo bajo sus pies.

Todavía bajo la influencia del cloroformo despertó y se encontró en la calle, recargado contra una pared, como si estuviese borracho. Un coche se encontraba cerca. ¿No sería el mismo cochero que le había hablado en italiano y lo había llevado a aquella casa? Se sentía tan cansado que no intentó siquiera informarse.

Llegado que hubo al hotel hizo un supremo esfuerzo, se lavó con agua helada y pidió algo de comer. Luego que se repuso hizo sus cuentas. Le habían robado ciento sesenta y ocho libras esterlinas en efectivo y un cheque por diez mil liras. Se dirigió al Banco Otomano, sobre el que había girado a su nombre dicha cantidad el Banco Comercial de Nápoles. Llegó a tiempo.

Otra vez en la calle encendió un cigarro y se decidió a poner al consul italiano al tanto de su aventura. Cuando terminó su relato, el consul, un joven vestido a la inglesa, le preguntó:

—¿Se llama usted Andena? ¿Su profesión?

—Rico... Jugador... — y al decir esto último esbozó una sonrisa.

—Jugador... ¡Precisamente!... No le puedo ocultar que estábamos en espera de su visita. Esta mañana estuvo a anunciarnos a un paisano nuestro, el señor Gasparri. Sentimos no poder prestarle ninguna ayuda.

—¡Gasparri!—exclamó sorprendido Andena.—¡Mi amigo Gasparri!... Pero...

—Ya sé lo que quiere usted decir con su pero... Gasparri está quebrado. Pero en este caso nos parece su aviso desinteresado y justificado.

Andena abandonó Constantinopla el mismo día en el expreso de Oriente.

Un poco después de Bucarest jugaban una partida de póker cinco pasajeros: un levantino, dos armenios, un francés y una dama sueca. En Viena se les agregó Rodolfo Levy, un pintor que iba a París y antiguo amigo de Andena, y durante todo el trayecto se jugó sin descanso.

Diez minutos antes de entrar a la Estación del Norte, en París, Andena pudo comprobar que ganaba exactamente ciento sesenta y ocho libras esterlinas...

[La vida es así!...

"MOMENTO MUSICAL"

(Del libro que, bajo este título, acaba de publicar Mayorino Ferrara, distinguido colaborador de "Fray Mocho".)

M a t i n a l

Verde y azul, espolvoreada de oro,
sonríe la mañana campesina,
entre un manso rezongo de vacunos,
un sutil cuchicheo de avejillas
y un fanfarrón escándalo de gallos
que blanden como espadas sus bocinas...
¡Dulzura..., claridad..., frescura..., música!...
¡Oh celeste mañana campesina!
¡Eres como una gota de rocío
en la sedienta rosa de mi vida!

N o c t u r n o

Crepúsculo. Se apagan, con el sol, mis sueños,
y se encienden las pálidas estrellas del recuerdo.
El alma, mansamente, llueve melancolía
en la urna vacía, profunda, del silencio.

Pupilas de luciérnagas indagan las tinieblas,
y los grillos escarban la sombra y el silencio.
Y corre entre la sombra, fantástica y lejana,
aérea y ondulante, la sombra del misterio.

Un vaho de ternura enturbia mis pupilas,
y siento en el follaje, sediento de mis nervios,
monótono, obstinado (¡oh germen de mi angustia!),
el canto doloroso del grillo del deseo.

I n v i e r n o

En esta fría mañana,
por el sendero
—apoyado en el bastón
del invierno,—
va—viejecillo aterido—
mi cuerpo,
de manos de un lazarillo;
mi ensueño,
mendigando las ternuras
del fuego:
una mujer y
un lecho.

Sierpe de escamas plateadas
se va alargando el sendero
donde el sol se despereza
—cansado y sarnoso perro—
y se une a la pareja
del lazarillo y el viejo
provocando comentarios
burlones del brujo viento
que los hiere con palabra
de hielo.

Sinfonía crepuscular

El toro hace sonar su contrabajo
y las ovejas lloran en sus gaitas,
y los caballos rompen su clarín,
y los pájaros llueven con sus flautas,
y las abejas zumban con sus cítaras,
y tectean las ranas,
y un paisano deshila sus ensueños
en su vieja guitarra,
y reza una oración de amor y paz
la voz de la campana,
y el poeta, que escucha conmovido,
murmura desde el fondo de su alma:
¡Oh, música de la Naturaleza,
quién pudiera expresarte con palabras!



UN BELLO GESTO

Por LÁZARO SOMOZA SILVA

Juan Pérez no tuvo jamás celos. Se casó, hacía ya tres años, con Pepita porque le parecía que era una mujer buena, hacendosa y, sobre todas las cosas, sencilla, sin complicaciones espirituales y sin ambiciones, muy frecuentes en esta época del "cabaret" y del "fox-trot".

Pepita, en efecto, fué una joya adquirida por Juan con el caudal inapreciable del amor. Ella se mostró en todos los actos del hogar la mujercita adorable que sabe adivinar los gustos del esposo y colmarlos con la gracia de una sonrisa, de un beso o de un abrazo.

Juan estaba satisfecho y contento. Su mujercita era el oasis, después de muchos años de luchas, de escaseces, de sacrificios heroicos para consolidar una posición modesta. Más aún: era el ensueño convertido en realidad. ¡Cuántas veces anheló en la vida gris del comercio esta paz que disfrutaba ahora!

Más que establecerse en una calle céntrica de barrio extremo de Madrid, deseó Pérez tener una casita limpia, regentada por una mujer buena, no muy guapa, pero deliciosamente femenina. Y lo consiguió para su dicha. Y el comercio que lucía su portada modernista en el corazón de Lavapiés iba viento en popa, con una clientela casi fija.

Al segundo año de establecido, Pérez tenía un crédito enorme. Los alcañenistas de bisutería y quincalla no dudaban en ofrecerle sus géneros con toda confianza, pues por los informes adquiridos pudieron saber el prestigio de seriedad y de honradez que tenía. El público se acostumbró a ir a la tienda a comprar, y Pérez vio compensados sus esfuerzos y liquidada su deuda de traspaso de local.

No tuvo más remedio que tomar un dependiente y además rogar a Pepita que les ayudara en las horas de mayor agobio. Al principio creyó que su mujercita protestaría contra la obligación, que no se avendría a soportar las exigencias del público, en su mayoría femenino. Pero no fué así. Pepita, al cabo de un mes, era una dependienta hábil, melosa, paciente, a la que era muy difícil que se le escapase una compra-dora.

Por otra parte, el dependiente, Pedro, era un muchachote de veintidós años, fuerte, guapo, listo, que traía embobaladas a todas las muchachas del barrio. Más de una iba a comprar a la tienda por sentirse mirada por los ojos grandes y negros, rasgados como los de las moras de Oriente, de Pedro, que sabía sonreír a todas, procurando medir mal las varas de cinta de seda, en beneficio de la caja de su principal.

Pérez no se conformaba con el radio de acción de su negocio y quiso ensancharlo. Se dedicó a comprar géneros procedentes de quiebras para luego colocarlos en los comercios de su gremio a un precio en el que ganaba un ciento por ciento. ¡Ansiaba ser rico, asegurar una vejez! Huérfano desde los quince años, tuvo que luchar con la vida a zarpazos brutales. Quería sentir el orgullo de estar en la cumbre, él, que había rastreado por el llano.

Tenía para ello unas condiciones admirables. Había sufrido el dolor de ser pobre, de no ser nadie, de ir por las calles acuciado por el hambre, de recibir malos tratos e insultos como únicas caricias. En su alma—pasada la curva de los treinta años—florecía la pálida rosa del egoísmo. Sólo se mostraba sensible ante la cara morenucha de Pepita y ante la gracia de su cuerpo menudo y bien formado. Y es que ella había sido el pozo donde sepultó todos los años de avidez, de crueldad,

de miseria y de dolor, para gustar del inmenso placer de los besos y de las caricias.

Pepita era su vida, su único amor. Juan Pérez no supo de la tierna mirada maternal ni de la tutela del padre, que es maestro y encauzador. Por eso, todas las escondidas ternuras de su corazón fueron desgranándose sobre el alma apasionada de su compañera. Y se creía feliz, inmensamente feliz. Acaso Pérez era el único hombre sobre la tierra que podía asegurar que había logrado el ideal que la imaginación creó en los momentos de fracaso moral y de trabajo penoso.

No obstante, en el fondo de su espíritu habíase clavado una pena: la de no conseguir en tres años un hijo. Un hijo que fuese el heredero, que convirtiera la casa, en silencio siempre, en jaula llena de trinos, en alboroto de risas o desesperación de lloros por caprichos no satisfechos.

¡El hijo no venía! Pero la tienda, repleta de gente, llenaba la bolsa de

Juan Pérez. Y Pedro, simpático y bello como un púgil, era el anzuelo de todas las nenas bonitas del barrio... Y Pepita, que al principio vió con indiferencia la predilección de que era objeto Pedro, luego comenzó a molestarle, como una ofensa a su juventud y a su belleza.

Juan Pérez se dió cuenta de todo una tarde. De todo, no, porque tenía la absoluta seguridad de que entre Pepita y su dependiente no había ocurrido nada. De lo que estuvo seguro fué de la intención, del peligro que corría su dignidad si no ponía remedio en el acto.

Su alma se había llenado de terrores. Había sentido un miedo infinito, horrible, a la catástrofe ética que se le podía venir encima. A su fracaso espiritual, al hundimiento de su palacio de ilusiones. Y con un sincero análisis íntimo se confesó incapaz de resistir el golpe sin dejar entre las uñas de la maledicencia la vida.

¿Qué iba a ser de él, pobre hombre, sin parientes, sin carifios y sin honor, si la tragedia sin sangre se consumaba? No. Le costó mucho trabajo levantar los cimientos de su posición; le volvía loco pensar en que, perdidas las ilusiones, él sería de nuevo un hombre sin alegrías y sin estímulos.

No. Además, él era incapaz de hacerle daño a Pepita. Ella estaba por encima de todas las cosas. Buena o mala, Juan la quería siempre. ¡Si ella acaso no tenía la culpa! Seguramente, Pedro, orgulloso, tenorio, imbécil, cercó la virtud de su mujercita con los arrumacos de una verborrea dulce y empalagosa, que él jamás le había prodigado, atento a los negocios...

Pasaron algunos días de tortura para Juan Pérez. Se dedicó a vigilarlos. Por fin observó que su infiel dependiente dejaba una carta en uno de los estantes, de manera que quedase oculta por una de las cajas. No se impacientó. Disimulando su hondo y lacerante dolor, se situó cerca de la caja, para evitar que nadie se llevase la prueba inequívoca de la falta de su adorada Pepita.

Cerraron. En un descuido de los dos, Juan Pérez se apoderó de la misiva y la guardó en la cartera sin abrirla. Luego llamó a Pepita al despacho y lo despidió, frío, ceremonioso, con un extraño fulgor en los ojos.

Después, Juan Pérez le dijo con la mayor dulzura a su mujercita:

—¿No sabes, pequeña? He despedido a Pedro, por traidor...

Enrojeció Pepita hasta la raíz del cabello. Trémula, musitó con la vista baja:

—¡No... era mal dependiente!

—No...; pero era un mal hombre, que ha querido llevarse lo que no le pertenece—contestó, lívido, Juan.

—¡Tienes razón, Juan!

—¡Lo sé, locuela!... Mirame a los ojos... Así, no bajes tu mirada, penetra en el puntito rutilante de mi pupila... ¡Es mi alma, encendida siempre en pasión por ti y para ti!

Temblando como la hoja de un árbol, Pepita se abrazó a su marido. Quería llorar y no podía. Le pinchaban en el corazón. Juan se conmovió.

—¡Basta, pequeña!... Serénate. Hemos estado en el umbral del drama; pero, afortunadamente para los dos, una voz de fuera nos ha hecho volver la cabeza hacia la ruta del amor leal... ¡Serénate!... ¡Y anda, trae la cena, que es muy tarde ya!

Fué a cumplir lo ordenado Pepita. Antes de salir del comedor, Juan exclamó lleno de ternura y de grandeza de alma:

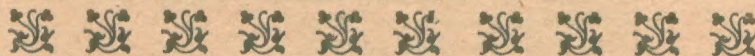
—¡De paso, hazme el favor de quemar esta carta en el fogón! No estoy para leer tonterías...

Y, sin poderlo resistir más, Juan Pérez se echó a llorar como un chiquillo...

Los transportes en Oubanghi

Se puede afirmar que la era de las grandes exploraciones en África está ya cerrada pero quedan todavía, en las partes centrales del Continente negro, vastos territorios donde el curso de las aguas sigue indicándose con puntos sobre los mapas. Este es el caso, en su mayor parte de la cuenca del Oubanghi, el principal afluente del río Congo.

Entre las razas que pueblan la cuenca del Oubanghi, una de las más notables es una cuyos individuos, en su mayoría, son marineros y tienen monopolizado el servicio de transportes, no permitiendo a las otras tribus que lo manipulen.



VIDA ADENTRO

Especial para "Fray Mocho"

Esta hermana que yo quiero
y que en mis versos venero
con un cariño abacial,
tiene en su huerto un rosál
que cultiva un jardinero
espiritual.

En este jardín querido
que está siempre florecido
de ideal,
por cada rosa hay un nido
y en cada nido, escondido,
un trinarío de cristal.

Y en el huerto de la hermana
que en mis estrofas consagro
tanta blancura se hilyana
que allí cada cosa emana
un milagro...

La suave unción de la brisa
pone un carifio de seda
sobre el rosál que se queda
temblando en una sonrisa.

Y las piscinas tranquilas
incrustadas en el suelo,
son las abiertas pupilas
con que el huerto mira al cielo.

En el predio siempre hay una
floreescencia inmaterial
que en la tierra, en el panel,
en el nido, en la laguna,
pone un dulce olor a luna
junto al olor del rosál.

Y como por devoción
—en su liturgia ritual—
siempre está la gestación
con un ritmo tan igual,
que al verlo, da la impresión
de que es un gran corazón
primaveral.

Cuando la noche es propicia
y acaricia
el ala de su frescor,
es la más bella primicia

ver la apacible caricia
de una estrella y una flor.

Ella se queda dormida
sobre el alma del perfume,
y la flor estremecida
como una boca rendida
se consume.

Esta hermana que yo quiero
cultiva con tanto esmero
su rosál,
que sobre las sementeras
reventan las primaveras
en una canción nupcial.

Y siempre el huerto sonríe
con la seda de sus rosas
y sobre todas las cosas
un alma azul se desliza...

Sobre cada árbol que asema
queda el motivo suspenso
de un arrullo de paloma;
y en todo flota un aroma
como un reguero de incienso.

Bendita la hermana buena
que en el erial de mi pena
también cultivó un rosál;
y como yo la venero,
la fe de su jardinero
la libra de todo mal.

¡Bendito el jardín amado
donde yo hebo mi vino,
donde el mal ya se ha segado
y sólo el bien ha sembrado
sobre la paz del camino!

¡Bendito el huerto divino
de la hermana espiritual,
donde abeja, rosa y trino,
laguna, canto y camino
tienen un ritmo ideal!

Rogelio SOTELA.

S. J. Costa Rica.





LA CERRAZON

Por JAVIER DE VIANA

Atardecer de junio.

Fresco sin frío.

Un cielo barroso. Un sol con percha—como trashoguero tapado por la ceniza: no calienta, no alumbra, pero arde...

Las cosas se iban borrando con el polvo gris de la neblina, en virtud de cuya exageración andaluza, los postes de alambrados parecían eucaliptos, bosque sombrío el "rastr" cardal misérrimo, avestruces, las perdices que presurosamente corrían en busca del nido, y mastodontes las flacas lecheras que ambulaban por el camino real buscando una hierba que triscar antes de echarse a dormir...

Quien ha visto una cerrazón campera sabrá que se asemeja a los celos. Lo agranda y lo deforma todo. Desorienta y desconcierta. Tiene caprichos y perfidias de mujer. La sombra oculta; la niebla engaña.

¡La cerrazón!

En la noche toldada, negra, sin una baliza estelar, solitario en la inmensidad del campo, el campero medita, olfatea, escucha, cierra los ojos inútiles en el caso... y "rumbear".

Hay lógica, hay ciencia, en su decisión. En el diccionario de la lengua no existe el verbo "rumbiar", debido probablemente a que en la Academia Española no hay ningún gaucho; y es lástima.

Cuando las tinieblas caen como llovizna de cisco, y lo borran todo, el llano, la colina, el monte y el arroyo, la tapera, la estancia, el yuyal y la huerta; cuando el viajero sorprendido en la infinita soledad del despoblado no alcanza a ver ni las orejas del caballo que monta—cuando no se ve ni lo que se conversa—se desprecupa del terreno, pasa revista al mapa que lleva impreso en la mente, "toma rumbo"... y es raro que se pierda y no llegue a su destino.

Pero cuando la cerrazón cubre el campo con su poncho gris, ya no hay baquiano posible. Es un hada que trueca las formas de los objetos; se ven, pero no se reconocen; los parajes más familiares parecen extraños, nunca vistos... Una vaca que rumia echada al borde del camino, figura roca enorme que nunca existió en aquel paraje; más allá un "tacurú" adquiere proporciones de rancho, un cardo es un ombú y un caragnatá, un álamo...

Así era la noche que sorprendió a Julio Sánchez en viaje de regreso a su casa tras varios días de parranda, de carreras, de taba, de naípe y beberaje. Al salir de la pulpería llevaba más carga en el cerebro que en las maletas. Sus insomnios, las emociones del juego y el exceso de alcohol llenaban de neblina su espíritu. La conciencia de su falta, la perspectiva de la escena desagradable que le esperaba al llegar al rancho, con los mudos, pero elocuentes reproches de su mujercita y de la pequeña hacienda abandonada, el remordimiento de su mala acción, de su cobardía, de su egoísmo, le habían hecho perder el rumbo moral.

Apresurando el trote por el camino reseco y solitario, hacía vanos esfuerzos por orientarse, buscando una explicación lógica y una atenuación aceptable. Y no las encontraba. La cerrazón, envolviendo su espíritu, le había hecho perder el rumbo...

Y cuando marchaba así, despreocupado del camino, confiado en su pericia y su conocimiento del pago, se le ocurrió mirar y se encontró perdido.

¿Dónde estaba?... A su izquierda negreaba un monte... ¿Qué monte?... El único arroyo que existía en el trayecto, corría a su derecha... Más adelante vió tres ranchos... Los ranchos del negro Pío, a legua y media de su casa, eran dos, solamente... ¿Y aquéllos?...

Con rabia, con mucha rabia, gritó: —¡Lo que me faltaba! ¡Perderme a la puerta de mi casa!...

Desmontó, púsose en cuclillas y observó... A corta distancia brillaba el agua de un arroyo... ¿Un arroyo por delante?... No podía ser... ¿El Quebracho Chico?... ¡Pero si el Quebracho Chico iba al costado y no te-

nía que atravesarlo para ir a sus ranchos...

—¿Lo habré vandiao sin albertirlo?—exclamó; y montando de nuevo continuó la marcha. Encontró un arroyo; lo vadeó; siguió andando, al azar, sin conciencia, sin dirección.

Trotaba, trotaba y el tiempo parecía inmóvil. Su casa debía estar allí



Muchas veces en una copa de agua hallará Vd. la muerte.

Cuida su salud y la de los suyos, consume AGUA BUENA esterilizada con el

Botellón Esterilizador del prof. Dr. Hottinger

No cuesta ningún trabajo ni necesita preparación alguna.

SOLO basta verter dentro del botellón el agua extraída de la cantilla, del pozo o del molino, y a la hora el AGUA estará perfectamente esterilizada, fresca y lista para el consumo.

El botellón HOTTINGER no debe faltar en ningún hogar. Si aún no lo tiene compre hoy uno.

En la Capital de venta en las siguientes casas:

Farmacia Franco Inglesa, Sarmiento y Florida.—Farmacia Belgrano, Cabildo, 1901.—Drogueria del Indio, Rivadavia, 1501.—Berechide y Leonardini, Piedras, 170.—Farmacia J. T. Raffo, Esmeralda, 301.—Heinlein y Cia., Av. de Mayo, 1402.—R. Martinez y Cia., Rivadavia, 1001.—Bazar Solanas, Santa Fe, 2138.—Guanzirolí y Cia., Sarmiento, 1431.—Angeleri Jacuzzi y Cia., Callao, 98.—Cecini Hnos., Sarmiento, 1202.—Juan Paezuro, Bmé. Mitre, 2509.—Medina y Cia., Rivadavia, 865.—Schmitt Hnos., Alsina, 2639.—Alejandro Colven, Viamonte, 933.—Spinedi y Grundwald, Callao, 666.—Rafals y Cia., Moreno, 862.—Casa Ubalde, Maipú, 827.—Pablo Kolbé y Cia., Moreno, 1202.—R. Greshake, Esmeralda, 146.—Federico Clarfeldt y Cia., P. Colón, 746.—A. Pfeiffer y Cia., Perú, 425.—Portes Hnos., Rivadavia, 1982.—Vicente Scannapieco, Tucumán, 800.—Farmacia del Norte, C. Pellegrini y Santa Fe.—Francisco Wackershauser, Santa Fe, 4512.—Farmacia Chialvo, Sarmiento, 1302.—Farmacia Mugica, Chilo esq. E. Ríos.—Carlos Dietrich, Las Heras, 3501.—Souto y Cia., Rivadavia, 3000.—Dr. Carlos A. Peiti, C. Pellegrini, 163.—Silveira Rosa Hnos., 25 de Mayo, 11.—Farmacia Nelson, Suipacha, 477.—Farmacia Vázquez y Cia., Florida y Lavalle.

A quienes se pueden solicitar precios y detalles.



cerquita, allí no más... y no llegaba nunca.

Sofrenó el caballo. Hizo inauditos esfuerzos por orientarse. Vanos esfuerzos... Recordó que llevaba un frasco de ginebra en la caña de la bota. Bebió. Bebió varios tragos seguidos, y continuó trotando.

Anduvo mucho tiempo. De cerca en cerca, bebía. Y las dos cerrazones, la de su espíritu y la de la atmósfera, seguían espesándose.

De pronto sintió un lejano ladrido de perro. Reconfortado apuró la marcha. Donde hay perros hay poblaciones y él ansiaba llegar a una, cualquiera que fuese, para terminar el viaje y la pesadilla atroz.

¿Qué rancho era aquél?...

Uno muy miserable. El lo reconoció y tuvo deseos de volver a montar a caballo y echarse a vagar de nuevo por el campo... Pero su voluntad estaba mustia, floja, inservible...

Fué a la ventana y golpeó, diciendo:

—¡Filomena!

—¿Quién es?—respondió una voz soñolienta.

—Soy yo, Julio... ¡Abrime, Filomena!

A poco la ventana se abrió.

—¡Vos!—exclamó asombrada la china.

...Y pasaron los días, las semanas, los meses, y Julio Sánchez, reconquistado por su antigua amante, no volvió al rancho donde su mujercita floraba, cuidando al pequeñuelo y cuidando la hacienda abandonada como ella.

Un árbol molesto

Al volver hace unos años de Australia un notable naturalista, describió un árbol original que crece en Queensland y tiene la particularidad de dar unos pinchazos sumamente dolorosos.

Algunas veces—dice el citado naturalista—mientras me dedicaba en medio de los bosques a la caza de pavos, me olvidaba completamente del peligroso árbol, hasta que su característico olor me advertía su presencia y me ponía en guardia. Esto me ocurría a veces cuando ya estaba rodeado por todas partes de tan molesto vegetal. Sin embargo, he tenido la suerte de haber sido picado por el árbol sino una sola vez, en mis múltiples excursiones por las selvas australianas y esa vez muy levemente, por fortuna.

Los efectos de esta picadura son curiosos.

El pinchazo no deja cicatriz ni marca alguna, pero el dolor que causa es tan agudo que la persona picada cree volverse loca, y dura tanto que durante meses se siente agudo dolor en la parte herida, no sólo al tocarla, sino en tiempo de lluvia, cuando la atmósfera está húmeda y cuantas veces se humedezca o moje la parte picada. Si la picadura es en las manos, está uno condenado a sufrir horribles dolores cuantas veces se lave.

He visto una vez a un hombre que era muy sufrido para el dolor—añade el viajero—retorcerse y revolcarse por el suelo, loco, desesperado de dolor por una de estas picaduras; y otra vez vi un caballo que se había metido en un bosque de estos árboles, volverse tan furioso que se arrojaba con la boca abierta para morder a cuantas personas veía. Tan furioso y enloquecido se hallaba por el dolor de las picaduras, que fué necesario matarle de un tiro.

Cuando un perro se siente picado por tan poco simpático vegetal, corre desesperado, aullando lastimosamente, y sólo se detiene para morderse la parte herida y arrancarse trozos de su propia carne.

CARIDAD

Ponte alguna vez dentro de tu cliente, ¡oh poderoso patriota!, y ya verás como son insostenibles estas dos pesadumbres: la de tu dádiva y la de tu mano. Muchos dan para ocultar sus porquerías (a los ojos de la sociedad), ¡y hay que agradecer! Muchos para verificar su negocio y hay que agradecer. Muchos lo que no es suyo y hay que agradecer. Muchos lo que es de todos; y hay que agradecer. Muchos, muchísimos, lo que les sobra; y hay que agradecer. ¡No!...

Sólo en un mundo muy injusto la desgracia debe pagar tributos a la felicidad. ¡Roba, primero, antes de pedir, mi pobre chusma, si la misericordia no ha de ser más que una manera de engrandecerse los que ya son grandes y un modo de depri-

mirse, más todavía los que ya están deprimidos y tristes!...

Pídeles solamente a aquellos que al dar sienten una especie de alivio de conciencia, como si se creyeran responsables. Y sé mal agradecido todo lo que quieras y con todas tus fuerzas, que la ingratitud ha sido inventada para envilecer hasta lo último. Que agradezcan los que puedan hacerlo con monedas que no sean de dignidad humana, tú no tienes otra moneda que esa. Trampea, sí, a esa caridad que cobra intereses de usurero; que entregue pan duro para que le devuelvan diamantes. ¡Que salve la bestia y esclavice al hombre; que es el cuerpo blanco de tu dolor!... ¡No seas perro nunca!

ALMAFUERTE.

HECHICEROS Y ENDEMONIADOS

Hay asuntos que siempre están de actualidad, que constantemente toman vida y hacen que cuanto concurre a formarlos esté fresco en la memoria de las gentes. Tal sucede con los que se refieren a la hechicería, los sortilegios, el maleficio. Aunque nos parezcan impropios de recordarlos, han adquirido en estos días dolorosa actualidad.

En pleno siglo XX, cuando todo contribuye a hacer que el hombre tenga un concepto más exacto y claro de su misión y de las causas determinantes de esa misión en la tierra, unos fanáticos han perseguido y maltratado atrozmente a un sacerdote en Seine-et-Marne, al que acusaban de haber causado maleficio a una madame Mesmin, fundadora de la secta de "Notre Dame des Pleurs". Y se ha dado el caso curioso de que, para realizarlo, fueran de Burdeos los autores del hecho, y, en consonancia con el progreso actual, no emplearan para el viaje sino un cómodo y rápido automóvil, para cuya marcha no se valieron de ungüentos.

Hasta fines del siglo XVII (y en algunos casos quizá aun exista por esas aldeas, algún retardado creyente) la historia y creencia en brujas, hechiceras, maleficios, etc., estaba extendida por todas partes. La Iglesia no cesó de condenarlos y de exorcisar a todos los pobres histéricos que se decían poseídos del demonio; los tribunales condenaban constantemente a los autores de delitos que tenían por móvil estas aberraciones. De todas partes surge un movimiento de protesta contra esas creencias que entenebrecen el cerebro y merecen la clínica antes que nada.

El crimen de hechicería es un crimen clasificado. Una ordenanza firmada por Carlos VIII de Francia hace una enumeración completa de las diferentes maneras de cometerlo. En ella se ordena aprehender y castigar "a todos los encantadores, adivinos, invocadores de espíritus malignos, nigromantes y otras gentes afiliadas a las malas prácticas, ciencias o asociaciones prohibidas o reprobadas por nuestra Santa Madre Iglesia".

La pena de sortilegio, de magia y de hechicería era de muerte. Los condenados eran colgados y inmediatamente quemados. Algunas veces, cuando el crimen aparecía rodeado de circunstancias muy graves, los autores eran condenados a ser quemados vivos, y si sus prácticas hechiceras causaban la muerte, eran atenacados. Los adivinos, pronosticadores, echadores de cartas y demás embaucadores eran condenados a la pena de azotes, con destierro.

Volúmenes enteros serían necesarios para narrar los delitos de hechicería contenidos en los anales judiciales del pasado. Daremos a conocer algunos que prueban hasta qué punto llegaba la credulidad de las gentes y cuán terribles eran las penas que sobre los autores de esos delitos caían.

En el libro de Jean Bodin titulado "Demonomania" se encuentran casos verdaderamente curiosos, que prueban cómo esas creencias estaban extendidas hasta entre la gente culta. Cuenta Bodin que el criado de cierto caballero encontró, en un camino, a una mujer que le soplo en la cara y, por efecto de este

UNA VISITA AL POETA VISILLAC

La mañana se presenta deliciosa. Librios de sol y de juventud echamos a caminar por las colles de Flores. Nos encuentra esta fiesta de colores y de matices diversos. Frente a la plaza vemos desfilar las niñas que salen de misa, con su librito negro en la mano y una expresión mística en las pupilas.

Nos encuentra y nos subyuga esta juventud, y como nosotros también ostentamos el privilegio de los veinte años y la lozanía de los primeros ensueños, caminamos nerviosamente detrás de ellas...

Así, llegamos a la calle Argerich. De pronto mi compañero, un joven pintor, me hace notar que en esta calle vive el poeta Félix B. Visillac. Una misma idea nos impulsa a decirnos:

—¿Vamos a visitarle?

—Vamos...

Y nos encaminamos a la residencia del elegido de las musas.

Llamamos. Sale a abrirnos un joven de mirada penetrante e inteligente.

—¿El señor Visillac?

—Papá ha salido por un momento—nos contesta.—Si ustedes quieren esperarlo pueden pasar.

Pasamos y le aguardamos en su biblioteca. Mientras esperamos el regreso del poeta examinamos, con ojos ávidos y codiciosos, las largas filas de libros que se alinean a lo largo de los estantes. Allí se encuentra el alma ardiente e inquieta de Darío, la beatitud mística de Neruo, las endechas dolorosas de Gabriela Mistral, el canto bucólico



El poeta Félix B. Visillac y su hija Haydée.

de Juana de Ibarbourou y la dulzura erótica de Alfonsina Storni y Riquel Sáenz.

Vemos también, en la sección española, las severas encuadernaciones de los libros de Ricardo León, Eduardo Marquina, Salvador Rueda y del incomparable cantor de Andalucía, don Francisco Vil'aspeña.

En esto, y rompiendo el sortilegio de nuestro éxtasis, llega Visillac. Nos tiende su mano franca en un apretón firme, mientras, sonriente, nos invita a sentarnos. No perdemos tiempo y le interrogamos:

—¿Qué obras prepara, señor Visillac?

—En estos momentos un volumen de versos titulado "Llama interior", que verá la luz en junio o julio de este año.

—¿Tiene usted alguna otra obra en gestación?

—Para más adelante una serie de poemas amoratorios y juveniles, reminiscencias de mejores tiempos, cuando también a mí me sonreían los veinte años. Entonces hasta el aire parecía más perfumado y la frescura del fruto de las parras sabía mejor...

Visillac entorna los ojos y parece que quisiera ver, a través de su interior, todo aquel cortejo de ilusiones idas y de glorias logradas.

Nosotros respetamos su ensimismamiento y pensamos que mañana también veremos otro mundo y viviremos otras horas y añoraremos momentos de dicha juvenil...

—¿Qué opina usted de las nuevas generaciones?

—Acepto el modernismo como una escuela de renovación, siempre que el verso encierre, como parte esencial y tónica, la emoción; no confundiendo con esos poetas futuristas que se extralimitan, abusando de las figuras incomprensibles e irreverentes para lo que significa verdaderamente poesía.

Nosotros asentimos. Jóvenes, no nos dejamos llevar por el ultráismo y en las palabras de este poeta experimentado recogemos una saludable lección.

Al despedirnos, Visillac, siempre gentil, nos tiende nuevamente su mano que tantas cosas bellas ha sabido estampar en las cuartillas.

Ya afuera, el aire nos parece más tibio y el rumor del follaje nos trae un inquietante ritmo de eternidad...

EDUARDO M. DE OCAMPO

"soplo", estuvo durante catorce años sufriendo atroces dolores en todo el cuerpo. Cierta sujeto insinuó que el autor sería el demonio y se puso a orar cerca del enfermo; "al momento, de la boca de éste empezó a salir, entre otras cosas, toda la parte delantera de un pantalón de pastor, guijarros, ovillos de hilo, una peluca postiza, un trozo de traje de un mancebo y una pluma de pavo". Naturalmente, la hechicera que le había introducido todos estos objetos para que los tuviera en depósito no fue hallada.

En Nantes, una mujer fue acusada de haber hechizado a su vecina. En opinión de un hechicero, si la persona que hechizaba tocaba a la persona hechizada, las consecuencias del hechizo pasaban a ella. Los jueces ordenaron, por tanto, que la hechicera tocara a su víctima. Aquella se negó obstinadamente, y al obligarla, gritó: "¡Perdida soy!" Y cayó muerta.

En Loches, un obrero comprobó que su esposa se ausentaba del hogar conyugal todas las noches, y la espió para ver qué hacía. Fingiéndose dormir, y una noche vió cómo la mujer se untaba todo el cuerpo con una especie de grasa. Denunciada, declaró que aquella era la forma de poder asistir al "Aquelarre" del sábado. Fue condenada y quemada.

A medida que la civilización se extendió, se operaron cambios notables respecto a la hechicería, lo mismo en las creencias de las gentes que en la legislación a ella referente. El Parlamento de París declaró, en el siglo XVII, que no se debía castigar el delito de hechicería en sí mismo, sino solamente en consecuencia del mal real y apreciable, que los hechiceros hubieran podido cometer. Así, un hombre acusado de sortilegio, pero cuyas prácticas no hubieran ocasionado mal a nadie, no era castigado. Una ordenanza real, publicada después, declaraba que el arte de los hechiceros no existía y que sólo era producto de la más tonta superstición.

Desde entonces, a medida que el mérito de los pretendidos hechiceros fue negado, la hechicería fue desapareciendo, y los que sufren sus efectos son considerados como enfermos y clasificados dentro del extenso cuadro de las enfermedades mentales. Pero "como la superstición—según un pensador—tiene sus raíces en el corazón del hombre", de cuando en cuando presencia la Humanidad actos como el llevado a cabo en Seine-et-Marne, que demuestran cómo tiene actualidad lo que se creía desterrado para siempre.

Del mundo prehistórico

El director del "Field Museum", de Chicago, ha recibido una carta del profesor Elmer S. Rigg, jefe de la expedición enviada por el Museo a Patagonia y a Bolivia, en la cual le da cuenta de los últimos resultados obtenidos en sus investigaciones científicas.

En su carta, el profesor Rigg formula la siguiente suposición: "La Patagonia debió ser, anteriormente, un continente que más tarde se unió, por un puente natural, al continente principal. La vida animal se desarrollaría normalmente al principio; pero, más tarde, al contacto con la del Norte, surgiría la lucha."

El valle de Tarija, cerca de Tupiza, en Bolivia, donde ha hecho sus principales investigaciones el profesor Rigg, se ha mirado siempre como un campo magnífico de exploración; hace unos diez años, el barón Nordenskjöld pasó allí algún tiempo y consiguió para los Museos de Suecia gran número de fósiles.

Harto de la vida, Jerónimo Labugade decidió morir; pero como quería desaparecer de este valle de lágrimas de un modo original, empezó a pensar cómo había de suicidarse.

Estando reflexionando cayeron sus ojos sobre el artículo de un periódico, y, como Arquímedes, Jerónimo Labugade lanzó el grito de victoria:

—¡Eureka!

El artículo llevaba como título estas palabras: "El asesinato de la calle de Berthe".

En la calle de Berthe, que es una tranquila arteria de Montmartre, una frutera acababa de ser asesinada en circunstancias particularísimas.

Esta frutera se llamaba madame Pécoulive. Era viuda de un guardia municipal y mujer de unos cincuenta años, robusta y fuerte, aunque de complexión apoplética. Así, que nada hacía suponer que acabaría tan pronto su existencia y de una manera tan trágica, cuando una mañana se la encontraron muerta en su cama, asesinada a golpes de puño de paraguas.

Todas las pesquisas de los más hábiles policías habían sido infructuosas. El robo no podía ser el móvil del crimen, ya que no había desaparecido nada y el cadáver conservaba sus pendientes de oro. El móvil debía de haber sido la venganza.

Todo lo que se podía asegurar de este crimen sensacional era que el paraguas con que se había cometido el crimen era un soberbio paraguas, con una cabeza de pato, y de una montura que habían bastado dos o tres golpes, según los médicos forenses, para que pereciera la infortunada frutera.

Tales eran los detalles horribles que Jerónimo Labugade acababa de leer en el periódico, y que habían hecho germinar en su cerebro la idea de un nuevo modo de suicidarse, un suicidio inédito, un poco largo, pero segurísimo: el suicidio de la guillotina.

La cosa era fácil. Puesto que el autor del crimen de la calle de Berthe no era descubierto y se desconfiaba de encontrarlo, Jerónimo se presentaría a la policía, diciendo que él era el asesino.

En seguida pasaría al Juzgado, donde asombraría a los jueces por su cinismo. Sería condenado a muerte y ejecutado. Esto constituía el género de suicidio más regocijante que puede ofrecerse a un hombre honrado.

Sin perder un minuto, Jerónimo Labugade corrió a la comisaría de su distrito. El comisario era el excelente señor Jacinto Pipelard, hombre de costumbres sencillas y dulces, y tan pusilánime, que la simple lectura de las novelas de Conan Doyle le producía sudores fríos, y el día en que leyó "Arsenio Lupin" no se atrevió a acostarse solo en su casita, y buscó una criada varonil para que le acompañase.

Puede juzgarse cuál sería su emoción cuando Jerónimo Labugade se presentó en su despacho y con la sonrisa en los labios le dijo:

—¡Yo soy el asesino de la calle de Berthe!

Jacinto Pipelard, que había oído algo de aquel crimen, al verse solo en presencia de aquel criminal, se desvaneció. Al cabo de un rato, en que Jerónimo Labugade hizo todos los esfuerzos para reanimarle, el señor Pipelard volvió en sí, y con una voz temblorosa empezó a interrogarle.

Jerónimo recitó el artículo del periódico, que se había aprendido de memoria.

—Amigo mío—dijo el señor Pipelard,—estoy obligado a detenerle.

—¡No deseo otra cosa!

—Voy a telefonear al jefe de policía, y dentro de un rato vendrán a buscarle.

Labugade, dando las gracias, se dejó encerrar. Un minuto después, Jacinto Pipelard telefoneaba al jefe de policía.

EL ASESINO

Por RODOLFO BRINGER

—¡Soy yo, Pipelard, el comisario de Sannois! ¡Acabo de arrestar al asesino de la calle de Berthe!

—¿Qué dice usted?—respondió el jefe de policía.

—¡Digo que acabo de detener al asesino de la calle de Berthe!

Una explosión de risa le contestó.

El comisario, extrañado, le preguntó:

—¿Qué debo hacer?

—Consérvelo en alcohol, porque es un objeto raro...

El jefe de policía cortó la comuni-

cación. En este momento entró un empleado, y dejando un periódico sobre la mesa del despacho, dijo:

—El periódico, señor comisario.

Maquinalmente, Pipelard miró y se sobresaltó. Acababa de leer:

"El paraguas que ha servido para consumar el terrible asesinato de la calle Berthe procede de los almacenes del Bon roi Pépin, que acaban de abrirse en el bulevar Hausmann. Pedit esos soberbios paraguas con cabeza de pato a 5.75 francos."

El comisario cayó en un sillón.

—¡Era un anuncio!—gimió.—¡Aho-

ra comprendo por qué se ha burlado de mí el jefe de policía!

Se fué a buscar a Labugade, que en su encierro gozaba ya las dulzuras del suicidio a la guillotina.

—¡Es usted un embustero!

—¡Yo?

—Sí; el asesinato de la calle de Berthe es un anuncio de una tienda de paraguas.

—¡No!

—¡Lea usted!

Y dió el periódico al infortunado Labugade.

—Entonces—dijo éste llorando,—¿ya no me guillotinarán?

—Quería usted que le guillotinaran?

—Sí, soy demasiado desgraciado en la vida.

Y llorando contó al comisario cómo los sinsabores de la vida le habían decidido a suicidarse. Pipelard unió su llanto al de Labugade, y le dijo cuando acabó el relato de sus infortunios:

—Vamos a ver, joven. Si quiere usted se puede quedar conmigo. Necesito un secretario. ¿Conviene?... Y fueron los mejores amigos del mundo.

"mamá..."

LAS sirvientas, las compras, los "muchachos," las visitas. ¡Tantísimas cosas, Dios Santo, tantísimas cosas a que atender! Naturalmente hay días en que la pobre "mamá" se irrita, se pone nerviosa y acaba con un tremendo dolor de cabeza y un espantoso cansancio "en todo el cuerpo." Con qué ansiedad acude entonces a la

Dos tabletas, un vaso de agua, y ya está otra vez "mamá" tan sana, tan risueña y tan activa como siempre.

Y para los "chicos" cuando están con dolor de muelas o de oído; para "papá" cuando ha trabajado mucho; para "abuelita" cuando está con su "reumatismo," para toda la familia, en fin, **Cafiaspirina** significa alivio, bienestar y alegría.

Ideal también para las neuralgias; las jaquecas; las consecuencias del excesivo trabajo mental, los abusos alcohólicos y las trasnochadas.

No afecta el corazón ni los riñones.



¡No reciba tabletas sueltas!

Pida el tubo de 20 tabletas, o el Sobre "CAFIASPIRINA" de dos.

La Historia es una gran indiscreta. No contenta con relatar la vida pública de los hombres que han desempeñado un papel importante en el transcurso de los siglos, se dedica también a escurrir su existencia privada. No es por el gusto del escándalo por lo que lo hace, sino por el amor a la verdad. Los sentimientos secretos de los individuos algunas veces vienen a alumbrar con claridad singular sus actos políticos. Más de una vez, los ojos bellos de una mujer han bastado para modificar los destinos de un Estado.

Medio siglo nos separa hoy del Segundo Imperio. Este se encuentra actualmente en moda. Los historiadores, sin cólera, comienzan a estudiar con lealtad esta época brillante y desastrosa a la vez. Algunos autores han escrito sobre los amores de Napoleón III, pero desde luego se les debe leer con las más grandes precauciones. En efecto, algunos de esos autores se han consagrado a esas obras persiguiendo miras de venganza, por lo que su empeño principal parece consistir en arrojar todo al rostro del soberano. Otros no han querido hacer otra cosa que excitar las más bajas curiosidades. Hay uno que ha falseado la realidad de una manera tan grosera que sorprende ver que algunas veces se le cita. Tomar en serio el sombrío folletín que M. G. Stiegler ha publicado con el título de *Los amores trágicos de Napoleón III*, resulta, en efecto, sumamente cómico.

¿Y para qué inventar? Aquí, como ocurre siempre, la verdad resulta mucho más apasionante que las más hábiles ficciones.

Dejando a un lado—el tema es tan vasto, que nos obliga a limitarnos—las aventuras galantes de la juventud del príncipe, sólo comenzaremos el relato de su vida amorosa, a partir del momento en que el futuro emperador trata de conquistar el trono. Fue en 1840, cuando tenía treinta y dos años, la fecha en que Luis Napoleón intentó en Boulogne derrocar al gobierno de Luis Felipe. Aprehendido inmediatamente, se le condujo a la fortaleza de Ham, de donde, como se sabe, logró escaparse disfrazado de albañil, para dirigirse primeramente a Bélgica y después a Inglaterra.

No bien hubo llegado a Ham—y este detalle es poco conocido—el príncipe escribió a M. Duchatel, ministro del Interior, para suplicarle que le autorizara a recibir mujeres en su prisión. Escandalizado, el ministro le contestó que semejante solicitud era inmoral. Agregó, sin embargo, que el gobierno cerraría los ojos. Entre las mujeres que fueron sus amantes en Ham, se cita a una burguesa picarda, madame Badinquet, cuyo nombre fue más tarde el apodo que la oposición dió al emperador, y se cita también a una cierta Eleonora Vergeot, cuyo reinado fue menos efímero. El príncipe había visto a esta humilde hija de tejedores en la casa del conserje de la prisión. Ayudaba a la mujer del conserje a planchar su ropa. Luis Napoleón se fijó en ella, le prestó sus libros y aún llegó a darle lecciones de francés. Ella, en cambio, le dió dos hijos, a los que el emperador nunca perdió de vista.

El mayor, que a los veinte años era secretario de embajada, recibió en 1864 una pensión anual de 6.000 francos que le fué servida hasta la caída del imperio.

El menor, que tenía un carácter más dado a las aventuras, después de haber intentado inútilmente hacer fortuna en Méjico, volvió a Francia, donde su padre le dió el título de conde de Lamborne.

Eleonora Vergeot, casada con un M. Bure, a quien el emperador hizo conseguir una bella situación, habitó durante largo tiempo en un rico departamento de los Campos Elíseos. Murió en 1886 en el Vésinet, cerca de París.

Después de su fuga de Ham, el príncipe se refugió en Inglaterra. Los pe-

LOS AMORES DE NAPOLEON III

POR ANDRÉ GRIMAUD

riodistas ingleses hablaron en muchas ocasiones de su "cortejo de queridas". No es posible citarlas a todas. Por lo demás, son muy raras aquellas cuyo nombre no ha sido completamente olvidado. Además, un hombre es bien poca cosa. ¿Quién era aquella criolla, madame Favart de Langlade, que tuvo ciertas bondades para con Luis Napoleón? Al fin, todas desaparecen ante miss Howard, que desempeñó en la vida del príncipe un papel importantísimo. En efecto, fué ella la que proporcionó al príncipe presidente el dinero que le permitió dar, el 2 de diciembre de 1851, el golpe de estado que le valió el imperio.

Antes de contar este hecho generalmente ignorado, no es inútil que presentemos a miss Howard ante el lector.

Era de muy baja condición, y si su padre no era, como se ha escrito, un

club, quienes contaban que el presidente "había traído de Londres a la mujer más bella y al caballo más hermoso del mundo". Exageraban, por lo menos en lo relativo a la mujer. Victor Hugo exageraba también, aunque en otro sentido, cuando en su obra *Napoleón el Pequeño* habla de "las orgías presididas por miss Howard".

Abriego la creencia de que en el saloncito de la calle del Circo se hablaba sobre todo de negocios. Fué allí, cierta noche, donde se redactó la acta ficticia de venta, por medio de la cual la inglesa cedía al presidente una propiedad de que era dueña en los Estados romanos y que Luis Napoleón hipotecó por la cantidad de 324.000 francos, a fin de procurarse el dinero necesario para dar el golpe de estado. El príncipe ya engañaba un poco a miss Howard. Sucesivamente, la célebre Alice Ozy, actriz del Teatro Variedades;

piegne. Alguien la ha llamado la Pompadour imperial. Durante largo tiempo se juzgó que era una espía. Hasta llegó a circular la versión de que estaba encargada de hacer matar al emperador. Es exacto que una noche que salía el soberano, como a las tres de la mañana, de la residencia de la Castiglione, en la Avenida Montaigne, tres hombres intentaron atacarle. Sin duda fué una mera coincidencia. La condesa Castiglione, que había nacido para la intriga, había recibido sencillamente el encargo de su antiguo amante, el rey del Piamonte, de inducir al emperador a que ayudara a los italianos.

Napoleón III gastó por ella sumas muy considerables. Le daba "para sus grajeas y para sus guantes", 50.000 francos al mes, suma enorme para aquella época. Le regaló alhajas de enorme precio, entre ellas una esmeralda de 200.000 francos y un collar que fué vendido después de la muerte de la dama en 422.000 francos. Mme. de Castiglione murió algunos años después de la caída del imperio, medio loca y casi arruinada.

La que sucedió a la bella italiana, y que pertenecía también a la alta sociedad, fué Mme. Waleswka, a quien los cronistas discretos de la época designan con el nombre de Mme. X. Familia predestinada a los favores imperiales! Una de las antepasadas de su primer esposo había sido en efecto amante de Napoleón I.

Mme. X. fué suplantada en el corazón del emperador por una muchacha galante de fresco cutis de campesina, y que había sido sucesivamente camarista figurante en la ópera y vagamente cómica. Se le daba por apodo el de Margot la juerguista, y su nombre de guerra era el de Marguerite Bellanger. En realidad se llamaba Julie Leboeuf.

Marguerite Bellanger, que había tomado por lema el de "Todo sale bien a quien sabe esperar", era querida de un oficial del palacio. Habiéndola visto el emperador, se enamoró de ella y la abrumaba a obsequios. La había comprado un hotel en Passy. Un año en que le acompañó a Biarritz le dió cien mil francos para sus gastos en aquella playa de moda.

Otra leyenda es la que se refiere a una intriga de Napoleón III con la espiritual princesa de Metternich.

Pero lo que sí es seguro es que tuvo un hijo con Mlle. Chanteaud; que fué el amante de una fina inglesa, miss Sniell; de la hija del pintor Someyrac, quien se dió por muy honrada por haber recibido con este motivo 25.000 francos del seductor imperial; de una mujer consagrada a la literatura y cuyo incógnito jamás ha podido penetrarse; de una Mme. de Kalerki, hija del gran maestre de la policía de Varsovia, y para quien Teófilo Gautier escribió su deliciosa *Sinfonía en Blanco Mayor*; de Mme. de Persigny, nieta de Ney; de Cleotilde de Bedoyen, hija de uno de los chambelanes... Existe menos certidumbre que haya sido también amante de Mme. de Cadou. Es verdad que ayudó al marido y a la mujer, pero no existen pruebas válidas de esta aventura.

Como habrá visto el lector, la lista es larga. La mujer que la termina es una inglesa, lady C., que siguió a Napoleón durante la campaña de 1870 y que desapareció antes de Sedán.

Si Mme. de Castiglione va a reunirse con él en Alemania, después de la capitulación, Napoleón III se contenta con estrecharle la mano, sin pronunciar una sola palabra. Su vida de emperador ha terminado, y de la misma manera ha concluido su vida sentimental.

Retirado a Inglaterra, envejecido prematuramente, aquel tan dulce testarudo sueña todavía en sus bellas y numerosas conquistas lleno de melancolía, y no piensa ya seriamente sino en la muerte que siente que se le acerca.

Un jabón seguro

para usos generales de tocador y que posee cualidades bactericidas junto con un agradable perfume.

JABÓN de Lysoform

Lysoform
EL ANTISEPTICO MODERNO

simple batelero del Támesis, tal cual se ha dicho en muchas ocasiones, por lo menos no pasaba de ser un hombre que hacía negocios en pequeñísima escala. Miss Howard abandonó muy pronto la casa paterna para ir a instalarse en Londres, donde llevó una existencia poco edificante. La ambiciosa aventurera fué subiendo sucesivamente todos los escalones de la galantería, hasta el día en que llegó a pasar por esposa de un hábil bribón que hacía trampas en el juego y que se dedicaba a practicar estafas. El doble comercio poco edificante de aquella pareja, trajo a ésta bien pronto una fortuna considerable.

Cuando Luis Napoleón, que desde hacía algún tiempo era su amante, volvió a Francia, después de la revolución de 1848, miss Howard le siguió a París, donde primeramente se instaló en el Hotel Maurice. El príncipe, una vez que obtuvo que se le nombrara presidente, hizo que miss Howard fuera a habitar cerca del Elíseo, en la calle del Circo, número 14, en un hotelito que ha sido después demolido y cuyo emplazamiento se encuentra comprendido en el parque contiguo a la bella morada de los Rothschilds, en la avenida de Marigny.

Todas las noches, Luis Napoleón abandonaba su palacio para ir a charlar y a fumar cigarrillos en la casa de miss Howard. Esas ligas eran conocidas de todos los miembros de los

Mlle. B., la gran trágica Rachel y una señorita Théria, de la Comedia Francesa, concedieron sus favores al galante presidente. Esta última, sobre todo, no le arruinó, pues se dió por satisfecha con obtener una expendedoría de tabacos para sus padres.

Napoleón, ya emperador, abandonó en 1853 a miss Howard, a la que no tardó en nombrar condesa de Beauregard, en el momento en que él a su vez contraía matrimonio con Eugenia de Montijo. La condesa de Beauregard murió en 1865.

El emperador no se mantuvo fiel a la emperatriz durante largo tiempo. Un contemporáneo dice que el número de queridas pasajeras del soberano es "increíble". Ese hombre, que se encontraba muy al corriente de las costumbres de la corte, cuenta a este respecto una anécdota muy divertida. Napoleón III era muy galante. Cierta día, en la época del estío, hallándose en un salón apartado, cuyas cortinas estaban descubiertas, vió tendida sobre un sofá una bonita pierna, mal cubierta por la falda. Se acercó a acariciar la media, hasta que bruscamente la persona interesada se incorporó llena de indignación: era el obispo de Nancy.

Fué en 1856, en la casa de la princesa Matilde, que en otra época había sido su prometida, donde Napoleón III fué presentado a una bellísima italiana, madame de Castiglione, que debía, de ser su querida al año siguiente en Com-

El rey de Is

La leyenda de Is es interesante. Grallon fué un rey de Cornouaille que obtuvo infinitas victorias. Reinaba en Kemper, entre Steir y el Odet, pero su puerto era Ker-Is, donde sus innumerables flotas estaban constantemente preparadas para tender la vela. Este rey tenía una hija, llamada Dahut, la cual llevaba una vida desordenada y había logrado tener gran ascendiente sobre su padre.

Is fué una ciudad magnífica, cuyas murallas medían siete leguas. Un distico bretón dice de ella que "desde que la ciudad de Is ha perecido, no se le ha encontrado par a París".

Un día en que el rey Grallon rezaba, con su corte, en el bosque de Nevet, al pie del Mener-Ham se extrayaron, y llegaron todos a la ermita de San Corentino. Grallon había oído hablar de este santo varón y se regocijaba de haber llegado hasta su morada; pero sus servidores, que desfallecían de hambre, miraban tristemente al ermitaño, pensando que habían de contentarse sólo con oraciones. Corentino, iluminado por Dios, adivinó el pensamiento de aquéllos. Preguntó al rey si quería aceptar una colación, y Grallon le dijo que desde la mañana ni había comido, ni tenía qué comer. Entonces el ermitaño llamó al cocinero y al coopero del rey y les dijo que se dispusieran a preparar una buena cena.

Condujo a los dos a una fuente que había junto a la ermita, llenó el jarro del coopero de agua, cortó un trozo de carne a un pez que en ella nadaba, y les recomendó que preparasen la cena para el rey y su séquito. Entonces el coopero y el cocinero se echaron a reír y le dijeron que si tomaba a las gentes de la corte por mendigos. Corentino les dijo que no se inquietasen por nada, que Dios proveería.

Todo salió como el ermitaño había pedido, y el agua de la jarra se convirtió en un vino delicioso y el trozo de pez se multiplicó de tal modo que hubo suficiente para todos los invitados y aun sobró. Grallon, a quien sus servidores le habían puesto al corriente del milagro, lleno de admiración, dijo al ermitaño: "Hombre de Dios, vuestro lugar no es éste, pues vuestro Señor y el mío quiere que la luz brille en lugares donde pueda verse. Vais a abandonar esta ermita y a venir a Quimper; mi palacio será vuestra vivienda, y todo el pueblo os pertenecerá. En cuanto a vuestros discípulos, yo les construiré un monasterio en Landé Vennec, y vos mismo nombraréis el abad."

El rey cumplió su palabra; dejó su capital al nuevo obispo, y fué a habitar a Is, que se levantaba en el lugar donde hoy se encuentra la bahía de Donarnenez. Era tan grande y tan hermosa que los antiguos no encontraron nada mejor para nombrar la capital de los Galos, que llamarla Par-Is. Pero construida a un nivel más bajo que el del mar, y protegida de las olas por diez esclusas de madera de encina, un peligro perpetuo la amenazaba. El rey Grallon llevaba siempre colgada del cuello la llave de las esclusas, toda de oro.

Un día, al final de una fiesta, la princesa Dahut prometió a uno de sus pretendientes enviarle esa llave. A la noche, ella se deslizó en la alcoba donde dormía su padre, y le quitó la llave y se la envió al que se la prometiera, que no era otro que Satanás. Una terrible inundación amenazaba sumergir la ciudad; pero San Guenal dijo al rey que arrojase a Dahut al agua, y entonces la inundación se detuvo.

Entonces, el rey, dolorido por el drama que costó la vida a su hija, se retiró al monasterio de Landevennec, en donde acabó humildemente su vida.

UN EMINENTE GUITARRISTA Y UN EXIMIO GUITARRERO



Señor Juan Pastor, distinguido concertista de guitarra e inventor de un nuevo modelo que ha sido premiado.

Juan Pastor es excelente concertista de guitarra, cuya maestría han ponderado los críticos de Europa y América.

En París, a pedido de varios destacados miembros de la colonia argentina, dió varios conciertos en el Café de France interpretando a los clásicos del popular instrumento: Sors, Tárrega, Arcas y García; logró tan resonante éxito que los críticos haciendo justicia de su talento, le proclamaron artista y maestro por su gusto en la ejecución y su técnica limpia. Pero lo que entusiasmó sobre manera a la muchachada argentina residente en la Ville Lumière, era la gracia con que Pastor interpretaba en la guitarra los aires nacionales.

Recorrió después varias otras ciudades europeas alcanzando en cuantos lugares se presentó un éxito definitivo.

En España, donde existe de antiguo una tradición guitarrística, incluyó en sus programas algunas piezas de famosos vihuelistas de los siglos XVII y XVIII, lo que dió ocasión a Pastor a revelarse un erudito del popular instrumento y un técnico de méritos indiscutibles, lo cual hizo que le considerase como uno de los más grandes guitarristas contemporáneos.

Vuelto a la Argentina consagrado, dió varios recitales que confirmaron lo mucho bueno que ya habían dicho los críticos de Europa de las ponderables condiciones de Pastor como ejecutante.

Pero este joven argentino para quien la guitarra no tiene secretos, se dió pronto cuenta de sus muchos defectos de fabricación y quiso hacer de ella una caja sonora cuyas notas tuviesen la más pura armonía, y estudiando el punto se puso a la obra de hacer de la guitarra un instrumento perfecto. Y como es empeñoso y tiene talento, lo consiguió, y tan lo consiguió que el jurado de la Exposición Comunal de Artes Industriales otorgó el primer premio a una

guitarra que presentó con modificaciones hechas por él.

Martín Gil, el distinguido y popular escritor, que como todos sabemos es un excelente guitarrista, felicitándole por su éxito le envió una carta en la que dice: "Me complace en manifestarle que probé las cuatro guitarras remitidas por usted al hotel, encontrándolas notabilísimas en sonoridad y claridad. No hay duda que ha hecho usted un gran servicio al instrumento."

Por su parte el conocido crítico señor Ernesto de la Guardia, le remitió este juicio: "Empezaré por manifestarle que yo no era partidario de la guitarra usada como instrumento de concierto, por haberme parecido siempre su sonoridad pobre e inadecuada para tan elevado fin. Esta opinión ha cambiado radicalmente desde que tuve el gusto de escuchar la nueva guitarra por usted modificada."

En efecto, el instrumento ha mejorado de modo notable y sorprendente. No sólo ha logrado aumentar el volumen del sonido, sino, lo que es aún más valioso, la calidad del mismo, obteniendo un timbre puro, dulce y potente a la vez. Además la riqueza de vibraciones le permite prolongar las notas a voluntad, evitándose la sequedad y acentos cortados, tan característicos en la guitarra corriente. En una palabra, ha introducido usted el pedal en el popular instrumento y como consecuencia, el canto perfectamente ligado por lo que ya puede competir con los más apreciados instrumentos de concierto. Tal es mi opinión y me complace en manifestársela."

Después de lo que han dicho autoridades de tanta monta sobre la guitarra, sólo nos resta añadir que Juan Pastor es eminente guitarrista, pero también un eximio guitarrero, que hoy podemos contar con una guitarra argentina que supera sin discusión a todas las conocidas hasta el día, y ello debido al esfuerzo, estudio y constancia de un joven argentino.

Rápido y fácil aprendizaje del ski

El ski ¿es deporte exclusivamente reservado a los especialistas? De ningún modo. Cualquiera que se encuentre un poco ágil puede llegar en muy poco tiempo a gustar de sus encantos.

Para quien sabe practicarlo, el ski es, en efecto, el más bello de los deportes de invierno porque no está sujeto a ningún recinto limitado, a ninguna pista ni camino y porque conduce al deportista a su capricho a través de las extremas sábanas de nieve, con toda la embriaguez de la velocidad y sus peligros.

Pero, ¿cómo iniciarse?

Se han escrito muchos libros sobre el ski; pero la mayor parte son sabios tratados que sólo pueden seguir y comprender los profesionales.

De uno recientemente publicado sacamos unas indicaciones de orden práctico y elemental que interesarán a los aficionados.

Ante todo, digamos que es preciso servirse de los skis adoptados en el país en que uno se encuentra. Las cuevas abruptas de Suiza exigen skis muy diferentes a los requeridos en Noruega y Dinamarca. Estos últimos tienen sus aristas paralelas, mientras que los skis suizos son más anchos en sus extremidades que en el centro, y ofrecen así mucha menos resistencia. Con los skis noruegos, por ejemplo, es casi imposible hacer, sin caerse, una parada sobre una pendiente muy pina.

El equipo es, igualmente, digno de tenerse en cuenta. El deportista de ski no debe llevar vestidos de lana, que toman fácilmente la nieve y le mojan las carnes cuando el calor del cuerpo las funde. Son preferibles las telas lisas así como el pantalón largo.

Se ha comparado justamente el ski a la bicicleta; como la bicicleta, el ski es cuestión de equilibrio; se trata de saber sostener el cuerpo.

Lo primero que hay que hacer cuando se quiere efectuar un descenso, es tener los skis completamente juntos, un pie avanzado sobre el otro ligeramente, es decir, no dejando más que una huella sobre la nieve. De esta forma el peso del cuerpo se reparte por igual sobre los dos skis y la resistencia de la nieve es asimismo tan uniforme como posible. Supongamos, por el contrario, que se desciende con las piernas más o menos abiertas, como lo hacen instintivamente los debutantes: desde que hay una diferencia de resistencia en la nieve, uno de los dos skis queda detrás y el deportista caerá sobre ella, lo que, por otra parte, no es nada grave.

Segunda regla: cuando el "skiero" sabe ya efectuar una bajada con los skis unidos, aprenderá a bajar gravitando alternativamente su cuerpo sobre uno de los skis y teniendo casi a la altura de la punta del otro ski el pie sobre el cual ha de reposar el peso del cuerpo. Una vez aprendido esto, pronto se llega a realizar la parada en seco llamada "Telemare".

Tercera regla: para girar rápidamente a la derecha es necesario gravitar el peso del cuerpo sobre la punta del pie izquierdo, el cual ha de estar a la altura de la punta del ski derecho; empujar luego ligeramente la punta del ski izquierdo hacia la derecha, y, al propio tiempo, exactamente igual que en bicicleta, llevar el peso del cuerpo sobre la derecha al interior de la curva. Automáticamente, el "skiero" gira hacia la derecha y se detiene al mismo tiempo.

En cuanto uno llega a saber hacer esto, ya puede bajar por una pendiente, cualquiera que sea, y girar, ya a la izquierda, ya a la derecha, haciendo eso.

Pronto se llega a ejecutar la parada llamada "Cristiana", que es todavía más brusca que la "Telemare".

CURIOSIDADES

Entre los envoltorios de una momia egipcia ha sido encontrado en perfecto estado de conservación un escarabajo que tenía varios miles de años de existencia.

La pena capital está abolida en Austria, Holanda, Noruega, Portugal, Rumania y Suecia.

La mayor colección clasificada de mariposas e insectos se encuentra en el Museo de Historia Natural de South Kensington. Fué formada hace ciento cincuenta años, pero se encuentra en muy buen estado.

Dada la inestabilidad del valor del papel moneda en Alemania, muchos comerciantes y aun individuos de profesiones liberales no aceptan el pago en billetes, sino en especie. Hasta los médicos, en ciertas poblaciones, se han conformado con la nueva práctica y han establecido una especie de tarifa.

Por ejemplo, un médico cobra: por consulta durante el día, un pan grande; por consulta nocturna, dos panes grandes; por un examen mediante rayos X, treinta panes. La clase de mercancía exigida varía según el oficio del paciente; a un carnicero se le cobra en carne; a un labrador, en patatas, etc. Un campesino que se fracturó una pierna pagó por la asistencia dos libras de manteca, veinte huevos y un repollo.

Uno de los oficios más curiosos es el de pintar con esmalte negro los puntos de las fichas de dominó. Aunque parezca cosa fácil, se requiere cierta habilidad y se pagan buenos jornales.

Los relojes sufren muchas veces la influencia magnética de los que los llevan. En muchos casos, los que producen esos efectos son morenos.

Los clérigos no son tan populares para maestros de escuela como eran hace cincuenta años. Actualmente, en todo el mundo, la mayoría de los centros de enseñanza, tanto oficiales como particulares, están bajo la dirección de personal laico.

Las tortugas ponen anualmente de 150 a 200 hue-

Casi una linea recta puede decirse que corta Ispocia en toda su anchura el Canal de Caledonia. Fue construido con objeto de poner en comunicacion el mar del Norte con el mar de Irlanda y evitar así cuatrocientas millas de navegacion, dando la vuelta al norte de la Gran Bretaña, a los buques mercan-

En la dirección de Watt, el inventor de las máquinas de vapor, se empezaron a hacer sus estudios en 1773, y las obras empezaron en 1803.

Sólo fué necesario hacer un canal artificial de 35 kilómetros, pues se pudieron utilizar unos 61 kilómetros de lagos.

Tiene 23 esclusas. Cada una de 48 metros de largo, once y medio de ancho y cuatro y medio de profundidad.

Un poco de jugo de limón echado en el arroz cuando éste está hervido, blanquea y separa los granos.

En Francia se ha pensado en cobrar un impuesto a ciertos títulos de nobleza; el de príncipe, por ejemplo, pagaría un impuesto equivalente a 240 libras esterlinas, y el barón o baronesa, 80 libras.

La máquina de vapor impele, boga, fuerza, remolca, eleva, baja, levanta, moja, riega, arrastra, tira, empuja, conduce, trae, derrama, hiende, recoge, condensa, extrae, rompe, restringe, abre, cierra, rebonda, traspasa, excava, ara, trilla, separa, solidifica, aventa, lava, muele, quebranta, aprieta, cierra, trocea, amasa, amolda, imprime, horada, bate, aprieta, monda, hachea, corta, rasura, asierra, aplasta, moldea, laborea, forja, enrolla, martilla, dobla, desmenuza, labia, bocha, raspa, enhila, gasta, lima,

pule, remacha, barre, cepilla, carda, aguza, estira, sopla, estampa, tuerce, arroja, trenza, trasquila, acuña.

La vez que llovió con mayor fuerza en Londres fué un día de junio del año 1788, en que en veintiocho minutos cayeron 2,3 pulgadas de agua.

Unas gotas de amoníaco en el agua con que se lavan vidrios facilitan el trabajo y hacen que queden más limpios y brillantes.

En una de las cárceles de Francia se ha permitido recientemente que uno de los presos saliese de la prisión para contraer matrimonio, regresando a su celda inmediatamente después de la ceremonia.

El Consejo Municipal de Hornsey Borough (Inglaterra) ha editado unos libros con cuentos en los que se pone claramente de manifiesto cuáles son las buenas y malas costumbres.

En las nuevas naves aéreas que realizarán el viaje entre Inglaterra y la India, será permitido fumar. Los dibujos hechos para construirlas contienen grandes comedores y salones de fumar.

Un máuser vale diez veces lo que valía un fusil de chispa.

Las águilas vuelan hasta dos mil metros de altura.

Aclarando un error

En el número anterior de FRAY MOCHO y al pie de una colaboración titulada "Conversando con el poeta Antonino Lamberti", apareció, por un error de composición, la firma del señor E. M. de Ocampo en lugar de la del señor Fermín Estrella Gutiérrez, que es el verdadero autor de dicho artículo.



Dientes blancos y limpios

El cuidado de los dientes, ha tomado gran importancia en nuestra época; antaño cuidarse los dientes era algo más bien reservado al sexo débil, pero hoy, como es una medida higiénica tan saludable, se pueden contar con los dedos los que no se limpian diariamente la dentadura, tanto hombres como mujeres, pues no sólo es cuestión de higiene sino también de coquetería. ¿Hay acaso algo más feo que dientes sucios y negros?

Ahora bien, ¿con qué limpiarlos?

Las aguas dentífricas tienen un pequeño poder antiséptico, pero no limpian.

Las pastas dentíficas dan la ilusión de que limpian; las que contienen jabón disuelven las grasas, pero lo que está pegado a los dientes, el sarro, sale en muy pequeña cantidad y sólo por la acción del cepillo.

Para limpiar verdaderamente, sólo existen los **Polvos dentífricos** y solamente algunos, pues hay muchos que son nocivos. Los buenos que compre Vd. en cajitas le cuestan muy caro, pues una caja que contiene de 20 a 30 gramos vale arriba de \$ 1.—

Nosotros fabricamos un rico

POLVO DENTÍFRICO ROSADO

según una fórmula que venimos perfeccionando desde hace años. Es lo mejor que hemos encontrado para limpiar bien los dientes sin estropearlos; son sumamente agradables al gusto y los vendemos sin lujo en bolsas de papel.

de 1/4 kilo \$ 2.40 — de 1/8 kilo \$ 1.40

Con cada paquete regalamos una cajita para usarlos. Con muy poco gasto puede pues Vd. tener los dientes blancos con el Polvo dentífrico de la

FARMACIA FRANCO-INGLESA

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires

VISITA DEL MARISCAL ROBERTSON AL COLEGIO MILITAR



Acompañado del ministro de Guerra, general Agustín P. Justo, el mariscal del ejército británico, sir Guillermo Robertson, efectuó una visita al Colegio Militar, en San Martín.—El ilustre visitante y sus acompañantes, poco después de llegar al mencionado instituto militar.



El mariscal Robertson, el ministro de Guerra, general Justo, el director del Colegio Militar, coronel Luis Jorge García y otros jefes, visitando las diferentes dependencias del establecimiento.



La cabecera de la mesa durante el almuerzo ofrecido al mariscal Robertson y a sus acompañantes, en el Colegio Militar.



Un número del programa de ejercicios físicos realizados por los cadetes del Colegio Militar, en presencia del mariscal Robertson.

Distinción al presidente del Departamento Nacional de Higiene



El ministro de Alemania, señor Carlos Gneist, durante el acto de la entrega de una medalla de oro al presidente del Departamento Nacional de Higiene, doctor Gregorio Aráoz Alfaro, como una distinción que le confiere la Universidad de Hamburgo.—Al acto, que se realizó en la embajada de Alemania, concurrieron los ministros del Interior e Instrucción Pública.

BIBLIOGRAFIA



Señor Mayorino Ferrara, colaborador de FRAY MOCHO y autor del libro de poesías titulado "Momento musical", recientemente aparecido.

INAUGURACION DEL CONGRESO GANADERO DEL RIO DE LA PLATA



Con la asistencia del presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear, se realizó en el teatro Colón y ante una crecida concurrencia, el acto inaugural del Congreso Ganadero del Rio de la Plata. — El palco oficial, ocupado por el primer magistrado, a quien acompañan el ministro de Industrias del Uruguay, doctor César Mayo, ministro de dicho país, señor Daniel Muñoz, ministro de Agricultura, ingeniero Emilio Mihura, ministro de Obras Públicas, doctor Ortíz, presidente de la Sociedad Rural del Uruguay, señor Manuel Artagaveytía, doctor Bartolomé Vassallo, doctor Cornelio J. Viera, ingeniero Pedro T. Pagés y otros caballeros

DEMOSTRACION AL INGENIERO DON JUAN CAROSIO

Organizado por la Federación de Sociedades Italianas y la Cámara de Comercio Italiana, fué servido en el salón del Príncipe Jorge, un banquete en honor del ingeniero don Juan Carosio, fundador de la Compañía Italo Argentina de Electricidad y de la Italcable. El acto, al que asistió una crecida y selecta concurrencia, se realizó con gran lucimiento, y durante él hicieron uso de la palabra el presidente de la Federación de Sociedades Italianas don Arsenio Guidi Bufarini, quien hizo entrega al obsequiado de la medalla concedida a los beneméritos de la institución; el señor Gotheil de Luca, el doctor Eliseo F. Elvera y el ingeniero Carosio, que en un conceptuoso discurso agradeció el homenaje. — Varios de los comensales rodeando al obsequiado.



Una vista parcial del banquete servido en honor del ingeniero don Juan Carosio.



HOMENAJE AL EMBAJADOR DEL BRASIL, DOCTOR PEDRO de TOLEDO

Con motivo de regresar a su país el doctor Pedro de Toledo, embajador del Brasil ante el gobierno argentino, un numeroso grupo de caballeros, entre los que se hallaban los señores doctor Rodolfo Rivarola; ministro del Paraguay, Pedro Sagüier; ministro de Justicia e Instrucción Pública, doctor Sargana; ministro de Bolivia, doctor Díez de Medina; ministro de Marina, almirante Domecq García; ministro de Guerra, general Justo; encargado de negocios de Italia; Intendente municipal, doctor Carlos M. Noel; doctor José León Suárez y otros, tributaron un homenaje al distinguido diplomático consistente en un banquete que se llevó a efecto en el salón Imperio del Jockey Club. — El doctor Toledo con algunos de los asistentes al banquete.



COMIDA EN HONOR DEL DOCTOR RENE BASTIANINI

Un grupo de amigos personales y profesores del colegio nacional "Bartolomé Mitre", ofreció al rector del mencionado establecimiento docente, doctor René Bastianini, una comida que se llevó a efecto en el restaurant "La Sonámbula" y que fué organizada con motivo de su reciente regreso de Europa. — Vista parcial de los comensales que asistieron al acto.



Doctor Ricardo Ahumada M.

NUEVO COLABORADOR DE FRAY MOCHO

El doctor Ricardo Ahumada M., distinguido poeta chileno, que hoy inicia sus colaboraciones en FRAY MOCHO, es uno de los más destacados intelectuales de la República amiga. Su labor, múltiple y variada, ha consolidado los prestigios y respetos de que goza su personalidad, dentro y fuera de su patria. El doctor Ahumada se distinguió en los combates de Angamos y Pisagua, siendo guardiamarina, a bordo del acorazado Cochrane. Más tarde, iniciado en la vida pública, fué, sucesivamente, secretario de la intendencia de Bío Bío, administrador de correos, promotor fiscal, profesor y rector del Liceo, intendente de Chiloé, secretario de la Corte de Talca, defensor de menores, juez de Iquique y de Santiago de Chile. Es autor de varios libros de poesías y amigo fervoroso de la Argentina, a quien ha dedicado muchas de sus inspiradas composiciones.

Tal es, a grandes rasgos, la personalidad del doctor Ahumada, cuya producción intelectual avalorará, de hoy en adelante, las páginas de FRAY MOCHO.



Señor Antonio Polito.

NUESTROS MUSICOS

En el terreno de la composición, Antonio Polito disfruta de un renombre bien merecido. No obstante su juventud, ya su labor musical es copiosa y, sobre todo, de grandes méritos.

La música de Polito es el producto de un alma superior: cada nota de sus composiciones, podríamos decir que es como un pedazo de corazón, hecho sonoridad.

Nuestro joven lírico, que figura casi cotidianamente en los principales programas radiotelefónicos, es además un exquisito pianista. Sus últimas producciones son los tangos "Chola" y "Lo que Dios manda", ambos de gran ritmo y de melodía, sobre todo el primero. También son novedades sus shimmys "Helena" y "Amazona", y, por último, ha dado a publicidad una habanera titulada "María", con letra del poema inmortal del mismo nombre. Dicha composición se destaca por su gran fondo de ternura y por su pureza de forma.

Antonio Polito es un fiel representante de la emotividad, y está considerado, justiciamente, como una de las primeras figuras entre los cultores del bailable.

A. M.



FOOTBALL.-- Boca Juniors v. Argentinos Juniors.-- All Boys v. Alvear



Ante un stadium repleto de público, se jugó la final de la Copa Competencia, entre Boca Juniors y Argentinos Juniors, partido que resultó empatado con un goal por cada parte.—
Equipo de Boca Juniors.



Team de Argentinos Juniors que se defendió bravamente en el encuentro, consiguiendo el empate del match disputado, con Boca Juniors, en la cancha de este último.



Una incidencia del juego en la que se ve a López, arquero de Argentinos Juniors, en una de sus eficaces intervenciones.



Otra buena atajada de López.



Momento en que Boca Juniors produce el goal del empate. A raíz de un corner, siguió un entrevero, al que puso fin Tarascone, marcando el tanto que equilibró el partido.



Team de All Boys que triunfó en el partido jugado contra Alvear, mediante un score de 1 a 0 goals.



Cuadro de Alvear, vencido por All Boys en el encuentro sostenido con éste.

DE NUESTROS ESCENARIOS



Dos poses de Nelly Flor, la aplaudida "vedette" francesa que tantos éxitos ha obtenido desde el escenario del teatro Florida y que próximamente actuará en el Brasil.



Soledad León, primera tiple de la compañía que actúa en el teatro de la Comedia.



"La Soberana", tonadillera española que en breve debutará en Río de Janeiro, junto con Nelly Flor y Ada Falconi, y que, como éstas, ha tenido, entre nosotros, destacada actuación.

María Esther Pomar, primera actriz del elenco de la Comedia.





SOCIALES



CAPITAL FEDERAL. — Señorita Elvira María Teresa Buzio.



ROSARIO. — Enlace Culasso-Cerrutti. Los novios después de la ceremonia nupcial.



CAPITAL FEDERAL. — Señorita María Biba, recientemente desposada con el señor Miguel Lillo.



ROSARIO. — La señorita Carlota Lucas y el señor Guillermo O. Hallberg, después de su matrimonio.



Enlace de la señorita Nydia Ferreyra López con el señor Ramón Llobet. Los contrayentes después de la consagración religiosa.

GENTE MENUDA



Fernandito Bustos.



Héctor Luis Bordini.



Manuel Cristóbal Di Flavia.



Sarita E. Oliver.



ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Dorothy Devore, protagonista, con Herbert Rawlinson y Gibson Gowland, de "La esposa de las praderas", que Max Glücksmann estrenó anteayer.



Edward Horton y Gertrude Short, en "Beggar on Horse Back", cinecomedia que la Paramount distribuye desde la semana anterior.



John Barrymore y Dolores Costello en la notable película "La bestia del mar", extraordinaria que la General estrenará en la semana entrante.



Richard Talmadge y Betty Francisco, en "Demasiado tarde", cinecomedia que la New York Film estrenará el sábado próximo.



Buck Jones y Marlon Nixon, en "Terror del mal país", cine-drama que la Fox Film estrenará pasado mañana.



Mae Bush y Adolphe Menjou, que con Norma Shearer y James Kirkwood, son protagonistas de "Barreras quebradas", cinta que la Corporación estrenó anteayer.

Vea en los principales cinematógrafos

la película **DIAMOND SUPER JEWEL**, titulada:

"EL FANTASMA DE LA OPERA"

Arreglo de la conocida novela de GASTON LEROUX interpretada por

LON CHANEY, MARY PHILBIN y NORMAN KERRY

No deje de ver este gran espectáculo

UNIVERSAL PICTURES CORPORATION

LOS PRIMEROS FRIOS



Con sobretodo y piel, a prevención, para cuando la baja temperatura muestre su hostilidad.



Figura filosófica y hierática, el popular "Mateo", que encarna la tradición de una época que se va, es, acaso, el que con más valor afronta las inclemencias de la temperatura y también las de la suerte, esperando impávidamente la aparición de un cliente, cada vez más problemático.



Han llegado las primeras ráfagas frías, precursoras de la estación invernal y las avenidas de Palermo se ven concurridas por los que buscan las tibias caricias del sol matutino, frente a las bellas perspectivas de un paisaje rico en policromía. He aquí una interesante figura, cuya expresión revela no hallarse muy lejos de la felicidad.



Los serenos de las obras en construcción, obligados a la vigilancia nocturna, recurren a la enérgica defensa del fuego, con cuya acción reactiva y una "matada" reconfortante y oportuna, suelen pasar las veladas mejor que medianamente.



Las pieles de los zorros (y también de las liebres y hasta de los gatos) que pagaron con su vida el tributo a las necesidades de la indumentaria femenina y a las exigencias del bolsillo de los comerciantes, han hecho su aparición en la vida cotidiana de la calle.



De cara al rosal y con el lago de Palermo a la espalda, no puede pedirse mejor marco, no sólo para disfrutar los halagos de una tarde delfinosa y templada, sino para provocar el justo elogio que merece la elegancia y la simpatía.



La mutuality de compañero y el vínculo espiritual de un común destino, pueden obviar el milagro de mitigar los rigores del frío y las crueldades de la suerte.



Lo que pueda faltar en la indumentaria, para el abrigo de los miembros ateridos, y en el lecho, para el blando reposo del cuerpo, lo proporciona ampliamente el venturoso ensueño, ante el cual se abren los más bellos horizontes.



DE MAR CHIQUITA



Señoras Ana María de Ferreyra, Luisa de Lamas, Cristina de Giraldi, señoritas Carmen Saury, González, Raquel Zinny, Blanca Gómez Gigena y señor Jaime Ortiz Grognet.



Señorita de Lazcano.



Señorita Rita Novillo Cáceres.



Un bajel inabordable: familias de Allende y Pinto y señoritas Rita Novillo Cáceres y Luisa Azola Zabaleta.



Señorita de Falcone.



Señoritas de Zerboni.



Familias de Minetti y Hermida y señor José Lozano.

FRAY MOCHO EN ROSARIO DE SANTA FE



Team de Nacional que en el partido por el campeonato Vila, triunfó sobre Central Córdoba, mediante un score de 5 a 3 goals.



Componentes del equipo de Central Córdoba, vencido por Nacional en el match por el campeonato Vila.



Cuadro de Newell's Old Boys, que derrotó por 5 a 3 goals a Rosario Puerto Belgrano en la disputa de la Copa Vila.



Los representantes de Rosario Puerto Belgrano, a quienes tocó perder en el partido por la Copa Vila.



Concurrencia que asistió a la fiesta social ofrecida por los esposos Ademar-Beltrame García, con motivo del bautismo de su hija René.



El doctor Orlando Fornari rodeado por los comensales que tomaron parte en el banquete que le fué ofrecido despidiéndole de la vida de soltero, acto que se realizó en el "Bar Cifré".



De derecha a izquierda: Isaias Fernández, Humberto Rossi y Juan Antonio Rivero, tres de los forajidos que cometieron un repudiable atentado contra una señora y para los que la indignación popular reclama todo el rigor de las leyes.



La casa de la calle Alem entre Rioja y San Luis, donde se cometió el delito que las autoridades deben clausurar porque se trata de una guarida de tenebrosos en pleno centro de la ciudad.

Foto. Flores Toledo.



NOTAS DE CACHEUTA



Señora Teresa P. de Pasquale.



Un grupo de comerciantes discutiendo sobre negocios.



La señora de Caprioli y su sobrina Anita.



El doctor Loustalet asaltando al señor Bonelli.



Familias de Barón y Apreda llegando al hotel.



Los corresponsales gráficos Eliseo Bejarano y Juan Geloso.



Doctores Aristides Bianchi, S. Vidal Pujol y Correa.



Señoritas Juana V. Arando y Margarita Miralle Escudero y señores Alfredo Allen y Raúl Imas.



Geraldito Cores.



Señor Atilio Pasquale y su esposa.



Doctores Carlos Mercandino y A. Caballito Dioni.



Jorge Arien.

EL FOOTBALL EN EL PARAGUAY



ASUNCIÓN.—Ante un público numeroso, realizóse, en el stadium de la Liga Paraguaya, el segundo partido entre Combinado Paraguayo y Huracán, de Buenos Aires, sin que ninguno de los dos bandos consiguiese abrir el score.—El equipo de Combinado Paraguayo.



El referee que actuó en el partido, señor Mario Barba, que tiene a su derecha al capitán de Paraguayo y a su izquierda al de Huracán, de Buenos Aires.



Autoridades de la Liga Paraguaya y delegados de Huracán, presenciando el encuentro desde el palco oficial.



Equipo de Huracán de Buenos Aires, que apostuvo el match con Combinado Paraguayo, resolviéndose el partido por 0 a 0 goals.



Un aspecto de la tribuna oficial, mientras se efectuaba el match



La tribuna popular repleta de concurrencia.

Fots. H. J. Carrón.



La temporada en Carhué



Una simpática silueta.



Las más valientes para el agua, a juzgar por la "parada".



Señorita Lía Dalví.



Señor Juan C. Neveri y sus hijas.



Señor Pastor Paganini y su familia.



Señora Adela I. de Mariani y sus hijas.



El perro "Mascota", que tiene en su haber más de un salvataje.



Señor Sebastián Flores y familia.

Foto. Carretero.

FRAY MOCHO EN EL URUGUAY



POCITOS. — Vista parcial de la playa.



Gimnasia improvisada



Sobre la fresca arena.



Un detalle urbano del barrio de Pocitos.



Edificación frente a la rambla



Un aspecto del atrayente balneario



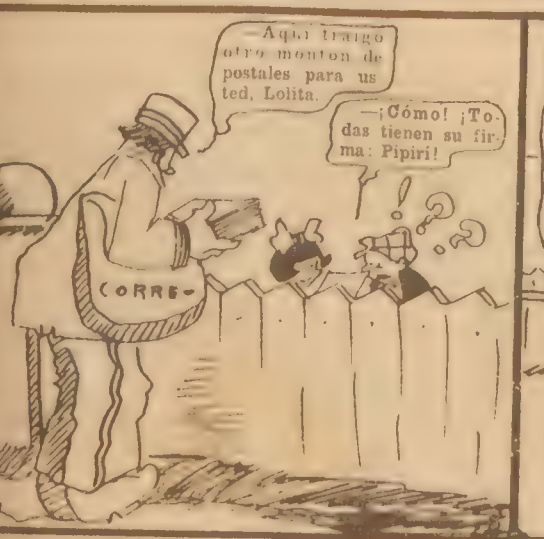
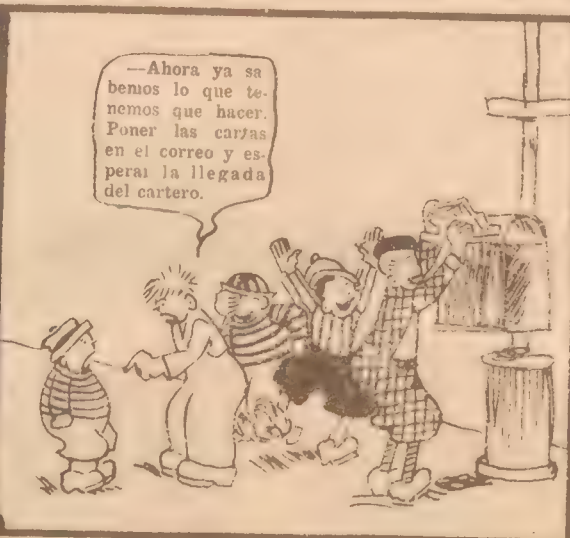
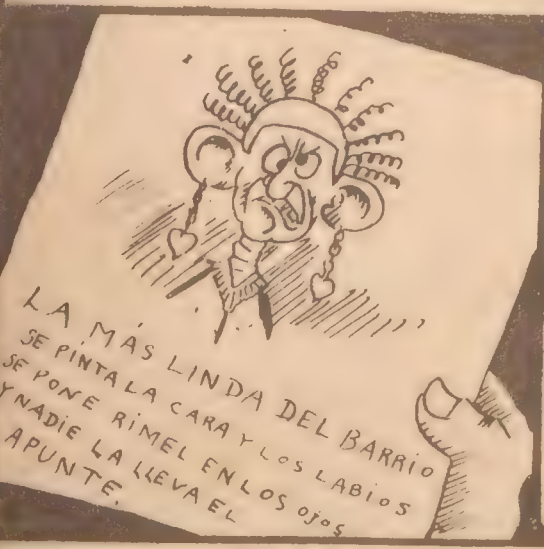
COLONIA SUIZA. — Señoritas de Klot, Dellazoppa y otras, de la sociedad montevidense, durante la semana de turismo.



MONTEVIDEO. — Señoras Delfina N. de Colombo y Tachia O. de Charloni y señorita de Ledesma

Foto. de nuestro redactor viajero, señor Bartolomé Zamboni y de nuestro corresponsal, señor Héctor H. Valverde

PAGINA INFANTIL.—Aventuras de Pipirí



La primera vez que Ben Tai se asomó a la ventana de su "Emporio Oriental" y vió al hombre blanco y a la mujer blanca tomar la senda que llevaba al río, no hizo otra cosa que guiñar sus ojos oblicuos, llenar nuevamente su caprichosa y curvada pipa y... seguir sus apacibles meditaciones.

Al día siguiente, al verlos otra vez tomar el mismo camino, pero con pasos precavidos y sigilosos, Ben Tai retiró la pipa de marfil de sus labios, arrojó un poco de humo por una de las comisuras, cogió un martillo forrado de fieltro y tocó con él una sonora campana que colgaba sobre su cabeza.

En seguida, silenciosamente, entró en la estancia un chino joven, de ojos negros y nerviosos. Ben Tai le habló en dialecto cantonés y con esa voz grave, inconfundible en los fumadores de opio:

—Dime, Ah Gim, ¿has sabido algo del hombre blanco que vino aquí hace tres días a comprarme opio?

—Sí, señor—contestó Ah Gim, con una profunda reverencia.—Está enojado porque no quiso usted vendersele...

—Ya me lo figuraba. ¿Y no profirió ninguna amenaza contra mí? Dime lo que yo no sepa.

—Sí, señor. El hombre blanco es de San Francisco. Se llama Frank Fargo. Su mujer—él dice, al menos, que es su mujer—es bella como la luna. Sus cabellos son como un rayo de sol sobre la niebla. Su rostro es blanco como el narciso. Su...

—Basta—interrumpió Ben Tai, sosteniendo la pipa entre los dientes.—Hablas más que una comadre. No me interesa lo que piensas de la mujer blanca, sino lo que sabes del hombre blanco.

Ah Gim hizo otra profunda reverencia.

—No sé más sino que viven los dos más allá del muelle, que ella misma atiende a los quehaceres de su casa flotante y que se pasan durmiendo la mayor parte del día. Sólo salen al anochecer y de noche.

El rostro mongólico de Ben Tai se entenebreció al asomarse a su ventana: "La pareja de blancos emprendió ayer el sendero de las lagunas pantanosas... Nada tienen que hacer allí. Sin embargo, pudo ser la casualidad la que hasta allí los llevara... Ahora bien, hoy han tomado el mismo camino... Es extraño... Es extraño..."

—¡Ah, señor!... ¿Usted cree?...

—Figúrate lo que quieras y déjame a mí hablar. Digo que iban hacia las lagunas pantanosas con pasos furtivos, como ladrones en la obscuridad. Una idea, Ah Gim; síguelos. Pero cuida mucho de que ellos no te vean. Observa adónde van y lo que hacen, y, si te es posible, escucha lo que hablan. En seguida, aquí de vuelta.

—Sí, señor.

Ah Gim se inclinó nuevamente y se dispuso a salir.

—¡Espera! De camino, entra en casa de Yick Sing y dile que necesito verle. Que venga aquí en seguida.

—Sí, mi amo... Pero, ahora que me acuerdo... Ya son dos las veces que he visto a Yick Sing entrar de noche en el lanchón en donde habitan los blancos. Las dos veces se estuvo allí lo menos, lo menos, el tiempo que se tarda en cocer una gallina.

Otra vez se oscureció el rostro de Ben Tai. Por un momento, se quedó mirando fijamente a su criado. Siguió un parpadeo lento, cachazudo y, luego, una mirada extática, con la cual no miraba a su sirviente, sino sus intenciones.

—He cambiado de idea—dijo lentamente.—No llames a Yick Sing. Más aún; si le ves, no le digas nada de este asunto. *Ho hang la!*

Era casi noche cerrada cuando volvió, muy excitado, el pobre Ah Gim. Ben Tai esperaba en la ventana, a su lado una lata de jengibre en conserva.

BEN TAI, contrabandista de opio

Por LEMUEL DE BRA

(Traducción de Fernando de la Milla)

—¡Es verdad, es verdad, mi amo!—estalló Ah Gim, y tan violentamente que se le olvidó romperse el espinazo en la reverencia de rigor.—Se fueron derechos a los mimbrales que conducen a... Usted me entiende. Para mí, que han descubierto el escondrijo. Mientras él buscaba, ella parecía vigilar por sí venía gente.

—Muy bien. Y ahora que el hombre blanco no ha encontrado lo que Yick Sing le dijo que podía encontrar, ¿qué se le ocurrirá hacer para no darse por vencido?

—Llamará a Yick Sing.

—Seguramente. Pues esto es lo que debiste pensar al verlos camino de su casa. Escúchame; vas a ir a la casa

"QUILMES CRISTAL"

Es la mejor
c e r v e z a

Ben Tai no pudo contenerse.

—¿Halló el escondite?

—No, mi amo. El opio está seguro. Pero él buscaba como quien sabe que por aquel sitio había de encontrarlo. Mientras buscaba, le oí hablar con la mujer. Ahora que yo no pude oír lo que decían. Estaba un poco lejos. Cuando se cansó de buscar, se fueron los dos a toda prisa, hacia su casa.

—¡Ah, idiota! ¿Y te vuelves aquí a decirme lo que yo podía saber después, en lugar de seguirlos y oírles decir algo que a mí verdaderamente me interesara? Pero se me ocurre una cosa... Ah, Gim, ¿no habrás sido tú el que le haya dicho al hombre blanco?...

—¿Dónde está el escondrijo?... ¡Mi amo! ¡Por los tres demonios verdes, mi amo!

—¿No has sido tú? Entonces, ¿quién ha sido?

—Aparte usted y yo, sólo Yick Sing conoce el escondite.

flotante de los blancos, adonde Yick Sing no tardará en llegar. No tengo qué decirte qué tienes que hacer allí...

—Sí, mi amo, escuchar lo que dicen. Ahora que..., pienso hacer una cosa. Como la casa está pegada a la orilla del río, y por delante hay una espesura que cruje como el demonio cuando se anda por ella, pues me echaré al agua y desde el agua aguzaré el oído. En la estancia con la ventana al río, abierta casi siempre, es en donde los blancos suelen estar, fumando y charla que te charla. Lo que sí puede ocurrir es que me descubran y me...

—Y te metan una bala en el cerebro. Lo que no te vendría mal del todo, porque así se te llenaría la cabeza de algo. Ya se ha dicho lo bastante. Ni media palabra más. *Ho hang la!*

Dos calles atraviesan el pueblo siguiendo la vuelta del río. Una de ellas, en la misma orilla, con las fachadas

de sus pequeños edificios mirando a la corriente, es la calle de los comerciantes blancos. En su extremo izquierdo empieza el barrio chino. La otra calle confina con los huertos de espárragos y está sombreada por un plantío de sauces.

Ah Gim, evitando las luces de la calle ribereña, se fué por la otra y anduvo hasta aproximarse a las afueras del pueblo, después dobló una esquina para dirigirse al río y retrocedió hasta dar frente a la barcaza-habitación alquilada por Frank Fargo. Y allí, bajo un tupido palio de sauces, Ah Gim esperó.

Pasó una hora, y como durante ella no hubiese visto a Yick Sing entrar en la casa, se le ocurrió si no habría llegado antes que él. El lugar estaba sumido en la obscuridad más completa. Tampoco lograba Ah Gim percibir el menor rumor de voces humanas. Era extraño... Suponiendo que sólo estuvieran los blancos en la casa, como no estuviesen durmiendo, algo se les oiría hablar. Aquel silencio parecía indicar que estaba dentro Yick Sing y que, por lo tanto, hablaban los tres en voz baja. Enojado consigo mismo por el tiempo perdido tan estúpidamente, Ah Gim, a tirones, se despojó de alguna ropa, se quitó los zapatos y bajó hasta la orilla. De un salto agilísimo se echó al agua y nadó unos metros hasta llegar a una amarra sujeta precisamente bajo la ventana del gabinete de Frank Fargo. Se asió a ella y esperó...

—¿Qué es eso?—dijo una voz de mujer, que, a través de la ventana abierta, llegó a oídos de Ah Gim con toda claridad.—No parece sino que alguien ha sacudido la barcaza.

—No es nada, criatura, no es nada—dijo una voz de hombre, un poco adormecida.—¿Sabes lo que te digo. Rosa? Que son demasiados nervios los tuyos para una mujer que se complica en el negocio que conmigo has planeado.

—Las cosas pequeñas son las que me asustan. Las grandes, ya sabes que no. Por ejemplo: ¿por qué no habrá venido Yick Sing? Me parece que nos hemos confiado a él excesivamente.

—Es verdad. Ni a él ni a ningún chino debe uno confiarse. Cuando más seguro está uno de que le están mirando a los ojos y mostrándose conforme con lo que uno dice, están ellos traspasándonos con su mirada, escurriéndose nuestros más ocultos pensamientos e imaginando la manera de darnos el timo. ¿Qué opio te queda?

—Para mañana, solamente. Pero no te preocupes. Mañana a la noche...

—¡Calla! Alguien viene.

Ah Gim sintió perfectamente la trepidación de la barcaza bajo los pasos de alguien que andaba por el tablón que unía aquélla con la orilla. Después oyó pasos en el gabinete, una voz apagada y el ruido de una puerta al abrirse. Muy luego, a través de la ventana abierta, percibió la voz chillona de Yick Sing, expresándose en un inglés ignominiosamente chapurrado.

—Buenas noches, mi amo Fargo. Tarde, he llegado tarde. Perdón, pues. He visto a Ben Tai. Mucho, mucho tiempo hablar con él. Por eso antes no vine.

—¿Qué le ha dicho Ben Tai?—se apresuró a preguntar la mujer.

—Me ha dicho que mañana noche llega el barco y que él mismo bajará al río a recoger el opio. Esta vez va a recoger mucho, mucho opio. Lo menos, valor de cinco mil dólares. Más, quizá.

Siguió una pausa, rota, al fin, por el débil chasquido de una cerilla al encenderse. El pobre Ah Gim tiritaba de frío con más de medio cuerpo bajo el agua. Como se prolongara mucho la conversación... Volvió a hablar el blanco, y Ah Gim, escuchándolo, olvidó de sus entumecidas miembros.

—Yick Sing, me dijo anoche que Ben Tai guarda el dinero en su tienda...

da. ¿Tienes alguna idea sobre qué cantidad? ¿Ni sabes tampoco en qué lugar de la tienda?...

—No sé tanto, no, mista Fago. Ben Tai es un hombre muy rico, mucho. Hace muy tiempo mucho que tiene la tienda y muy tiempo mucho que vende opio. Y al banco no va nunca. Toda gente dice y dice: "Ben Tai se guarda su dinerito en casa."

—¿Tiene caja de caudales?—preguntó la mujer.

—Creo yo que no tiene.

Siguió otra pausa, más larga que la anterior, al cabo de la cual, preguntó Frank Fargo:

—¿Sabes en qué sitio recogerá Ben Tai el envío de opio?

—Tanto ya no sé, mista Fago. Sólo sé que irá al barco a las ocho, más o menos.

Frank Fargo se quedó mirando fijamente al indigena. Yick Sing sostenía la mirada, en los labios una sonrisa estúpida.

—Escúchame, Yick Sing—dijo el blanco.—Tú eres chino, como Ben Tai. ¿Por qué nos ayudas contra él, a nosotros que no somos de tu raza? ¿Es que le guardas rencor por alguna cosa?

—No, mista Fago. Por nada. Por opio, ni pensar. Ben Tai no da nunca opio a hombre blanco ni a mujer blanca. Y a los chinos da siempre. Y aunque sean pobres. Muchas veces da por nada opio a los chinos pobres. Pero pasa una cosa: que Ben Tai es rico y Yick Sing es pobre. Y Yick Sing tiene que ganarse la comida. Yo digo a mista cosas que mista quiere saber. Mista me paga, y Yick Sing, que es muy pobre, cobra por su trabajo.

Antes de responder, el blanco observó al amarillo.

—Bien, Yick Sing. Ahí van diez dólares. Esto no significa más sino que no estás trabajando para perder el tiempo. Si las cosas nos salen bien, nosotros no nos olvidaremos de ti, ni tú de nosotros en tu vida por lo espléndidos que seremos contigo. ¿Dónde estarás mañana a la noche?

—Con certeza, yo no sé. Puede que en mi tienda.

—Perfectamente. Acaso mañana a la noche mande a buscarte. Después de comer quizá tome un bote con mi mujer y nos vayamos de pesca. No volveremos a casa sino muy entrada la noche. Ahora hablaremos mi mujer y yo sobre lo mismo, y si nos decidimos al negocio, mañana por la mañana iré a verte.

—Bien. Muy bien—respondió Yick Sing.

Y sonó una puerta al abrirse.

Hasta que la barcaza dejó de trepidar bajo los pasos de Yick Sing al bajar éste el tablón de entrada, no oyó Ah Gim nuevos pasos en el gabinete.

Entonces se oyó la voz de Rosa:

—¡Bravo, Frank de mi vida! Has estado muy bien con eso de la partida de pesca.

—¿Tú comprendes?...

—Claro que sí. Estando nosotros en el río veremos a Ben Tai acercarse al barco o entrar en él, tomar el opio, volver a su bote y correr a su escondite a guardar la "mercancía"... Entonces, cuando nuestro hombre esté escondiendo su tesoro... ¿Acierto?

—Aciertas. Lo que hace falta es que acertemos nosotros. Creo que sí. Estamos tomando el máximo de precauciones. Pero ocurre una cosa: nos estamos poniendo estúpidamente a merced de Yick Sing. Figúrate cuando sepa que fuimos nosotros quienes dimos el pasaporte a Ben Tai y robamos su tienda...

—Naturalmente. Por eso mi idea es la de que nos encontremos en algún sitio con Yick Sing después de la operación... Si Yick Sing desaparece, todo el mundo creerá que ha sido él. ¿Comprendes?

—Rosa! ¡Rosa! ¡Eres terrible! ¿Dónde en una noche?...

—Se trata de chinos... Pero... así, de pronto... ¿qué mala idea se me ha ocurrido. ¿Habrá estado escuchando alguien nuestra charla?

—¿Qué casualidad! Lo mismo acaba de ocurrírseme. ¿Dónde está la linterna? Trae acá. No sé por qué me ha vuelto a la memoria lo que decías antes de que la barcaza había sufrido una sacudida. Veamos primero por la ventana...

Ah Gim no esperó más. Silenciosamente se soltó de la amarra y desapareció bajo el agua. Cuando volvió a aparecer se hallaba a treinta pies de la casa flotante de Frank Fargo. Vió un haz de luz iluminando la superficie líquida que rodeaba el lanchón y volvió a sumergirse. Esta vez, al aparecer nuevamente, estaba ya protegido por las sombras del muelle de embalaje.

Diez minutos después, calzado y ves-

llosa de provisiones de boca. Poco después hubiera visto salir de la casita flotante a una mujer joven y bella, la que, con ayuda de su compañero, saltaba al bote y se sentaba en su popa. El hombre soltó la amarra y empezó a remar contra corriente. De vez en cuando se detenía y mirábase las palmas de las manos. Al cabo de algún tiempo, el bote desapareció en una vuelta del río.

Nadie podía sospechar que Frank y Rosa pasaran toda la tarde bajo un cobertizo abandonado allá en las afueras del pueblo, que en todo el día se les ocurriera echar un anzuelo al agua y, que bien ocultas entre los *sandwiches* de la cesta de la merienda, hubiese dos linternas eléctricas y una pistola automática. Tampoco les vió nadie, una vez anochecido, remar corriente abajo, hasta dejar atrás el pueblecito.

—¡Ay, Frank!—dijo Rosa, contemplando las lejanas luccillas de la ri-

—No te quejes. Esta lluvia es providencial. Ella se encargará de borrar las huellas que pudieran dejar nuestros pasos.

Rosa no añadió una sílaba. Minutos después rompía el silencio el mugido formidable de las entrañas metálicas del vapor esperado. Inmediatamente, Fargo echó manos a una linterna y a la pistola.

—¡Quietos!—le dijo Rosa al oído.—No creo que vayas a dejarme aquí sola. A mí se me ocurrió este juego y quiero ver hasta el final cómo se barajan los naipes.

—¡Haz lo que quieras, pero estate quieta de una vez! Ben Tai no puede andar lejos. En fin, si te empeñas en acompañarme, dame la mano.

Rosa alargó la mano a tientas hasta encontrar la mano de su compañero, y, tras él, subió el pequeño declive de la ribera. Ya en tierra plana, Fargo se detuvo y apretó afectuosamente la mano de su amiga. A no mucha distancia, vieron en el río una luz agitándose en movimientos bruscos y rápidos.

—¡Es él! ¡Es él!—murmuró Fargo.—Llega con retraso. Por eso van tan de prisa. Ahora es cuando debemos avanzar.

Por la dirección que llevaba, el hombre de la luz debía de ganar la orilla no lejos del lugar en que se hallaba el bote de Frank Fargo. Este, pues, avanzó cautelosamente entre la esparcida y achaparrada maleza. Apenas habría así avanzado, seguido de su compañera, cincuenta pies, cuando el hombre de la luz ganó la orilla y apagó su linterna.

Temiendo dar un paso más, Fargo y Rosa detuviéronse hasta que surgieron de las sombras las luces del vapor. Entonces, se arrojaron al suelo y siguieron avanzando lentamente, sigilosamente, apoyándose en las rodillas y en las manos. Al llegar a unos veinte pies del lugar en que se hallaba el perseguido, tendiéronse a lo largo, el pecho contra la tierra enfangada. Y allí esperaron...

El vapor se fué deteniendo hasta casi hundir la proa en la ribera. En ésta parpadeó una luz dos veces, como obedeciendo a una señal convenida. Fargo no vió un ser humano a bordo, pero sí una sombra partir de la orilla y aproximarse al enorme fantasma del buque.

Después... Después el vapor fué lentamente alejándose hasta desaparecer. No volvió a verse más la luz en la orilla... Y el silencio y la obscuridad volvieron a solemnizar la noche impenetrable...

No eran gotas de agua, sino de fango las que cubrían el rostro del bandido cuando éste, rodilla en tierra, taladraba la obscuridad y el silencio con sus ojos gatunos, la pistola en una mano y, a su izquierda, de rodillas también, su compañera de aventuras.

Un siglo le pareció el lapso desde que el buque desapareciera hasta que volviera a lucir en la orilla la luz por él tan ansiosamente esperada.

Y, al cabo, lució la luz y junto a ella se destacó la sombra de un hombre, sombra que se encorva un instante para recoger un bulto del suelo...

—¡Ahora! Ahora!—susurró la mujer, oprimiendo la mano de su amante.

Rápidamente, Frank Fargo levantó la automática. Experto tirador, estaba seguro de no fallar el blanco. Tan seguidos fueron los dos disparos, que los resplandores de ambos fusionáronse en uno.

Rosa vió claramente todo lo ocurrido. Vió caer el paquete de las manos del hombre y la linterna de éste iluminar como un relámpago el pecho mal herido. Luego, una instantánea lucha de luz y sombra, y la absoluta victoria de las tinieblas...

Fargo esperó un momento. En seguida, la linterna en la siniestra mano y en la diestra la pistola automática, corrió como una liebre hacia la orilla, seguido de su compañera. El paquete,

Hombres sin pensamiento

Hombres que el pensamiento desdeñáis
porque no da tocino a vuestra panza
y que sólo os inclina la balanza
el vil oro que audaces hacináis.

Por el mar de la vida os deslizáis
cual fantoches de corecho... a la bonanza
de un ideal que sólo se esperanza
en la inepta molicie a que aspiráis...

Sólo os place el talento si os convida
y os asegura en oro buen zarpazo;
no pensáis más que en vino y en comida

y no estiráis para otra cosa el brazo...
¡Del escenario inmenso de la vida
os habían de arrojar de un escobazo!...

Miguel MARTOS.

tido, llegaba a todo correr al establecimiento de Ben Tai. Todo estaba obscuro, pero la puerta cedió al impulso de su mano. Dentro, a través de la mampara de cristales, vió el rostro obscuro y los ojos brillantes de Ben Tai, sosteniendo en los labios voluptuosamente la boquilla de su pipa de opio.

El señor escuchó a su criado sin interrumpirle y sin iniciar el menor gesto.

Ah Gim, una vez contada su historia de espionaje, se atrevió a preguntar:

—Hay una cosa que no comprendo, mi amo. ¿Por qué le ha dicho usted a Yick Sing que mañana a las ocho se acercará usted al barco que trae el pedido de opio?

—¿No lo comprendes? Yo, sí. Mañana, no te apures, lo comprenderás todo perfectamente.

A las dos de la tarde siguiente, Frank Fargo, alto, fino, el rostro oliváceo y los ojos vagos de los fumadores de opio, desataba el bote perteneciente a la barcaza en que vivía.

Si alguien en aquel punto hubiera estado mirando hacia la cuarta barcaza más allá del muelle de embalaje, le hubiera visto colocar dos cañas de pesca en el bote antes de saltar a su bordo, como asimismo una canasta

bera.—¡Estos poblachos me abrumen! A mí que me den capitales, y luces y jazz-band y un buen cuarto de baño!

—Y a mí también. Pero, ¿qué quieres? Un rincón como éste nos era ahora necesario. No te quepa duda que en Los Angeles la policía anda muy preocupada de nosotros. Y todo se le puede ocurrir menos que estamos en este rincón del mundo.

Ayudado por la corriente, el bote se halló pronto a más de media milla del pueblo. Al llegar a un paraje en que los sauces casi ocultaban la orilla, Fargo se acercó a tierra. Escondió el bote tan cuidadosamente que era imposible verlo lo mismo desde la ribera que desde cualquier embarcación que pasase por el río.

Bien a resguardo bajo los sauces, no pudieron ver cómo las estrellas desaparecían bajo las fantásticas bambalinas de las nubes. Sólo se daban cuenta de que la noche era oscura, terriblemente oscura. El silencio sólo era turbado por el leve crujir de sedas de las ondas al lamer la orilla y por el madéreo croar de las ranas. De pronto empezaron a caer unos goterones lentos y pesados.

—¡Pues sí que se nos presenta una nochecita!—exclamó Rosa.—Te aseguro que para mí se han acabado las *partidas de campo*.

sí, como esperaba, estaba en el suelo... Pero nada más que el paquete. ¿Y el hombre? Mejor dicho, ¿y el cadáver? Descendió a la misma orilla y proyectó la linterna sobre el agua. Nada vio tampoco.

—¡Ah, maldita la suerte!—exclamó Rosa.—No hiciste más que herirle... Quizá ni le heriste siquiera..., y ha salido corriendo. ¿Qué hacemos ahora, sin las llaves? Además, lo más probable es que dé aviso...

—¡Calla de una vez!—interrumpió Fargo, rodilla en tierra y empezando a desenvolver el paquete.—Estoy seguro de que le he metido dos balas en el pecho. Ya lo encontrarán flotando sobre las aguas.

Bajo la linterna de Frank, en una sencilla caja de calzado, apareció una docena de botes de lata sellados y precintados.

Rosa exclamó, la voz trémula de enojo:

—¡Pues sí que!... ¡Todo un día trabajando para esto! En fin, hay que decidirse. Lo primero es alejarnos de aquí y... ¡volando a la tienda de Ben Tai!

—Tienes razón—aprobó Fargo levantándose.— Pero tampoco vamos a dejar esto aquí. Y no te creas... Por lo menos vale sus mil dólares. Algo es algo.

A todo correr ganaron el bote, y bajo el estímulo inconsciente de la excitación nerviosa, la pequeña embarcación llegó a alcanzar velocidades por Frank no imaginadas. Al aparecer las luces del pueblo, se le ocurrió a él una nueva idea: en vez de dirigirse a su casa flotante, debían poner proa a la orilla.

—Desembarcando aquí—explicó a Rosa—nos encontramos casi frente a la tienda de Ben Tai. Lo mejor es subir a ella, terminar nuestro negocio y correr finalmente hacia nuestra barcaza. ¿No te parece? Todo, menos dejar posibles huellas desde casa a la tienda de Ben Tai.

Como no era noche de sábado y casi todo el poblado chino trabajaba en sus huertas desde el amanecer hasta la puesta del sol, a aquellas altas horas de la noche todo parecía muerto o dormido en el barrio indígena. Sin dificultad ninguna, encontró Fargo la fachada de la tienda de Ben Tai y descubrió en ella la ventana fronteriza al río. La calle aparecía desierta. Apenas si lucía una luz mortecina allá lejos, en el barrio americano. Mientras Rosa estaba al cuidado, Frank examinaba el contorno.

Sonó un débil chasquido. Volvió Rosa la cabeza y vio a Fargo, un cuchillo en la diestra, depositando en el suelo una cristal de la ventana. Después introdujo un brazo, hizo girar la falteba y musitó:

—Todo a pedir de boca... Saltó adentro, se volvió y dió una mano a su compañera.

El pequeño haz de luz de la linterna de Fargo dió una vuelta completa a la reducida estancia. El bandido tenía bien tomados sus informes. Conocía perfectamente la disposición de la casa y estaba plenamente seguro de que Ben Tai vivía solo. La ventana por que se había introducido abríase a la izquierda de la puerta de entrada. Cerca de la ventana se alzaba el sillón de bambú de Ben Tai y, colgando de las paredes, sus numerosas pipas de opio. La mayor parte de las paredes estaban cubiertas de estanterías y, en sus paños, todos los artículos de su comercio. A un lado abríase la puerta que conducía al dormitorio del tendero.

Del techo pendía una lámpara de aceite. En un extremo del mostrador había otra lámpara portátil. Fargo se dirigió a ésta, halló junto a ella una caja de cerillas y la encendió.

Se volvió hacia su compañera. Vio su rostro cubierto de gotas de agua y de sudor. Su traje, habitualmente de

una limpieza inmaculada, aparecía arrugado y manchado de lodo. Y al resplandor amarillento de la lámpara de aceite, sus ojos azules brillaban con extrañas fulguraciones verdosas.

De pronto, Fargo se estremeció violentamente, de pies a cabeza.

—¿Qué te pasa, Frank? No te inquietes. Tenemos toda la noche por delante.

—No sé qué tengo... Debe de ser frío... En fin, hay que entrar en la alcoba de Ben Tai.

Avanzó Fargo hacia la puerta del dormitorio y, sin saber por qué, se detuvo un momento contemplándola. Antes de echar una mano al pestillo, otro estremecimiento le hizo vibrar como una hoja acerada, y esta vez bien com-

alzabase la tapa del ataúd, en una verticalidad repente. Adherida a su centro, destacábase un cartel blanco con unas palabras escritas...

Cada vez se hacía más angustioso el silencio. Implacable, la lluvia seguía resonando como si cayera sobre una tumba.

Rosa se aferró a un brazo de su amante:

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí, o aquí mismo caeré muerta!

Frank Fargo, como hipnotizado por la visión del ataúd y su acusación espantosa, no podía retirar la mirada del macabro mensaje de Ben Tai, que colgaba de la tapa inclinada contra el muro.

Las palabras acusadoras fijábanse en



prendió que no era de frío. Aguzó el oído... Nada... Solamente el gotear de la lluvia sobre el bajo techo.

—¡Vamos, Frank!—exclamó Rosa, sin poder ya contener su impaciencia.

Sacó Fargo su pistola, puso su mano en la blanca perilla y empezó a hacerla girar lenta y silenciosamente... La puerta no estaba cerrada con llave. Para vencer su inconcebible pánico, juzgando preferible decidirse en un instante, de un fuerte empujón abrió la puerta de par en par.

—¡Ah! ¡Dios santo!—exclamaron ambos a la vez.

En la estancia, precisamente a la puerta, sobre cuatro escabeles negros, surgió la visión macabra de un ataúd vacío. En sus cuatro ángulos se erguían sendas lámparas de aceite. En el muro fronterizo, un poco inclinada sobre él,

su cerebro, como grabadas en él con un hierro incandescente...

Este ataúd encerrará el cuerpo de YICK SING, que me traicionó, y fué asesinado la noche del 10 de mayo por Frank Fargo y Rosa Stonson.

Al volverse los amantes para ganar la puerta, cerrándose el paso un agente de policía y dos tascos huertanos indígenas a sus órdenes.

En su silbante dialecto de Cantón hablaba Ben Tai a su criado:

—Ah Gim: el hombre blanco y la mujer blanca fueron detenidos anoche. ¿Qué se dice por ahí?

Parpadearon los inquietos ojillos negros de Ah Gim, el cual, después de

una profunda reverencia, como para aplastarse la cabeza contra el suelo, explicó a su amo:

—Sé cosas, mi amo. Los bandidos no han querido declarar. Pero Moroney, el alguacil, ha sabido por otras personas toda la verdad de lo ocurrido.

Según Moroney, los presos compraban opio a Yick Sing; Yick Sing les vendía el opio que a él le traía el vapor de la noche y los presos llegaron a odiarle, porque Yick Sing los engañaba y timaba como a chinitos. Entonces decidieron acabar con él, robar luego a usted, mi amo, y salir del pueblo para siempre. Efectivamente, anoche mataron a Yick Sing a la orilla del río, le quitaron el opio que acababa de traerle el buque y se vinieron para su tienda de usted, mi amo, en donde Moroney se hizo con ellos como con dos gatos frioleros. Nadie, nadie, sospecha que era usted el que recibía todas las semanas el paquetito de opio, y que anoche, fingiéndose usted malo, encargara a Yick Sing de ir por el paquete a la orillita del río.

—¡Haie! ¡Haie! Y el cuerpo de Yick Sing, ¿lo han encontrado?

—Sí.

—¿Quién lo ha encontrado?

—Un pescador.

—¿En dónde?

—En un banco de arena. Estaba la marca muy baja...

—¿No sabes más?

—Sí, mi amo. Sé... que no sabe nadie que usted vió cómo disparaba el hombre blanco contra Yick Sing, ni que fui yo quien escribí el cartelillo de la tapa del ataúd y quien estaba escondido detrás de ella para que el cartelito desapareciera en cuanto entrara el alguacil, ni que los doce botes de opio que yo arrojé en un paquete a Yick Sing desde el buque, en vez de opio, no contenían más que tierrecita mojada...

—¡Haie! ¡Haie! ¡Haie! ¡Largo de aquí! ¡A tus quehaceres!

Aquella tarde, cuando Ben Tai, desde la ventana de su "Emporio Oriental", vió al hombre blanco y a la mujer blanca, conducidos por la policía, dirigirse hacia el lugar del crimen para reconstituir el suceso, no hizo el buen tendero otra cosa que alzar perezosamente los párpados de sus ojos oblicuos, llenar su larga y caprichosa pipa, y hundirse, otra vez, en sus apacibles meditaciones.

EL TAMBOR MAYOR

El tambor mayor. ¡Cuán decaído! En los tiempos del imperio, florecía, iba boyante, feliz.

Blandía su gran bastón con ademán sonriente; los galones de plata de su uniforme brillaban a los rayos del sol.

Cuando el redoble del tambor entraba en las aldeas y en las ciudades, el corazón de las mujeres y de las mozas latía como haciendo eco al tambor.

¡Enía, vela y venía por doquiera, como su amo, el nuevo César, sus negros mostachos estaban bañados en lágrimas de las rubias bellezas de Alemania.

¡Fuera nos fué aguantar! En cada uno de los países que los conquistadores extranjeros invadían, el emperador subyugaba a los hombres; el tambor mayor, a las mujeres.

Largo tiempo soportamos tamaña carga con la paciencia de nuestros redobles alemanes, hasta el día en que nuestros legítimos señores nos dieron permiso para libertarnos.

Entonces, como el fogoso toro en la arena del combate, nos hemos erguido, hemos alzado los cuernos, y al son de los cantos de Teodoro Koerner hemos sacudido el yugo francés.

Versos terribles, que resonaron de un modo extraño en los oídos de los tiranos extranjeros. El emperador Napoleón cayó en manos de los ingleses.

En el puésco de Santa Elena le martirizaron de un modo odioso. Murió a la postre de un cáncer en el estómago, tras luengos sufrimientos.

También fué destituido el tambor mayor. Para no morir de hambre, ha sentido plaza de barrendero de nuestra fonda.

Enciende la estufa y barre la casa; lleva la leña y el agua. Veréisle cómo sube, jadeando, las escaleras, con su cabeza gris, que le tiembla.

Siempre que viene a visitarme mi amigo Fritz, se da el placer de chocarse y atormentar a aquella grande humanidad temblona.

¡Déjate de dardas, Fritz! Los hijos de Germania no deben abrumar con necias bufonadas a las grandes caídas.

Creo, al contrario, que debes tratar con respeto a esas gentes. ¡Quién sabe si este viejo tambor mayor es tu padre por línea materna!

Enrique HEINE.

Consecuencias funestas de un rasgo de amor filial

La princesa Amalia de Inglaterra sucumbió en 1811, a los estragos de una enfermedad larga y penosa. Esta pérdida tuvo consecuencias fatales. Adorada por toda su familia, recibiendo los cuidados más tiernos y solícitos de todos los que la rodeaban; conmovida particularmente por el excesivo cariño del rey su padre y queriendo dejarle una prueba y un recuerdo del que ella también le profesaba en tan alto grado, mandó buscar un joyero, y le hizo que, delante de ella, montara un rizo de pelo suyo en una sortija con esta inscripción "Remember me after I am gone" (acordaos de mí después que yo no exista). Cogiendo después el anillo, lo colocó por sí misma en el dedo de su padre. Pero esta prueba era harto fuerte para que la pudiera resistir el que tenía su corazón desgarrado tanto tiempo hacía por el estado deplorable de una hija tan querida, y aquella misma noche, mientras la princesa expiraba, el rey Jorge III cayó a ser presa de sus accesos de melancolía, de los cuales nunca ya

Del problema de la enseñanza

Algunas consideraciones

Por RAMÓN DE CASTRO ESTEVES

La enseñanza constituye uno de los problemas capitales de la civilización moderna, por la considerable influencia que ejerce sobre el ciudadano, en el cual descansa la grandeza y el bienestar de los pueblos. Leibnitz le dio una importancia tan grande que llegó a afirmar: "Dadme durante algunos años la dirección de la educación y me encargo de transformar al mundo."

La índole de la escuela actual y los métodos de enseñanza tal cual se practican han tenido numerosos detractores. Sin apelar al concepto oriental de Rabindranath Tagore que establece la máxima libertad y convivencia con la naturaleza en su famosa escuela de Balpur, ya Guerra Junqueiro lanza sus rayos contra la enseñanza enclaustrada y Manuel Ugarte, en numerosos pasajes de su libro "Enfermedades Sociales", establece algunas consecuencias negativas provenientes del criterio con que actualmente se sigue la educación.

Pero, aparte de algunos otros vicios de que adolece la educación, quizá los principales son la ausencia de manualidades y la preponderancia casi exclusiva de los factores mnemónicos.

De la avasalladora importancia que el factor de la memoria adquiere indebidamente en la enseñanza, se quedaba en Francia, Montaigne, afirmando que no "trabajamos más que en llenar la memoria." Y en cuanto a la ausencia de manualidades cuya existencia podría capacitar al alumno que no cursara estudios superiores, para ganarse la vida en un oficio, ya había impulsado a Alberdi a decir, refiriéndose a institutos educadores cercanos a la era de la emancipación: "El principal establecimiento se llamó Colegio de Ciencias Morales. Hubiera sido mejor que se titulara y fuese Colegio de Ciencias exactas y artes aplicadas a la industria."

No es nuestro propósito—y, por otra parte, no cabría en un artículo—abordar de lleno el complejo problema, sino que esbozaremos algunas consideraciones sobre el número de años de que consta la enseñanza primaria y secundaria, y sobre la utilidad y rol que desempeñan los exámenes.

Se ha abogado mucho por el mantenimiento de los exámenes orales y escritos, contra las nuevas tendencias que pretendían la supresión. Pero, indudablemente, aparte de ciertos razonamientos atendibles, acaso el examen no signifique gran cosa a favor del concepto que merece el alumno al profesor. Se ha dicho que, entre otros beneficios, el examen tiene la ventaja de acostumbrar a los niños y jóvenes a dominar sus nervios preparándose para afrontar con cierta tranquilidad las pruebas decisivas de la vida. Puede decirse que la única razón de ser del examen es tener preparado al alumno para que pueda responder cualquier punto del programa de su curso.

Empero, las pruebas orales o escritas adolecen de un grave defecto. Favorecen el "oportunistismo", ese mal epidémico, único factor para el triunfo con que cuenta un numeroso grupo de seres desaprensivos. El examen con todas las sugestiones y todos los atractivos de los juegos de azar, da alas al mal estudiante que confía en que le toque una de las pocas bolillas que sabe.

En los corrillos que ellos forman, comentan en diverso tono la suerte que les cabe. Mientras uno de ellos espera que, como el año anterior le toque la única bolilla que sabe, otro se que-

ja de que le haya tocado la única de la cual no había estudiado casi nada.

El estudio, la obtención de un título, se desvirtúa así en su esencia. Para muchos estudiantes lo de menos es el saber, lo de más es triunfar. Es innegable que poseen espíritu de "exististas". Ahora bien. Es posible que el alumno de aplicación, tesorero y estudioso, sea aplazado por el hecho de carecer de preparación en una o dos bolillas, o simplemente porque su ánimo se halla profundamente impresionado en el momento álgido de la prueba, hasta tal punto que le ha hecho olvidar lo que sabía o le ha producido una anulación más o menos completa en sus medios de expresarse.

¿Es preferible que apruebe su curso un alumno que de veinte bolillas no sabe más que dos, o uno que de ella sabe diez y ocho?

El método más lógico de calificación sería el de tener en cuenta la aplicación de todo el año, mediante las clasificaciones mensuales.

En lo atañedor a los muchos años que constituyen el plan de enseñanza—hecho tanto más remarcable cuanto que no se persigue un fin verdadera-

mente utilitarista,—las opiniones, como en los puntos anteriores, también se hallan muy divididas.

¿Pero dónde está la razón? En los que preconizan que las jóvenes mentes estudiantiles cansadas por tantos años de estudio deben encontrar su aliciente en una disminución de tiempo y de materias, o en los que, para combatir la ignorancia de los diplomados, luchan aún para aumentar años y asignaturas?

Lo acertado del caso estaría en que, ya quede la enseñanza tal cual está o ya se disminuyan años y materias, sea estricto el cumplimiento de los reglamentos y de los estudios, a fin de que sea difícil que los desaplicados que medran a costa de triquiñuelas obtengan éxito en sus cursos. Hay que hacer notar que no siempre es posible, en planes tan vastos como los que existen, el evitar ciertas contemplaciones—culpables desde luego—por parte de los profesores.

El alumno que toma en serio la enseñanza y estudia con tesón hasta las asignaturas más lejanas a sus alcances y preferencias, es el que se agosta en tantos años, mientras que el despre-

ocupado educando que sólo trató de hacer más llevadero lo que su criterio ligero considera como una carga pesada, es el que logra, muchas veces, de un modo u otro, llegar a la anhelada obtención del título universitario.

Se ha podido observar que en la escuela primaria y en el colegio secundario el alumno que estudia a conciencia y con dedicación las numerosas asignaturas de su curso, es muchas veces el perjudicado, pues, ya sea en el colegio nacional o en la Facultad, comienza a dar señales de decaimiento o de agotamiento, mientras el educando superficial, aquel que trató de aparentar conocimientos, más que en poseerlos en realidad, y que transcurrió la vida de la enseñanza a flor de piel, como se dice, es el que corona su carrera con las palmas de la terminación, salvo, claro está, excepciones inseparables a toda regla.

El problema quizá se resolviera disminuyendo los años y haciendo más severas las pruebas, de modo que nadie pasara de curso sin que su preparación estuviese bien probada.

Poniendo en práctica el criterio de la "mejor calidad" en contraposición al de la "peor cantidad", podríamos constituir un plan de estudios que redujera a cuatro, los ocho años de la enseñanza secundaria, adimentándoles, eso sí, dos de complementaria, que podrían ser también, a elección, de aprendizaje de un oficio. El bachillerato podría convertirse en vocacional, y reducirse sus grupos de estudios a dos, tres y cuatro años, según la sección elegida. La severidad substituiría al número de años.

Pero aunque se eligieran los siete años de edad, como la más conveniente para el ingreso del alumno a la enseñanza, tendríamos quizá una edad un poco temprana para los estudios universitarios. Este inconveniente se subsanaría con el hecho de que, sólo los alumnos más preparados podrían transcurrir los años de enseñanza, sin repetir ninguno y éstos, como es de suponer, se hallan capacitados para ingresar a la Facultad a los diez y seis años.

La falta de cumplimiento estudiantil de sus obligaciones, es una de las causas de que subsista un plan extenso de enseñanza. Para llenar el vacío de probables incumplimientos de sus deberes por parte de los educandos, se recurre a la fuerza de la persistencia, vulgo "machaqueo". Porque es empresa difícil pedir un metódico desarrollo a un plan que contiene ocho años de primario y cinco de secundario.

Por otra parte, el problema de la enseñanza está íntimamente vinculado al de la salud, y, de acuerdo al famoso y conocido aforismo latino de "mens sana in corpore sano", no es posible comúnmente hacer descansar un extenso cultivo de la mente sobre precarias o deplorables condiciones físicas.

¿Cómo pedir, repetimos, mayores esfuerzos a los niños y adolescentes que en buena parte luchan con factores negativos producidos por los respectivos ambientes de sus hogares?

Pero si muchas dificultades se oponen a la realización más o menos absoluta del viejo dicho célebre que recomendaba "enseñar deleitando", no hay ninguna que sea adversa a un plan que tienda siempre a lo útil y a lo práctico, siempre, claro está, dentro de las normas que debe imprimirse a la enseñanza para que ésta sea siempre un factor positivo de civilización.

AVENTURAS PINTORESCAS

Un mono que tuvo que ser perro para viajar

En todas partes cuecen habas... y las cosas absurdas y las injusticias latentes ocurren en cualquier punto del globo, por civilizada que sea. Según publica una revista francesa ocurrió el incidente pintoresco que vamos a relatar, dejando los comentarios al lector. Existe en la patria de Molière un naturalista famoso que suele viajar en compañía de varias especies de irracionales, por lo que frecuentemente se ve obligado a serios altercados con viajeros y empleados de ferrocarriles. Hace días, en la estación de Orleans, le aconteció este incidente:

—Un boleto para Poitiers, de primera clase—demandó el sabio.

—Tome...

Pagó el naturalista, y al entrar al andén, un empleado le detuvo:

—Señor, ¿y el boleto de este perro?

Aludía a un animalito de brillantes ojos, de piel fina y lustrosa, que se revolvió en un amplio bolsillo.

—Yo no tengo perros. Este es un mono.

El empleado se encogió de hombros y, señalando al inquieto animalito, contestó:

—¿Pero qué me va a decir usted, señor? Para usted será un mono, no lo dudo, y le harán gracia sus monerías, pero para la compañía y para mí esto es un perro... Sepa usted que los monos son perros, los loros son perros, los gatos son perros, los canarios son perros...

—¿Los canarios flautas también?—preguntó el profesor.

—Eso no, señor. Esos son objetos musicales para la compañía...

—¡Ah!

—De modo que saque usted boleto para este perro...

El sabio volvió a la taquilla y

pidió un boleto de perro para el mono. Pero el sabio, como todos los sabios, es muy distraído, y se dejó olvidado al titi, y en su lugar cogió una tortuga que había en el cesto de un viajero que dormitaba placidamente en la sala de espera. Volvió al andén, tornó a mostrar su boleto personal y el del perro, enseñando entonces la tortuga distraidamente.

El empleado sonrió:

—Perdone, señor. Este boleto no sirve... Este es un boleto de perro, y esto es una tortuga.

—Es verdad...

Pero no dió su brazo a torcer, y añadió:

—Bien; pero quiero ahora viajar con una tortuga. De una vez, ¿quiere usted decirme qué clase de animal es la tortuga para la compañía?

—Por una tortuga no se paga. Los monos son... perros; pero las tortugas son... chinches. Chinches grandes, es cierto, pero chinches... y como a los viajeros no se les cobra si las llevan... pues a usted no le vamos a pedir boleto...

El sabio profesor se indignó entonces mucho, y como los sabios, cuando se indignan, suelen ser un poco "pelmas", fué al jefe de estación a quejarse de la especial clasificación zoológica que hace la compañía, y entonces tuvo que escuchar esta peregrina respuesta:

—¿Pero nos va usted a enseñar animales a nosotros, con los que vemos a diario? La compañía sabe de sobra lo que hace...

Y parece ser que el ilustre naturalista, al salir del despacho del jefe muy pesimista y desilusionado, exclamó:

—Y para esto me he llevado varios años estudiando!...



LA CRISIS DEL CAUCHO

Cómo se explota un producto de creciente y necesario consumo

El caucho está en alza. Los árboles que producen la mayor parte de ese producto pertenecen a la familia de los euforbiáceos, y comprende unas treinta especies, de las cuales las más conocidas se hallan en el inmenso valle del Amazonas. Por incisión en la corteza, los troncos de esos árboles destilan una goma blanca y fluida, que, por efecto de la coagulación, adquiere, entre otras propiedades, la de la elasticidad.

Durante muchos años, el Brasil, país de origen de las euforbiáceas, tuvo casi el monopolio del caucho, monopolio que pasó luego a los sociedades anglosajonas que hace unos cuarenta años efectuaron con resultado feliz el trasplante a la India y a Malasia de las euforbiáceas de América.

El primer ensayo se realizó en Ceylán el año 1873; al cabo de una década, las semillas de las euforbiáceas se plantaban también en Singapur, en Borneo, en Sumatra. Fué un caso análogo al del café, pero a la inversa. De origen asiático esa rubiacea, una vez trasplantada al Brasil y aclimatada allí, llegó a ser la principal fuente de riqueza del país aquel.

Para dar idea de las plantaciones de euforbiáceas en Asia, basta decir que la producción anual de caucho brasileño no ha excedido jamás de 40.000 toneladas, mientras las plantaciones asiáticas, que sólo producían un millón de kilogramos de caucho en 1898, pueden hoy lanzar al mercado 500.000 toneladas de este producto, cuyo consumo aumenta con una rapidez desconcertante, por la creciente demanda con destino a los automóviles y aeroplanos.

La prosperidad de la plantación depende esencialmente del lugar que se elige, y además, del orden y del método con que se lleva a cabo la explotación.

Los anglosajones lograron la baja en el precio del caucho en términos tales, que la población del valle del Amazonas se vio obligada a explotar otras fuentes de riqueza; pero en el Perú siguió la explotación.

El caucho fino sólo abunda a mucha distancia de la costa, y el producto brasileño no puede competir con el similar asiático, cuya coagulación se efectúa científicamente, y es preparado en placas, que fácilmente puede utilizar el fabricante, sin necesidad de someterlas a una previa depuración.

Comparemos ahora la explotación en un país y en el otro.

En la inmensidad de la selva virgen crecen diseminadas las euforbiáceas. No se las encuentra agrupadas, como, por ejemplo, en Europa lo están las hayas, las encinas o los pinos. Se hace, pues, necesario allí facilitar el acceso desde un árbol a otro, para lo cual es preciso cortar los arbustos y ramas, que estorban el paso, y enlazar por fin los múltiples senderos a una avenida central. Es una labor preparatoria, cuya rudeza no pueden imaginar quienes no conocen las selvas ecuatoriales.

El trabajador, provisto de un hacha, muy pequeña y de unas férreas tazas, da principio a su tarea en las altas horas de la noche; se detiene junto a cada uno de los árboles objeto de la explotación y con el hacha hace en el tronco una incisión oblicua, bajo la cual sostiene una de las tazas de que va provisto con el borde introducido en la corteza para recoger el líquido

que sale por la incisión practicada. En cada tronco pueden hacerse tres, cuatro o cinco incisiones, según el grueso que tenga. Las tazas se llenan hasta las tres cuartas partes de su capacidad, y luego, se vierte el contenido de ellas en un cubo. Lo más difícil del trabajo consiste en la coagulación del líquido lechoso, lo que se consigue mediante el humo producido por la combustión de ciertas plantas oleaginosas. Provisto el obrero de un palo muy fuerte o de una pala impregna uno u otra en aquel humo espeso, y luego introduce ese vástago en el líquido que así va coagulándose por capas. Después, con la masa forma una bola y la marca con un signo particular para expedirla a los almacenes, donde se pone a la venta.

Esas bolas de caucho pueden pesar hasta 35 kilogramos, si se ha coagu-

poner de medicamentos, sin más defensa que un viejo rifle "Winchester". Y esa vida han de hacerla desde abril a octubre allí donde tan difícil es librarse de las fiebres palúdicas, de las llagas cancerosas producidas por las picaduras de aquellos insectos, o simplemente por el pinchazo de una espina, donde acechan el jaguar, las serpientes venenosas, los indios salvajes, que ven un enemigo en todo hombre civilizado.

En cambio, la plantación asiática está a la orilla de un río o en las proximidades de una línea férrea; los árboles que suministran el caucho están plantados con regularidad, a determinado número de metros uno de otro, y la sangría de los troncos se practica de racional manera. Ingenieros especializados y agentes técnicos dirigen el trabajo y estimulan al obrero que cuenta con asistencia facultativa en caso de enfermedad o de accidente.

Se argüirá que por qué en el Brasil no se procede en igual forma. En primer lugar, porque allí no hay grandes capitales, y como las euforbiáceas no empiezan a dar producto hasta los diez años de haber sido plantadas, queda inmovilizado el dinero durante ese plazo, y no hay allí quien se preste a arriesgar el dinero en tales condiciones.

Los ingleses son, pues, los árbitros

Pida a su sastre los casimires

BELWARP LIMITADA

Colores firmes contra los efectos del sol y del agua

lado el líquido mediante el uso de la vara, y no exceden de cinco kilogramos si se ha empleado la pala.

El rendimiento medio de un obrero es de diez kilogramos al día.

Es terrible la vida de esos obreros, que trabajan por parejas aisladas, en medio de un verdadero desierto, expuesto a todas horas a las picaduras de mosquitos y de otros insectos que abundan en las regiones pantanosas, donde crecen las euforbiáceas, sin dis-

del mercado, y la baja del caucho depende de la voluntad de ellos que han restringido la producción para duplicar y triplicar el precio del producto.

Semejante proceder ha motivado protestas por parte de los norteamericanos, quienes desde hace dos años estudian el valle del Amazonas, con el propósito de establecer allí el cultivo de las euforbiáceas y no continuar a merced de las empresas que en la actualidad explotan la producción de caucho.

El barrendero

Un día, en pleno invierno, en el refugio del cruce Drouot, hablaba yo con un hombre al que no conocía, pero que era muy amable y simpático. Estábamos rodeados por la nieve, en compañía de otros parisienses, y esta comunidad de infortunio nos hacía comunicativos. El hombre murmuró:

—¿Qué tiempo más cochino! Y como ésta era también mi opinión, repuse:

—¿Es un tiempo horrible! Y el desconocido añadió:

—Preciso es tener mucha necesidad de salir para hacerlo en un día como éste.

Movido por la curiosidad, le pregunté:

—¿También tiene usted precisión de hacerlo como yo?

—¡Bah! Precisión, precisamente, no. He salido de casa para comprarme estas botas para la nieve. Son muy cómodas. Si no las tiene usted, le aconsejo que compre un par.

—Sí que lo haré.

—¿Qué agradable sería con este tiempo poseer una renta de cien mil francos por lo menos?

—¿No los tiene usted?—dije.

Y él suspiró, contestando:

—¡Me falta bastante para llegar a ellos! En fin, hay muchos más desgraciados que yo.

—Lo que parece imposible—dije yo—es que se deje tanto tiempo la nieve en las calles, y, sin embargo, he leído en los periódicos que en París hay cerca de cinco mil barrenderos.

—Cinco mil ciento trece—replicó mi interlocutor.

—¿Es ése el número exacto?

—Completamente.

—¿Cómo lo sabe? Digo, si no soy indiscreto...

—Soy barrendero—contestó con modestia.

—¡Ah!

Una ráfaga de viento interrumpió la conversación durante algunos segundos, al cabo de los cuales añadió el buen hombre:

—Decididamente, voy a meterme en mi casa. ¡Tanto frío! ¡Hay que arriesgarse!

Y sólidamente amparado por sus botas contra la nieve, abandonó el refugio, diciéndome:

—¡Cualquier día vuelvo a poner los pies en la calle mientras haga este tiempo tan endemoniado!

Alfred CAPUS.

El Nueva York de hoy y de mañana

La segunda ciudad del mundo, la joven Nueva York, va a celebrar este año el tercentenario de su existencia.

Los primeros europeos que visitaron aquella región fueron el italiano Verrazzano, en 1524, y el español Gómez, en 1600; pero la fundación de la ciudad data de 1626, en el cual el holandés Peter Minuit de Wesel compró a los indios la isla de Manhattan por 60 florines, un par de docenas de pesos, en nombre de la Compañía Holandesa de las Indias occidentales, y construyó un pequeño fuerte para defender a los 200 colonos contra los ataques de los indios. Aquella colonia recibió el nombre de Nueva Amsterdam.

En 1664, Carlos II de Inglaterra cedió aquel territorio a su hermano Jaime, duque de York, fundándose en los viajes de Cabot por aquellos lugares.

En septiembre del mismo año, estando en paz Inglaterra y Holanda, la primera envió una expedición a las órdenes del coronel sir Ricardo Nicholls, y se apoderaron de la ciudad como cualquier más fuerte se apodera de la capa del más débil. En honor a su patrón el duque, el nombre de Nueva York substituyó al de Nueva Amsterdam. En 1673, los holandeses la recobraron nuevamente, volviendo por fin a quedar en poder de Inglaterra definitivamente.

Por aquellos tiempos, una gran empalizada protegía el Norte de la colonia contra los ataques de los indígenas. De esta primitiva muralla tomó el nombre la calle que se llama Wall Street, calle de la Muralla, que aún conserva.

Aunque la historia de Nueva York puede decirse que no data sino del tiempo de los Estuardos, la ciudad es sentida orgullosa de su corta antichidad, y sus habitantes se preparan para celebrar con entusiasmo y ostentación su tercentenario.

Puede decirse que la celebración ha empezado ya con la extraordinaria Exposición de Pinturas en el edificio Warranaker, en la que se ve, en sus cuadros, el pasado, el presente y el porvenir de la segunda ciudad del orbe.

La serie de cuadros alcanza desde cuando la principal arteria neoyorquina, Broadway, era un sendero hecho por las pisadas de los indios hasta la que será dentro de cien años, según la concepción de los pintores y arquitectos de Yanquilandia.

Los rascacielos de originalísimo estilo formarán lo que ya han bautizado con el nombre de Gran Cañón. Todo será altísimo, inmenso, titánico, colosal.

Los cuadros futuristas han sido pintados bajo la dirección del notable arquitecto Harwey Corbett, uno de los que edificaron el Bush Building de Nueva York y el Bush House de Londres.

Las bujías

Cuando hablamos de lámparas de 10, de 20 o de 50 bujías nos viene a la memoria las velas que tanto hemos usado y aun se usan, pero esa palabra ya no nos recuerda nada, porque no conocemos su etimología. Si la conociésemos nos recordaría la ciudad de Burchaidh o Bujia que es la que dió su nombre, siendo capital de un reino, al útil invento citado.

Allí, se producía y aún se produce una buena cantidad de cera y buscaban diferentes formas que dar a este producto para la venta, y se les ocurrió hacer con él la envoltura concéntrica de una mecha de algodón.

Los comerciantes franceses compraban aquellos largos cilindros con los que se alumbraban muy bien, y no teniendo nombre que darles los bautizaron con el del lugar de su procedencia. Hamándoles "bougies", de lo que nosotros hemos hecho "bujía".

Ranas, ratones, abejas, gatos, perros y moscas merecieron el alto honor de que en obsequio suyo pulsaran la lira Homero, Virgilio, Lope de Vega, Villaviciosa, Nieto de Molina.

A ti, ¡oh, malaventurado cerdo!, ningún vate te hizo blanco de su inspiración.

Y hay que reconocer que tú vales algo más que cualquiera de esos bichos immortalizados en poemas perdurables.

Y no hay en esto asomo de adulación, incivil paquidermo.

El cantor de Troya seguramente que más de una vez hizo alto en su genial labor para regalarse prosaicamente con algún sabroso trozo tuyo. Y hasta podría afirmarse que prefirió tu carne a la ambrosia de los dioses. Bien es verdad que ésta sólo la conocería "de oídas".

Porque se sabe positivamente que en tiempos de Homero tú existías en la Hélade y eras para los griegos lo que ahora para los ciudadanos de Chicago, objeto de una gran industria; los griegos enseñaron a los romanos a criarte, y, éstos, al resto de Europa.

No se desdeñó aquel pueblo, tan espiritual como artista, en ofrecerte en sacrificio a Deméter o Ceres, ni en batir moneda de bronce con tu antiestética figura.

Afirma Apolonio que los asesinos habían de sumergir sus manos en tu sangre para lavarse de su crimen, lo cual prueba evidentemente que en ella suponían una virtud purificadora.

Orestes, en *Las Euménides* (tragedia de Esquilo que completa la inmortal trilogía de la *Orestíada*), declama ante el Coro:

"Ya se secó la sangre que había en mi mano; ya se adormeció; ya está lavada la mancha de mi parricidio. Todavía estaba reciente cuando me purifiqué de ella, inmolando en el ara del dios Febo los puercos expiatorios."

En los Juegos Olímpicos que se celebraban cada cinco años en honor de Zeus, los atletas parabanse delante de la estatua de este dios, para jurar por tus ensangrentados miembros, ofrecidos en sacrificio, que combatirían entre sí con toda lealtad.

Prácticas éstas que se nos antojan a la hora presente, en que tan pulcros y renuñados nos hemos vuelto, unas solemnísimas porquerías.

Y que los divinos huéspedes del Olimpo nos perdonen la irreverencia.

En la *Odisea* (libro X) refiere Homero que cuando Ulises, después de la victoria de los griegos en Troya, navegaba con rumbo a Itaca, al llegar a la isla de Ea envió de descubierta a varios de sus compañeros.

Habitaba aquel paraje Circe, en cuyo suntuoso palacio entreteníase la hechicera deidad en cantar y en tejer ricas telas, rodeada de los imprudentes viajeros que habían arribado a la isla, y a quienes la diosa tuvo la terrible humorada de tocar con su varilla mágica, transformándolos en leones, lobos y otros animales.

Los compañeros de Ulises, ¡oh, hermano cerdo!, que así te llamaría el seráfico San Francisco, cambiaron por tu figura la suya de hombres. Afortunadamente, Euryloco pudo escapar a tiempo para no sufrir tan denigrante y grotesca metamorfosis, y temblor de espanto fué a contar a Ulises lo ocurrido.

El rey de Itaca entró airadamente en la proa hacia la isla Hermes, antes de que el héroe tocara en ella, en él una planta que le haría inmune contra los maleficios de la mágica Circe, y le dio las oportunas instrucciones para contrarrestar sus artimañas.

Ulises no sólo frustró las asechanzas de la diosa, sino que logró que se enamorara locamente de él y tornara a su primitivo estado a sus infelices compañeros.

Ovidio, en el libro XIV de *Las Metamorfosis*, incluye tan estupenda aventura.

Semblanzas zoológicas EL DE LA VISTA BAJA

Por ALEJANDRO LARRUBIERA

Pero, ¡oh, cerdo!, a pesar de serles tan propicio a los dioses, los señores del parnaso helénico no se dignaron dedicarte una oda siquiera.

Se concibe que no te alabasen los egipcios, porque tenías razón sobrada para aborrecerte. Según una leyenda, tuviste la desgracia de que se le antojara a Set-Siten, el hermano de Osiris, que representaba el espantable papel de diablo en el Egipto, convertirse en congénere tuyo, y amenazara al ojo de Horus, o sea la Luna, y lo que era de esperar, aun cuando para Horus no fué nada lo del ojo, se puso hecho una furia, y trocó a su tío y enemigo en un tostón. Y es claro, los egipcios, para adular a la irritada deidad, te sacrificaban a ella bárbaramente.

Tampoco es de extrañar que los hebreos y mahometanos no te consideren ni poco ni mucho, que por algo les está

¿Qué ha hecho en tu obsequio la famosa Chicago, que te debe una de sus más pingües industrias? En Europa, ¿qué homenaje te han tributado York, Westfalia, Trevelez y Avilés, las de los jamones exquisitos; Bayona, la del jamón deshuesado; Candelario, Extremadura y Salamanca, las de los embutidos sin par; Vich, la del salchichón; Cataluña, la de la butifarra; Mallorca, la de la sobrasada, y tantas otras regiones y pueblos como pudiera citarte?

Nada, no han hecho nada; ni siquiera sus municipios te han erigido un mal monumento, ni han abierto en tu loor un certamen poético.

Eres un infeliz; todos cuantos de ti han hablado en el mundo—y han sido muchos los sabios que, desde Aristóteles a Cuvier, te han traído en lenguas—lo hicieron cual si se tratase del

Científicamente construido

el poema de "Noridal" está terminado en una cápsula que asegura un tratamiento científico de las hemorroides, de fácil aplicación y resultado infalible. Aprobado universalmente.

Noridal

HEMORROICIDA

prohibido bajo penas severísimas regalarse, ni aún en bromas, con tu sabrosa carne.

Indudablemente los poetas han creído que escribirte versos a ti era como escribirte margaritas; sólo los fabulistas te han hecho hablar en rima, mas no para alabarte, la verdad en su punto.

De ti se acordó Horacio en la epístola a Tibulo para llamarse a sí propio *Epicuri de grege porcum*, que en romance vale tanto como decir: "Cerdo del rebaño de Epicuro". La frase, tomándola en otro sentido del que quiso darle el autor, que sólo trata de burlarse de los estoicos, ha pasado a ser proverbial para designar a los que piensan como aquellos a quienes el poeta cómico griego Alejo hace exclamar: "Virtudes, embajadas, mandos, ¡gloria vana y vano ruido del país de los sueños! La muerte pondrá sobre ti su fría mano el día marcado por los dioses. ¿Qué te quedará entonces?... Lo que hayas comido y bebido; ni más ni menos. Todo lo demás es polvo; polvo de Pericles, de Cidre, de Cimon".

Mas lo incuestionable, por lo que debes verraquear airado y eternamente, es por la manifiesta ingratitud con que se portan contigo muchos pueblos que, gracias a ti, gozan de nombradía y bienestar.

mayor enemigo suyo; en la escala zoológica figuras como el irracional más bruto, más indecente, voraz, inundo y pecaminoso que existe.

No debes estarles agradecido, no; porque si bien es cierto que, como bruto y grosero y comilón no hay animal que te emule, ni que tenga los ojos tan cerca del suelo, ni que gruñe tanto, no son justos tus "biógrafos" en lo de echarle en cara tu suciedad, y ponderar tu goce en revolcarte en pantanos y charcas mal olientes.

En limpieza y puedes ronearlo muy alto—pocos animales te igualan, porque en la pocilga jamás te empuercas, ni en determinado lugar repites nunca una cochina. Si te revuelcas en el cieno y en charcas inmundas, culpa es de los que no saben cuidarte, de los que ignoran que tu mayor deleite lo encuentras bañándote en agua clara, con lo cual satisfaces tu natural ardentísimo, te pones más lustroso y engordas a ojos vistas.

Y también debe señalarse como un excelente cazador de... trufas, como pueden atestiguar los aldeanos de Périgord, que tienen en ti el mejor auxiliar para descubrir lo que Brillat-Savarin llama "diamantes de la cocina".

Aun cuando ocupes la más asquerosa zahurda, cochiguera o pocilga, vives en la corte, y de ti cuidan reyes, que tal vez se llaman en castizo romance los porqueros. Tú no te das cuenta de tu grandeza ni de la misión que vienes a cumplir en este mundo deleznable, que te lo fingen—¡oh, cándido!—como un estén de puercos.

Vives a tus anchas; tuyos son el corral, la calle, el pueblo entero, que hozas con tu jeta; tu gamella está bien provista; te tumbas en donde bien te parece y puedes asegurar:

"que no hay en esta vida miserable gusto como tenderse a la bartola, ronear bien y dejar rodar la bola."

Nadie manda en ti; vacas, borricos, perros, gallinas, gatos, todos se apartan para no tropezarte; eres entre todos los animales el preferido de la gente del campo, que te mima y te cuida como si fueras de la familia... Gruñes de puro satisfecho.

Pero, ¡ay, infeliz!, tu vida es efímera. Todos estos mimos y agasajos, todo eso de llenarte la andorga de salvado, patatas, bellotas o maíz, según la región en que te halles, truecase en tragedia al llegar la época en que celebra la Iglesia la festividad de San Martín, que es el 11 de noviembre... Empiezan para ti los días lúgubres. ¡Ah, si tú entendieras de refranes, te habrías estremecido de orejas a rabo al saber que existe uno que dice: "A cada puercito le llega su San Martín"!

Caricias pífidas, regalos egoístas... Te han cebado artera y brutalmente para que tengas más carne y más grasa en el día para ti horrible en que te fuercen a dar el último gruñido.

En el momento supremo quisieras volver a ser un lechoncillo... para huir de la pocilga en donde, con aviesa intención, te han tratado, iba a decir a cuerpo de rey, pero rectifico, a jeta qué quieres.

—¡Júpiter excelso—clamarás en tu última gruñida,—qué cochinemente se ha portado la humanidad conmigo!... ¿Quién iba a decirme a mí que tendría un final tan desastroso vida tan reglona y descansada?...

Trágicamente desenroscas el rabo, cierras los ojos y te dispones a que el bárbaro cuchillo cumpla con su acción "porquicida".

Tu matanza es un día de fiesta en el hogar... Tu cadáver, después de afeitado y descuartizado, sufre extrañas metamorfosis; tus doscientos o trescientos kilos, que es lo que viene a pesar un gorrino decente, se truecan en jamones, tocino, chorizos, salchichas y morcillas. Todo en ti es aprovechable, pues no pasa del cuarto por ciento la pérdida que experimentas de tu peso en bruto.

Ningún animal ofrece, como tú, carne más sabrosa al paladar; Hipócrates y Galeno la disputan por la mejor de todas las que sirven para la alimentación con tal que no sea ni muy grasa ni muy magra.

Roma alimentaba a sus soldados con tu carne salada; debes enorgullecerte de haber mantenido a los conquistadores del mundo.

Pero vendrán a corromperte el gozo los nuevos doctores, que piden se te coma parcamente, para evitar alteraciones en el organismo, y señalan tu cuerpo como campo en que germinan la solitaria, la lepra y la triquinia.

¡Por algo, a pesar de lo gustoso que eres, no te hincan el diente los judíos ni los mahometanos!

He revisado diccionarios, enciclopedias y monografías tuyas, y en todos los textos, al hacer tu retrato como mamífero paquidermo doméstico, con cabeza grande, orejas caídas, jeta casi cilíndrica, cuerpo muy grueso con cerdas fuertes y ralas, patas cortas, pies con cuatro dedos—los de en medio envueltos por la uña, y rudimentales los de los lados,—cola corta y delgada, ase-

guran que eres un bruto de marca mayor y antipático como tú solo.

De tu vida, pocos lances se cuentan: vale más después de muerto.

Tú fuiste causa de la pérdida del primogénito de Luis VI el Gordo, rey de Francia.

En tal época, París no era, ni mucho menos, la *Ville Lumière*, ni el cerebro del mundo; por las calles de la Lutecia medieval, tortuosas y sucias, vagaban a su capricho los cerdos, hozando la tierra.

Un compañero tuyo enredóse en las patas del caballo en que lucía por las calles su gentileza el joven príncipe que compartía el trono con su padre. El caballo cayó en tierra e hizo caer al flamante monarca, que murió al día siguiente, 3 de octubre de 1131, a consecuencia de la caída.

Y, ¡lo que era de esperar! Prohibióse, bajo penas severísimas para vuestros dueños, que "golfeaseis" por las calles, medida radical que se cumplió al pie de la letra por todos los ciudadanos, excepto por los monjes de la abadía de San Antonio, que recabaron para los cerdos que criaban el privilegio de que pudiesen hozar a su capricho por las calles parisenses.

El bienaventurado Voragine, en su *Leyenda dorada*, nos cuenta el origen de que el glorioso anacoreta de la Tebaida, San Antonio, figure siempre acompañado de uno de tu familia.

Es el caso que un rey de Cataluña (el autor se calla el nombre) tuvo la desgracia de ver a su esposa poseída del demonio, y para librarla del enemigo intentó todos los medios imaginables. Cuando ya desconfiaba de poder salvar a la endemoniada, oyó hablar de San Antonio y de sus señaladas victorias sobre el Espíritu del Mal. El glorioso eremita, cuya fama llenaba el mundo, era el único adversario invencible que debía oponer al huésped maldito. Envío un propio al Santo, el cual abandonó su gruta y su desierto, dirigiéndose a España.

Llega a la corte de Barcelona, examina a la enferma, ora; el diablo es exorcizado, y la reina recobra su estado normal.

Pero he aquí que cuando el milagro se opera, entra una cerda en el salón regio—así lo afirma Voragine, aun cuando resulte un tanto extraño que un animal tan indecente, y perdona, oh, cerdo, el modo de señalar, se pasee por un palacio como un faldero.—La cerda deposita a los pies de San Antonio un lechoncillo que acababa de dar a luz y que había nacido sin ojos y sin patas. A fuerza de gruñidos, y tirando del hábito del santo, logró que éste se fijase en su hijuelo, para el que parecía pedirle gracia. El bendito anacoreta, tocado de inmensa piedad, tuvo la complacencia de obrar un nuevo milagro: el marranillo, recobrada la vista y las patas, saltaba lo mismo que una liebre por el salón regio.

Para testimoniar su gratitud a su bienhechor, le siguió desde entonces a todas partes, sin separarse jamás de su lado.

El Arte pocas veces ha reproducido tu antipática figura: en algunos relieves historiados de la Edad Media interviene en escenas cómicas y grotescas y casi siempre simbolizando el pecado.

En Arqueología existe la creencia de que los celtas y los galos tuvieron por emblema a un pariente tuyo: el jabalí o cerdo salvaje.

Encuétranse en España varias figuras talladas en granito, que igual puede afirmarse que representan jabalíes que cerdos, que toros; pues lo tosco y primitivo de la labor y la acción destructora del tiempo no permiten precisar cuáles sean, por más que los arqueólogos opinan que tales bultos son cerdos, y aventuran la hipótesis de que estas figuras servían a los celtas de mojoneros o términos en los caminos.

Pero si en la Literatura y en el Arte

resultas un tanto desairado, en la Lingüística te tomas el desquite, y en todos los idiomas europeos das origen a múltiples locuciones y refranes pintorescos.

Cifándonos al castellano, decirle a una persona que "se porta como un cerdo", es acusarle de haber cometido alguna indecencia o porquería; llamarle "puerco" a secas, es designarle como hombre desaliñado, sucio, que no tiene limpieza o que en sus actos sociales se muestra grosero, inculto y mal criado; del retraído y huraño se dice que es un "puerco espin"; "estar hecho un cerdo" vale tanto como estar muy gordo; "cerdoso" se dice del que tiene mucho pelo y fuerte en el pecho (1); "cerdear", del toro herido de muerte y de los caballos cuando padecen alguna debilidad en los brazos; si sueñan mal o ásperamente las cuerdas de un instrumento, y del ciudadano que se resiste

¿quién terná las manos quedas?... Refrán antiquísimo que denota lo difícil que es refrenar las pasiones halagadas por un objeto que las atrae.

"Puerco fiado, gruñe todo el año" o "Cochino fiado, buen invierno y mal verano". Señala que el que debe es siempre molestado por los acreedores.

"Al matar los puercos, placeres y juegos; al comer las morcillas, placeres y risas; al pagar los dineros, pesares y duelos".

"Al puerco y al yerno mostrarle la casa, que él se vendrá luego". Enseña la facilidad con que se ejecutan las cosas en que se halla gusto o interés, o con que se va al paraje donde lo puede haber.

"Si quieres un día bueno, hazte la harba; un mes bueno, mata un cerdo; un año bueno, cástate, y un siempre bueno, hazte clérigo"

PUBLICIDAD

Me encontré en la calle a Anatolio, el hombre de las ideas geniales.

—¿Ha visto usted la torre Eiffel convertida en columna de anuncios? —me preguntó.

—Sí. ¿Se le ha ocurrido al verla alguna de esas ideas geniales cuyo secreto sólo usted posee?

—Usted lo ha dicho. He encontrado nuevos horizontes para mis sistemas de publicidad. Voy a hacer la revolución del mundo.

—¿Mucho decir es eso, amigo Anatolio?

—Mi sistema es muy sencillo. ¿No es la publicidad el arte de imponer a un público siempre crédulo un artículo que de otro modo no se aceptaría ni a muy bajo precio?

—Exacta definición.

—Pues bien; creo que están muy mal elegidos los lugares de publicidad, y que es muy mal sistema elogiarse los productos que se quieren vender. ¿Para qué alquilar fachadas, vallas y columnas, cuando pueden emplearse las piernas y las espaldas de las bailarinas de los "music-halls"?

—Pero...

—No..., no vaya usted a creer que me limito al bello sexo para la publicidad. Repare usted en que en las academias científicas y literarias hay muchos calvos, cuyos cráneos cons-

tituyen un campo de acción sin precedente.

—¿Es asombroso!

—Este último procedimiento no lo he empleado todavía, lo confieso. Pero como había ya tenido un buen éxito con un tendero vecino mío, he querido renovar la prueba, mejorándola.

—¿Caramba!

—Sí. He abierto un restaurante, y con hombres-reclamo he repartido con gran profusión prospectos en los que se decía que en mi restaurante no se podía comer sin morir envenenado a las cuarenta y ocho horas.

—¿Y no ha ido nadie?

—¿Cómo no? Durante cuarenta y ocho días no ha habido ni una sola mesa vacía. Comprenda usted que la gente no es tan tonta que vaya a creer que venden en un restaurante la muerte repentina.

—Entonces... ¿es la fortuna?

—¡Qué! El negocio no ha prosperado.

—Pero..., ¿y los parroquianos?

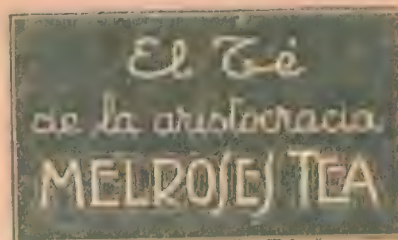
—¿Los parroquianos? No me queda ni uno. Porque..., le diré a usted. Yo soy un hombre serio..., y como anunciaba a la puerta de mi restaurante que allí se envenenaba al público, pues..., por única vez, el anuncio decía la verdad.

Fernando SERNADA.

Animales de esqueleto exterior

Cómo se desarrollan langostas y cangrejos

Los pescadores que ejercen su industria en la costa oriental de Inglaterra solicitaron hace tiempo del departamento de marina que se realizara una investigación técnica para averiguar las causas del progresivo agotamiento de langostas y cangrejos en aquellas aguas, en las que, desde luego, y por disposición oficial fechada el año 1877, estaba prohibida la pesca de las crías de ambos crustáceos. Por otra parte, en 1896 se limitó a cinco meses el período de pesca a lo largo de la costa comprendida entre las desembocaduras del Humbert y del Tyne; pero semejante restricción fué anulada más tarde, y se volvió a autorizar la pesca allí durante todo el año, con lo que sobrevino un rápido decrecimiento en las especies de que se trata. Impuesta nuevamente la



veda, se comprobó pronto la eficacia de su resultado.

Al llevarse a cabo la investigación solicitada por los pescadores, se han hecho constar curiosos datos relativos a las costumbres de langostas y cangrejos. Estos hacen vida estacionaria; sin embargo se produce entre ellos un movimiento migratorio hacia las profundidades de las aguas, en el invierno, y un retorno a la superficie, durante el verano. Las larvas son arrastradas por las corrientes submarinas, y esto beneficia los parajes que están aguas abajo de esas corrientes, hecho que se produce porque el cangrejo hembra siempre se dirige contra la corriente para poner los huevos.

Como todos los artrópodos los cangrejos y langostas llevan el esqueleto fuera, y no en el interior del cuerpo; es decir, que el tegumento o piel exterior lo constituye una substancia córnea incapaz de crecimiento, de modo que al desarrollarse los tejidos contenidos en tal materia, ésta se resquebraja, hasta que al fin queda en libertad el cuerpo, cuya parte externa se endurece en pocas horas, y así vuelve a quedar encerrado en nuevo caparazón del adecuado tamaño.

La resquebrajadura se inicia por la fina película que une el segmento torácico al segmento abdominal, e incluso mudan esos animales la complicada armadura dental.

Pero esto no es todo. Antes de que el cangrejo y la langosta lleguen a presentar las respectivas formas que nos son familiares, tuvieron otras varias muy diferentes y sólo conocidas de los naturalistas. La larva, en su primitivo estado, se caracteriza por una larga espina en la parte superior del caparazón; después se transforma en un animalillo que presenta los segmentos torácico y abdominal, y que constituye un estado embrionario común a cangrejos y langostas. En este segundo estado, la larva no tiene mayor grueso que el de una hoja de papel y presenta una extensa superficie que le permite mantenerse a flote sin el más leve esfuerzo.

Los cangrejos de río viven cerca de las orillas; durante el día permanecen ocultos debajo de piedras, entre raíces o en cavidades, si las orillas son escarpadas, y salen de noche en busca de su alimento, que consiste en caracoles, gusanos, larvas de insectos y en materias animales en putrefacción. Nadan fácilmente, pero con más frecuencia andan por el fondo del agua, y durante el invierno apenas abandonan sus escondrijos. De abril a septiembre realizan tres o cuatro mudas, y en cada una de ellas el caparazón que acaban de soltar, y se esconden algunos días hasta que el nuevo caparazón se ha endurecido. La cal para éste procede del estómago del animal, que contiene concreciones calcáreas, las cuales son digeridas durante la muda.

Se aparean en otoño, y la hembra produce de 200 a 400 huevos (en alguna especie hasta 800), que adhiere a sus patas abdominales, y se esconde en un agujero, en tierra, hasta que nacen en primavera los pequeñitos, que en el primer verano mudan de cinco a ocho veces; al tercer año alcanzan ya la talla normal y al cuarto o quinto están en condiciones de reproducirse. Los ejemplares muy grandes, de más de 100 gramos de peso, que se ven algunas veces tienen una edad de diez u ocho a veinte años.

Comía siempre frente a ellos en la mesa redonda del restaurante. Eran madre e hijo, y formaban una pareja singular.

La madre tenía unos sesenta años, era pequeña, pero muy gruesa, con cara casi cuadrada, de facciones masculinas; emanaba de ella una impresión desagradable. Hablaba en voz alta para que todos supiesen el estado de su fortuna y las particularidades de su carácter. Se quejaba de todo, reprendía a los camareros, gritaba que la carne estaba muy dura, las legumbres demasiado sosas y el dulce poco azucarado. Todo ello era exacto; pero mi vecina tenía tal manera de decirlo, que daban ganas de no creerlo y de negarlo. La mayor parte del tiempo lo pasaba maltratando a su hijo, el cual era un muchacho de unos treinta años, con tal aire de inocencia y de juventud en su cara barbuda, que yo lo tomé primero por medio idiota; pero cuando lo hube tratado más comprendí que era muchacho inteligente y de cierta cultura. Pero a fuerza de tratarle como niño, su madre acabó por hacerle adoptar la apariencia y carácter de tal. Sonreía a todo con dulzura extrema, hasta cuando su madre le reprendía y le afrentaba.

Al levantarse ésta de la mesa, solía decirle: "¿Vienes?", con un tono seco, y la seguía dócilmente. Llevaba el bolso de la madre, la sombrilla, el paraguas, cuando estaba nublado; hacía de negrito y de perro. Mostrábase servicial con las amigas de su madre, unas señoras viejas y enormes cargadas de joyas.

Supe que se llamaba la señora Coudurier; que era viuda desde hacía mucho tiempo; que había hecho cierta fortuna traficando en alhajas, y que su hijo Marcial, que se había criado débil y enfermizo, había tenido que suspender sus estudios por el mal estado de sus bronquios.

Marcial se sonrojaba al escuchar todo esto, y a veces decía: "Sí, sí", con su voz atiplada de niña barbuda.

Cuando hacía un gesto como para irse, su madre le decía: "¿Adónde vas? Quédate conmigo. En ninguna parte estarás como con tu madre." Y él se quedaba sonriendo siempre, pero visiblemente molesto.

Un día en que se paseaba con una de las señoras más viejas (porque su madre le permitía esas honestas distracciones), oí las confidencias que hacía la señora Coudurier a otra vieja:

—Ya ve usted: no puedo dejar a Marcial; tengo que vigilarle día y noche, porque con el carácter y la salud que tiene, si diese con alguna mala mujer me lo mataba. Y no tengo más que a él en el mundo. Si perdiese a mi Marcial me moriría...

¡Con qué ojos de deseo miraba el pobre Marcial a las muchachas jóvenes y bonitas! Si la señora Coudurier lo notaba, se valía de cualquier pretexto para hacerle volver la vista en otra dirección.

Era violenta, brutal, colérica: por la menor desobediencia le decía en público las cosas más desagradables, y el desdichado Marcial no sabía responder más que: "¡Oh, mamá, mamá!"...

Entablé relaciones con ellos un día

UNA VICTIMA

Por E. JALOUX

en que la señora Coudurier se sintió indispueta al levantarse de la mesa. Todo el mundo se apresuró a socorrerla. Marcial, con los ojos llenos de lágrimas, daba golpecitos en las manos de su madre. Yo fui por un frasco de agua de melisa que tenía en mi cuarto, y algunas gotas bastaron para reponerla. Desde entonces la señora Coudurier me trató siempre como su salvador.

Los volví a ver en París. Vivían en un cuarto horrible y grande, en el que seguían llevando la misma vida de antes. Marcial no salía solo casi nunca. Su madre frecuentaba una sociedad de damas viejas, fanfarronas y ricas, con las cuales el hijo mostrábase servicial. Varias veces intenté llevarle conmigo al teatro o al restaurante, pues me hubiera gustado intimar con él y escuchar sus confidencias; pero la señora Coudurier se incorporaba a nosotros, y veíame precisado a salir con la madre y el hijo.

A los dos o tres años murió la vi-

vitó a almorzar al día siguiente. Acepté, y al sentarnos a la mesa vi entrar en el comedor a Dolores, la antigua criada, pero vestida con un lujo extravagante que alejaba toda duda sobre sus nuevas funciones.

—Amigo mío—me dijo Marcial con gran entusiasmo—, voy a darle una buena noticia: ¡Dolores consiente en ser mi esposa!

Era una mujer bastante guapa, cuarentona, fuerte y de buenos colores.

Desde que empezamos a comer comenzó a decirle a Marcial cosas muy desagradables; censuró su glotonería, su avaricia, su timidez, de igual modo que lo hacía su madre; le decía que era necio, estúpido y fastidioso. El escuchaba con una sonrisa extática.

—¿Adónde vas esta tarde?—le preguntó al terminar de comer.

—Al Luxemburgo, a ver jugar a los niños.

—Yo saldré contigo. Serías capaz de engañarme con la primera que encontrases.

LA COLERA

Hasta la cólera más legítima se calma al punto ante la idea de que quien nos ha ofendido es un desventurado. Lo que la lluvia es para el fuego, eso es la lástima para la ira. Cuando alguien trate de vengar cruelmente una injuria, le aconsejo, si no quiere prepararse remordimientos, que se figure con

colores cumplida ya su venganza, que se represente a su víctima presa de sufrimientos físicos y morales, en lucha con la miseria y la necesidad, y que diga para sí: He ahí mi obra. Si algo en el mundo puede extinguir la cólera, es esta idea.

A. SCHOPENHAUER

da de Coudurier de un ataque de apoplejía. Fui de los primeros en acudir a la casa; Marcial, anonadado, lloraba como un niño. Busqué vanamente en su cara la menor expresión de esperanza o de gozo ante la idea de su libertad reconquistada; pero evidentemente no pensaba en eso.

—¡Ay, señor Carendy!—decía en medio de sus sollozos.—No ha habido madre mejor en el mundo. Al perderla, lo pierdo todo. Yo no hacía nada sin contar con ella. Conocía toda mi vida, todos mis pensamientos. ¡Y qué buenos consejos me daba! ¿Qué habría sido de mí sin ella? Usted que la ha conocido y la apreciaba sabe lo que era. Se ocupaba de mí a todas horas... ¡Qué corazón el suyo!

Como tenía gran curiosidad por saber cómo usaría Marcial de su libertad fui a verle varias veces; pero lo encontré cohibido y con su timidez de siempre. Se notaba que mis visitas no le eran agradables; pero mi impaciencia por conocer el motivo era tal, que me obstiné y seguí visitándole. Noté que la mujer que me abría la puerta no era la misma de antes; pero no di importancia a esa observación.

Un día Marcial me recibió con grandes demostraciones de afecto y me in-

Dolores salió del comedor para acabar de aviarse. En cuanto nos quedamos solos, Marcial me cogió la mano afectuosamente:

—¿Lo ve usted, señor Carendy?—me dijo.—Al fin soy algo feliz...

El sistema métrico decimal

Una plausible iniciativa

El ministro de Agricultura, ingeniero don Emilio Mihura, nos envía la nota que, gustosos, transcribimos a continuación, complaciendo el pedido que se nos hace, de colaborar, con la acción oficial, en el sentido de propender a que el sistema métrico decimal sea el único que rija en la República, cuando se trate de expresar pesas y medidas, como lo ordena la ley respectiva.

En afecto; nada más fácil de inducir a confusión y engaño, que la adopción de pesas y medidas antiguas y en desuso, ajenas al sistema métrico decimal, que todavía suelen utilizarse en las transacciones comerciales, y siendo el público el más directamente interesado en que desaparezca la mencionada costumbre, creemos que debe cooperar a la acción emprendida por el ministerio de Agricultura, rechazando, en

todos los casos, el empleo de cuantas pesas y medidas sean extrañas al sistema legalmente establecido, o sea el métrico decimal.

He aquí la comunicación de referencia:

"Señor director de la revista FRAY MOCHO.—Capital.

La Oficina Nacional de Pesas y Medidas ha llamado la atención de este ministerio sobre las infracciones al reglamento de la ley N.º 845 que se cometen a menudo en los anuncios comerciales publicados en los diarios, al consignar denominaciones de pesas y medidas ajenas al sistema métrico decimal adoptado en nuestro país, por aquella disposición legislativa, en forma única y excluyente.

Ante la letra estricta del antiguo reglamento de la ley, dictado el 13 de julio de 1877 (art. 31), e igualmente dentro del nuevo decreto reglamentario (art. 18, inc. e), de fecha 30 de enero de 1925, los hechos denunciados serían punibles, ciertamente; pero encarándolo la cuestión con un criterio más amplio, no es posible dejar de ver en ellos otras tantas manifestaciones de viejos hábitos y costumbres que la vigencia del precepto legal, a pesar de sus prohibiciones terminantes y de sus penalidades, no ha conseguido suprimir del todo ni modificar en forma decisiva.

Este aspecto de la cuestión, que debe tenerse en cuenta en primer término, puesto que se ajusta a la realidad de nuestro medio social, impone una duda seria sobre la eficacia de las medidas represivas por sí solas, y sugiere, en cambio, la conveniencia de inculcar y difundir en el público el convencimiento de la utilidad práctica del sistema métrico decimal.

Con este criterio, he pensado que los diarios pueden ser los mejores colaboradores del gobierno en el propósito de hacer cumplir los preceptos fundamentales de la ley N.º 845.

Ellos pueden prestar, ciertamente, un positivo servicio público en esta como en otras cuestiones. Pueden actuar directamente, con indudable eficacia, sobre sus clientes avisadores, sugiriéndoles la adopción de las denominaciones legales de pesas y medidas en los avisos que publiquen. Pero, mucho más que esto, espero que, reconociendo y compartiendo los propósitos del suscrito, han de acoger favorablemente la presente comunicación y han de prestarse, sobre todo, a difundir entre sus lectores y el público el conocimiento y el convencimiento sin el cual no es posible la existencia real de ninguna ley.

La de pesas y medidas, con la cual nuestro país puede decirse que se adelantó a su tiempo, necesita quizá más que otras, por lo mismo que ha venido a innovar prácticas inveteradas, la acción conjunta de prédica, difusión y vigilancia del gobierno y de todas las entidades sociales directivas, entre las cuales la prensa es hoy en día, sin duda alguna, la más poderosa y eficaz.

Me permito, pues, solicitar el concurso y la colaboración del diario que usted dirige, e invoco complacido para ello, el propósito de bien público que anima a la prensa de nuestro país en general.

Saludo al señor director con mi más distinguida consideración.—Firmado: Emilio Mihura."

FRAY MOCHO.

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre... \$ 2.50	Trimestre... \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre... " 5.00	Semestre... " 6.00	Semestre... " 4.00
Año... " 9.00	Año... " 11.00	Año... " 8.00
N.º suelto... 20 cts.	N.º suelto... 25 cts.	
N.º atrasado 40 "	N.º atrasado 50 "	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande, 5 + + + + + cada tomo	\$ 12.—	3.70
" " " chico, " " " " " " " "	8.—	2.—
Tapas sueltas " " " " " " " "	8.—	2.—
" " " " " " " "	6.—	1.50

PAPEL Y TINTA

El alma en el pozo, de Victor Juan Guillot.

Dentro de los géneros literarios, el cuento es, sin duda alguna, uno de los más difíciles. En su mismo carácter de prosa sintética, generalmente breve, él ha evolucionado en estos últimos tiempos hacia una mayor acción dramática y hacia una gran concisión en la forma. Los cuentistas eslavos son los que han comprendido mejor esta evolución, y las obras de Kuprin, Chejov y otros, por ejemplo, llegan a una perfección difícilmente superable. Claro está que en esa especie de "condensación de elementos", va involucrada una gran dificultad, siendo ella la causa de que los buenos escritores de cuentos aparezcan, muy de tarde en tarde, en la república de las letras. Victor Juan Guillot es de esos pocos, y a fe que sus dos libros, "Historias sin importancia" y "El alma en el pozo", dicen bien a las claras cómo es de múltiple y vigoroso su talento de escritor. En el segundo de los volúmenes citados, agrupa doce cuentos de carácter vario, todos ellos a cual más interesantes y realizados con una exquisita conciencia artística. Hay observación de la vida real y hay ingenio, y hay un dominio grande de la prosa y hay muchas otras cosas más que van ganando, página a página, la simpatía del lector. El cuento que da nombre al libro, y "Anestesia", "La oficina", "La parábola del hombre que poseyó la lámpara" y muchos otros, son, a nuestro juicio, verdaderas joyas.

Y en el fondo de todo, bajo las bellezas del estilo y de la narración, se siente el agua de la ironía que corre, traviesamente, burlándose de todas las cosas torpes de la vida. Pero es un escepticismo noble y sano, que eleva siempre el espíritu, y que hace de Guillot, a más de un gran escritor, uno de los más finos ironistas de América.

F. E. G.

Canciones de adolescencia, versos, Arturo Lescano.

El autor de este libro posee las cualidades del poeta verdadero; esas cualidades que llevaron a Amado Nervo a afirmar que decir "poeta místico"—en el exacto significado del vocablo—era redundancia. Y agregaba que, indudablemente, no era "poeta" aquel que sabía rimar ojos con antojos y cosas por el estilo.

Lescano posee sentimiento más que arte de versificador, aunque sus cualidades en esto último sean apreciables. Sus versos no se alejan de las reglas de la poética; aunque a algunos les falte musicalidad. Pero si la fonética de su obra no está del todo de acuerdo con sus otras condiciones, el sentir profundo del poeta aquilata su temperamento exquisito y bellamente sensitivo. Piensa con hondura y sabe expresar su pensamiento y su sentir.

Por otra parte, no es siempre fácil encontrar un conjunto tan homogéneo en sus características como el que nos brinda Lescano en "Canciones de adolescencia". El título es modesto y sencillo, y si sus versos son fruto de esa temprana edad que

menciona el epigrafe, debemos felicitarnos, pues quien en esa época logra resultados halagüeños, merece a no dudar y sin regateos el calificativo de "promesa". Poseyendo sus cualidades se puede llegar lejos, pero es bien sabido que no es sólo el talento el que lleva a la consagración, sino la condición, no muy frecuente, de perseverar en la obra y poner en ella todo el tesón y cariño que sienten los hombres de letras que tienen fe en la altura de su misión.

Acierto y buen gusto en la elección de los temas; alto sentimiento poético; apreciables condiciones de versificador, son las cualidades dominantes que ostenta esta obra, en la cual alguna falla inherente a toda obra humana no logra deslucir su conjunto.

La lírica argentina joven tiene un buen aporte en "Canciones de adolescencia".

R. de C. E.

Cuentos escogidos, por Carlos Gómez Iparraguirre.

Pertenece Carlos Gómez Iparraguirre a esa élite de escritores discretos y recatados que, realizando una obra bella y diáfana, rehuyen el relumbrón, siempre peligroso, de la publicidad, a la vez que escatiman al público lector esas concesiones siempre perjudiciales a todo cuanto en una u otra forma aspira a ser artístico. Escritor disciplinado, culto y de una rara y exquisita sensibilidad, antes que prodigarse infu- tuosamente en diarios y revistas, recatada y directamente, háse entregado de lleno a su arte silencioso, burlando hermosas joyas en "Cuentos escogidos", cuya segunda edición acaba de poner en venta la Editorial Tor.

Y este solo hecho de haber merecido una segunda edición—en plazo tan breve,—habla bien a las claras de la aceptación que entre el público selecto tienen los trabajos del joven y prestigioso escritor.

Es que en "Cuentos escogidos", palpita constantemente una delicada emoción; es que en todas sus páginas la nobleza de sentimientos y la pureza de expresión fundense para producir en el ánimo del lector una siempre conmovedora emoción y un interés que jamás decae. Gómez Iparraguirre, por otra parte,—y esto bien merece ser puesto en evidencia,—jamás hace una sola concesión al mal gusto; emplea constantemente recursos legítimos y de nobleza artística, y cuando triunfa y domina al lector, lo hace siempre en buena ley.

Así como Gómez Iparraguirre en su vida de artista es un hombre recto y que sabe dónde va, así, en estos "Cuentos escogidos" ha reafirmado su credo estético y una ideología rara en estos tiempos de vacilaciones y malabarismos insubstanciales.

Grammaire Française, por A. Guilbert de Blaymont.

Bajo este título, la señora de Blaymont, directora de la Academia Provincial de Lenguas Vivas de Rosario de Santa Fe acaba de publicar

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. AMADEO NATALE

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735—U. T. 7382, Av.

Dr. JUAN E. CARULLA

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente
enfermedades internas
Méjico 1360

Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. VICTOR MORASCHI

OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL
OFTALMOLÓGICO «SANTA LUCÍA»
DE 2 A 4 1/2
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4723, Rivadavia

Dr. ALBERTO T. BARRAGAN

DENTISTA CIRUJANO
De 14 a 18 Sáenz Peña 216
U. T. 38 Mayo 6837

Dr. A. R. ZAMBRINI

Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y
oides del Hosp. San Roque
VIAMONTE 726 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. JORGE I. DEL PIANO

Médico del servicio de garganta, nariz
y oídos del Hospital San Roque.
Asistente a la clínica del profesor
Sebileau (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1875 — U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. ALEJANDRO PINTO

MÉDICO CIRUJANO
Ex Practicante Interno de los Hospita-
les San Roque y de Niños de la Capital
Federal. — Señoras y Partos.
Bm. MITRE 1272 Adrogué

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAVIO

Médico oficial del Círculo de
la Prensa y Director del Ser-
vicio Médico del Jockey Club.
LAS HERAS 1877
Consultas de 3 a 5 p. m.
Unión Telef., 5728, Juncal

dos volúmenes impresos por la Editorial Tor, correspondientes a los dos primeros años del aprendizaje de la lengua francesa.

La obra de la distinguida profesora aludida, desarrollada de acuerdo con el programa de enseñanza del francés en las Escuelas Normales de la Argentina, puede concepc- tuarse como de extraordinaria utilidad y en extremo interesante, de ella puede afirmarse, en efecto, que en materia de enseñanza de la bella lengua gala, viene a llenar una necesidad particularmente sentida por todos aquellos alumnos que se ven obligados a estudiar el francés en libros que no han sido hechos para ellos, y que como generalmente proceden de la misma Francia, suponen en el estudiante ciertos conocimientos de las expresiones y los vocablos. Estos dos libros, en cambio, constituyen, valiosísimos textos para iniciarse en el conocimiento de la lengua francesa, tal como en estos países ocurre lógicamente, desconociéndola en absoluto. En esta forma, la señora Guilbert de Blaymont ha venido a resolver un problema realmente arduo, que era el que se planteaba a profesores y alumnos, cuando éstos comenzaban a hacer sus "primeras armas". Desprovistos de un texto realizado, en parte al menos, con "mentalidad" castellana, los principiantes se veían en figurillas para dar los primeros pasos y los maestros se veían obligados a realizar un esfuerzo sobrehumano para inculcar en los aprendices la noción de las primeras equivalencias que los textos "made in France" no podían contener.

Por otra parte, ajustados a los programas normales y desarrollados de acuerdo con un hábil e inteligente plan objetivo, los dos textos que nos ocupan—que serán seguidos por otros, para los años superiores—se convierten en imprescindibles para la fácil iniciación en los secretos del difundido idioma.

El rosario misterioso, por Clodomiro de Caboteau. Editorial Tor.—Buenos Aires.

Es este libro un a modo de rosario seductor, en el que las cuentas tienen la pureza del diamante y la diadema de los cielos. Al darle forma su autor, ha husado el filoso escultor de su imaginación en las entrañas del infinito, obsesionado por el ritmo y sediento por llegar a las fuentes del misterio y de la vida.

Tronchadas sus ilusiones en ésta, que es cual su ascensión a la montaña; destrozada la flor en cuyo recóndito seno un día creyó encontrar la clave de sus anhelos, su arpa solo emite los lamentos de su espíritu cadencioso y su voz melodiosa y triste es como el preludio de una tragedia de corazón.

Y por ser poeta y por ser artista, identificado su espíritu con la divina esencia, flota cual jirón de amargura sobre las profundas y hermosas páginas de este libro, clamando por un poco de paz para su tránsito por este mundo, y un poco de amor para todos aquellos corazones que, cual el suyo, experimentaron la gran decepción.

Hemos recibido:

Memoria anual de 1924 del Museo Nacional de Historia Natural "Bernardino Rivadavia".—Precedida de la conmemoración del primer centenario de la fundación del museo y del decreto orgánico del mismo, complementada con 41 láminas ilustrativas, por M. Doello-Jurado, director del museo. Buenos Aires, 1925.

La tierra aguaraz.—Trabajo presentado a la Academia Nacional de Ciencias Económicas, por su presidente, el doctor Manuel B. Gionet, en la sesión mensual del 15 de octubre de 1925. Buenos Aires, 1925.

Por la salud.—Volumen VII. Número 4. París.

Revista del Ateneo. Año III. Número 20.—Jerez de la Frontera (España).

Bajo las arenas de Trípoli El puerto romano de Leptis Magna

Se han hecho recientemente importantes descubrimientos arqueológicos en el desierto de Libia, al norte de África. Resultado de las excavaciones ha sido el desenterramiento de la antigua ciudad romana de Leptis Magna.

No falta quien conceda a esta ciudad tanta importancia arqueológica e histórica como a Pompeya. Entre los así opinantes se cuenta al ilustre profesor italiano doctor Bruno Roselli.

Doscientos árabes prisioneros trabajaban en las excavaciones bajo la dirección de autoridades italianas. Está la antigua ciudad situada a unas cien millas al este de Trípoli. Hubo un tiempo en que un brazo de mar llegaba hasta sus muros. Los muelles se conservan aún, y casi intactos.

Según el doctor Roselli, quien primero acusó la existencia de la ciudad enterrada fué un arqueólogo alemán, al ver, unos ochenta años, cómo unos extremos de columnas emergían de las arenas.

Por aquel entonces, Trípoli pertenecía a Turquía. El interior del país constituye la parte más agreste y salvaje del norte de África, y todas las cosas permanecen en él como hace muchos siglos.

Ningún intento de excavación pudo hacerse hasta que Italia empezó a regir los destinos de Trípoli en 1911. Pero apenas comenzados los trabajos estalló la guerra europea. Se puede, pues, afirmar que las obras de excavación de Leptis Magna no empezaron a rendir positivos frutos hasta 1920. Uno de los más importantes hallazgos ha sido una estatua de Esculapio. Le falta la cabeza; pero ésta, sin duda, será encontrada bajo las arenas.

A orillas de lo que fué un brazo de mar ha sido descubierto el muelle romano, el único que no sufrió adiciones posteriores. Muelle y escaleras se hallan en perfecto estado de conservación. De aquí partían las galeras cargadas de cereales con rumbo a la ciudad imperial.

Ninguna ciudad antigua, a excepción de Pompeya al ser desenterrada, ha sido encontrada en tan perfecto estado de conservación. Pompeya es superior a Leptis Magna en valor estatuario. Pero Leptis Magna supera a Pompeya en esplendor arquitectónico.

Floreció la hermosa ciudad africana bajo los fenicios y los romanos. Su nombre actual es Lebda, y se halla a 64 millas de Trípoli. La fundaron emigrantes de Sidón y de Tiro, y durante muchos siglos fué el centro comercial de donde partían las rutas hacia el interior del continente africano.

La legión de estrellas es inagotable

La importante revista de Amberes, *La Gazette Astronomique*, publica un artículo interesantísimo sobre los pequeños planetas.

El autor del trabajo, M. F. Roy, analiza un estudio de Mr. C. Strake, referente al descubrimiento de planetas de pequeño tamaño que empezaron a vislumbrarse entre el 1.º de julio de 1922 y el 30 de junio de 1923, y que a pesar del tiempo transcurrido no han podido aún ser identificados.

Dichos planetas llegan a treinta y dos. El catálogo general de estos cuerpos, que quedó suspendido en junio de 1923, comprendía nada menos que novecientos noventa y cinco.

Muchos tienen magnitudes de 15, 16 y 18 a la distancia primera, y la mayoría pasa de la magnitud 18.

Monsieur Strobant calcula que son cien mil el número de estos asteroides, inferiores al tipo 20. Comenzaron a descubrirse y estudiarse en 1801, y ahora se vuelve a dar un gran impulso a los trabajos de observación y descubrimiento.

Y ya que andamos discurriendo de cosas de las nubes, unos datos curiosos, publicados recientemente por el astrónomo Mr. Shapley, acaba de averiguar la distancia que separa a la tierra del grupo de las estrellas del número 6.822 del Catálogo de Dreper. Dicho grupo es como una miniatura del gran núcleo de Magallanes, y llega a la conclusión de que la distancia del grupo 6.822 está comprendida entre 300.000 y 500.000 *par secs*, es decir, en un millón de años de luz.

Se trata de la formación más lejana observada hasta ahora.

Fué vista, por primera vez, por Bernard hace cuarenta años.

Corrigiendo los "descuidos" de la naturaleza

La gimnasia ortopédica como asignatura obligatoria

Se suele hablar con harta frecuencia y aun en lenguaje técnico, de gimnasia ortopédica. ¿Por qué no de ortopedia

en las escuelas públicas de Alemania como asignatura obligatoria.

Ya ha empezado a enseñarse en dos escuelas de Charlottenburgo. La nueva clase, naturalmente, se halla a cargo de personal científico especializado.

Como cada deformación exige una gimnasia y un surtido de aparatos gimnásticos especiales, la instalación de las salas de ortopedia supone gastos no insignificantes.

Al frente de la nueva asignatura, en dichas dos escuelas de Charlottenburgo, se halla el doctor Taendler, quien afirma la eficacia de la gimnasia ortopédica, sobre todo en casos de desviaciones de la columna vertebral, en la que hay que distinguir la desviación raquítica, la habitual y la estática.

Ventajas y desventajas de ser gordo

Así como la mayoría de la gente vive explotando las ajenas virtudes, no faltan tampoco las personas que explotan sus propios defectos para vivir. Unas veces son los defectos morales, como hacen los políticos, los ladrones, o ciertos autores teatrales. Otras veces son los defectos físicos, como hacen los mendigos o los fenómenos de feria y de circo...

En este último aspecto, la ventaja es para los padres. No todos, ¡qué diablo!, han de vivir de la belleza de sus hijas

Ayuda a los otros a libertarse

Soñamos que mil ligaduras nos impiden todo movimiento.

Yo sueño que estoy aquí destas prisiones cargado...

Soñamos que hemos perdido las alas.

Ayuda tú a tus hermanos a encontrar dentro de ellos mismos lo que juzgan que han perdido.

¿Quieres contribuir a la liberación del mundo?

Pues comienza por libertar a cada hombre de su preocupación, de su aprensión, de su prejuicio.

No hay dos seres humanos que lleven igual cadena...

Nosotros mismos nos vamos forjando a diario, perseverantemente, nuestros grillos...

Si bien lo pensamos, nada puede esclavizarnos: ni este cuerpo mismo, porque este cuerpo no es

prisión: es arma, es instrumento, es agente.

El hombre—dice William Crookes—es un cerebro que se ha creado órganos.

¿Piensas tú que un cerebro se crea órganos sólo para aprisionarse?

¿De qué ave has sabido que teja sus propias redes?

(Sabemos, en cambio, de una oruga que si se fabrica una prisión, es justamente para tener alas.)

¿Y quién ha podido hacerte creer que el alma no vuela porque está encarnada?

El alma no está encarnada...

Es como si dijeras que la electricidad está presa en el carrito de Ruhmkorff y encerrada en el flexible metálico.

Aprende, pues, a saber que eres libre y enseña a los otros que lo son.

Amado NERVO.

Calvino, Wellington, Lord Byron, Gavarri...

Sin embargo, como un consuelo de los que, a pesar de sus grasas, de sus líneas antiestéticas, de sus ademanes torpes y sus pasos lentos, sueñan con la gloria, mencionemos también algunos nombres de gordos ilustres: Napoleón, Shakespeare, Flaubert, Alejandro Dumas, Rossini, Rubens, Martín Lutero, Franz Hals, Luis XV, Mirabeau, Rabelais, Manzoni, Bjoernstjerne Bjoernson, Verlaine, Ruskin, Stendhal, Castelar, Soldoni, Aneshach, Juan Pablo Richter, Jorge Sand, Carlos Vogt, Renan, Cuvier, etc.

La electricidad en el Tibet

El Tibet, que hasta hace un cuarto de siglo estuvo celosamente cerrado a los europeos, adopta ahora con calor los descubrimientos de nuestra civilización. Ya ha instalado varias líneas telefónicas y telegráficas y bien pronto Lhasa, "la ciudad prohibida", estará iluminada eléctricamente. El país montañoso, rico en fuerza hidráulica natural, puede asegurar una producción enorme de flúido, pues la sola dificultad estriba en el establecimiento de las líneas.

Hasta el 1923, los ingenieros ingleses no condujeron hasta Lhasa los hilos tendidos a través de montañas de 4.000 metros o más de alturas, y en donde no había bosque que proporcionasen los postes. Los ingenieros estuvieron asistidos de algunos montadores indios que dirigían a los obreros naturales del país y a los cuales no se daba salario, pues las "cargas" existen todavía en el Tibet, y los aldeanos pagan en trabajo sus contribuciones.

Los habitantes de Lhasa están contentísimos con su red telefónica, y los lamas no pierden ocasión de servirse de ella; pero el más encantado de todos es el Dalai-Lama, que en su residencia de verano puede, sin molestarse, comunicarse con sus ministros y subordinados.

Recientemente se ha instalado en las cercanías de la capital, una gran fábrica generadora de energía, y las piezas de todas las máquinas se han tenido que transportar por medio de asnos, dado lo intrincado de las montañas. Toda la explotación está en manos de personal tibetano, y el Dalai-Lama ha enviado un buen número de súbditos a estudiar en Europa la técnica de la electricidad.

Desde cuándo se divide el tiempo en semanas

Se sostiene por algunos autores que los egipcios han sido los primeros que han dividido el tiempo en semanas; que los siete planetas entonces conocidos les facilitaron esa idea y que de esos planetas sacaron los nombres de los días de la semana, como lo prueba el que el lunes estaba consagrado a la Luna; el martes, a Marte; el miércoles, a Mercurio; el jueves, a Júpiter; el viernes, a Venus; el sábado, a Saturno, y el domingo, al Sol.

Los asirios, y casi todos los pueblos orientales, se han servido también de semanas compuestas de siete días. Los griegos contaban sus días por décadas o decenas, los romanos, por novenas.

El uso de dividir el tiempo en semanas no se estableció en Occidente sino con el Cristianismo. Esto fué, sin duda, a imitación de los judíos, los cuales contaban por semanas, pues Dios les había ordenado trabajar durante seis días y descansar el séptimo.

UN REMEDIO CONTRA LAS VERRUGAS

Para la destrucción de las verrugas se recomienda el tuya. El "Thuya occidentalis", llamado también árbol de la vida, es una conífera originaria de la América Septentrional, cuyas hojas y cuya madera se empleaban antiguamente como agentes sudoríferos y antirreumáticos. Para aplicar el remedio se da ante todo al paciente un baño local caliente y lo bastante largo para que ablande las verrugas, y se limpian éstas con agua de jabón y alcohol, a fin de poner aséptica la piel. Luego, con una jeringuilla de Pravaz, provista de una aguja fina de bisel corto se inyectan unas gotas de tintura de tuya debajo de la verruga, repitiendo la inyección por el lado opuesto para que penetre bien el líquido en toda la masa del tumorcillo. Pasados algunos días, la verruga toma un color negruzco, se seca y se cae.

Si la verruga es muy gorda, hay que repetir una o dos veces las inyecciones con unos cuantos días de intervalo. La operación es sencillísima, no ofrece peligro y sus resultados son constantes.

PAPEL IMPERMEABLE

Se toman 250 gramos de alumbre y 125 gramos de jabón blanco, que se disuelven en un litro de agua; en otra vasija, en igual cantidad de líquido, se disuelven 60 gramos de goma arábiga y 180 gramos de cola; se mezclan ambas disoluciones y se ponen al fuego; se sumerge luego el papel que se quiere hacer impermeable en el agua; y finalmente, se le hace pasar entre dos cilindros, dejándole secar después.

Se puede evitar el empleo de los cilindros suspendiendo el papel hasta que haya escurrido el agua, haciéndole secar luego.

El alumbre, el jabón, la cola y la goma forman una "cubierta" artificial que protege la superficie del papel contra la acción del agua y aun contra la del fuego hasta cierto punto.

Esta preparación conviene sobre todo para el papel de embalar empleado en los fardos que han de quedar expuestos a la intemperie.

PARA LOS HEPATICOS

Numerosas son las personas que padecen de insuficiencia funcional en su hígado. Esta insuficiencia no se manifiesta a menudo sino por síntomas muy vagos que precisan que el ojo del médico descubra su verdadero origen. Es un poco menos de resistencia a la toxicidad de ciertos alimentos; es una secreción biliar deficiente que se traduce en trastornos digestivos, o simplemente por el estreñimiento.

Aquí, los laxantes rinden grandes servicios; pero es preciso saberlos escoger. Entre ellos el sulfato de sosa se encuentra en primera fila; la sal estimula las funciones del hígado de un modo notable. Se puede emplear de varias formas. Existe la dosis fuerte de 30 gramos, que no es precisa en la mayoría de los casos.

Un buen método consiste en tomar por la mañana, al despertar, durante tres o cuatro días seguidos, una cucharada de sulfato de sosa en el café. Con él se obtiene buen resultado, y no hay peligro de que exista irritación intestinal.

El sulfato de magnesio es también excelente para la secreción biliar. Asociado con el sulfato de sosa, se forma un compuesto admirable. Mezclando 40 gramos del segundo con 30 del primero se obtiene un agua laxante de efectos muy útiles. Medio vaso por la noche, al acostarse,

CONOCIMIENTOS UTILES

es suficiente para estimular las funciones digestivas.

No obstante los buenos resultados que se obtienen, es conveniente no acostumbrar al organismo a este medicamento; es necesario variarlo. Hay otros productos que poseen condiciones eficaces, y para emplearlos es mejor seguir las prescripciones del médico que visite al paciente.

Hoy día, la moda terapéutica ayuda a estas substancias, y los productos opoterápicos prestan servicios admirables. Se ha comprobado que la bilis era el excitante más perfecto de la secreción biliar; se le reconocía el don precioso de ser un antiséptico intestinal, y, en fin, es innegable que activa las contracciones intestinales. Por eso se emplean con frecuencia los excitantes biliares.

No debemos, al hablar de remedios, olvidar al bicarbonato de sosa,

do, y atar bien con un cordel las partes quebradas, hasta que se haya secado la pasta empleada para la juntura.

SI CERCA DE VOSOTROS CAE UN APOPLETICO...

Debéis desnudar completamente al enfermo; colocarle en la cama casi sentado y en una habitación fresca; le aplicaréis vejigas llenas de hielo o compresas empapadas en agua fresca, que se renovarán a menudo, sobre la cabeza; le aplicaréis sinapismos en los pies. También le aliviarán casi siempre los vesicantes en la nuca y algunos purgantes salinos.

La dieta se limitará durante los primeros días a algunas tazas de caldo frío, leche y yemas de huevo.

Se prohibirá el café, el vino y cualquier otro estimulante.

La hemorragia cerebral, que constituye el ataque apoplético, puede

EL AGNI DEL RIG-VEDA

La historia del descubrimiento del fuego se pierde casi por completo en la noche de los tiempos: únicamente luce aún sobre un punto. Pero ese punto es la cima culminante del mundo, la meseta del Asia superior en la cual fué a encallar el Arca de nuestros progenitores, de la cual surgieron todas las grandes familias de la especie humana. ¡Con cuánta magnificencia revélase allí la Epifanía del fuego! El Rig-Veda es su Biblia ardiente, su libro de salmos fervoroso e inextinguible. Han pasado los siglos sobre ese libro seis veces milenario, y aún sigue encendido.

Entre los mil himnos del Rig-Veda, quinientos invocan al Fuego todopoderoso. Agni-Ignis, es el nombre que toma al fijarse sobre la tierra. Ninguna idea de un fenómeno físico invariable aparece en el procedimiento que lo ha hecho surgir. Sus nacimientos y renacimientos se cuentan como otros tantos milagros, brota y se alimenta merced a un prodigio permanente. Sin el cántico que rima la rotación del palo

en el agujero del disco, el dios forzado no aparecía; la palabra lo excita más que el frotamiento, quiere que le canten a la vez que lo aticen. Todo se anima, todo se diviniza en torno de su concepción misteriosa. Las dos plantas, macho y hembra, que han formado su cuna, conviértense en su padre y en su madre sobre la tierra. El alumbramiento es tardío y laborioso, ayudado por un forceps nace "El hijo de la Fuerza". — ¡Querido Agni! Todavía reposas como el niño recién nacido en el regazo de la parturiente. — Se le ve apuntar, débil y pálido, en el germen de la chispa, y su advenimiento recibe, cual saludos, gritos de éxtasis. En un principio, lame tembloroso la madera que le rodea, pero el recién nacido reclama alimentos más sólidos; el hombre le ofrece hojarascas y cebada cribadas; la mujer la amamanta con manteca y con leche cuajada. Entonces crece y se fortifica visiblemente, y agita en todos sentidos sus innumerables lenguas.

Paul de SAINT-VICTOR.

que tan útil es y tan asequible para todos aquellos que no pueden permitirse el hacer grandes dispendios.

ESENCIA PARA EL PAÑUELO

Ambar gris	1 gramo
Almizcle	1 "
Algalia	5 gramos
Esencia de canela	3 "
" " rosas	2 "
" " leño de Rodas	2 "
" " flor de naranjo	2 "
Carbonato de potasa	6 "
Alcohol de 85°	500 "

y se filtra.

Se dejan en maceración todas estas substancias por espacio de quince días.

CEMENTO PARA UNIR LOZA

Mézclase en un almirez o sobre una piedra lisa una onza de aceite de linaza y albayalde; incorporado en pequeñas porciones, y amasando la mezcla con una espátula o mano de mortero, hasta que adquiere la homogeneidad y consistencia necesaria. Para unir loza basta untar los bordes con el cemento así prepara-

calidad, posee una acción sedativa sobre la sensibilidad de los nervios y alivia inmediatamente el dolor.

LACRE PARA BOTELLAS

He aquí algunas fórmulas:

1.º Para 300 botellas se toma un kilogramo de pez resina, medio kilogramo de pez de Borgoña, 250 gramos de cera amarilla y 125 gramos de mástic rojo, que se derretirán en una vasija de barro o hierro.

2.º Un kilogramo de incienso blanco, 500 gramos de resina y 125 de cera amarilla; o, mejor aún, dos kilogramos de pez de Borgoña, un kilogramo de pez de resina y un poco de sebo, derretidos a la vez, ingredientes que forman una excelente brea, que tapa muy bien las botellas.

Se puede dar color a estas diferentes mezclas de este modo: el encarnado, con minio u ocre rojo; el negro, con negro de marfil; el amarillo, con sulfuro amarillo; el azul, con azul Prusia, y el verde, con el sulfuro amarillo y azul reunidos.

PARA SACAR BRILLO A LOS ASIENTOS DE CUERO

Se baten muy bien las yemas de dos huevos y la clara de uno; se añade una cucharada grande de ginebra, en la que se haya disuelto una cucharada pequeña de azúcar, y se extiende la mezcla por medio de un trapo de hilo o de algodón, sobre el asiento de la silla o banqueta que se trate de limpiar, frotando luego rápidamente y con fuerza.

Puede emplearse también esta receta para sacar brillo al calzado.

CONSERVACIÓN DE JALEAS, CONFITURAS Y MERMELEADAS

Todos estos productos no son en realidad sino conservas de frutas en las cuales entra el azúcar en cantidad suficiente para evitar la formación del moho. Pero como el azúcar no es un antiséptico poderoso, importa guardar ciertas precauciones para asegurar la perfecta conservación de las conservas azucaradas de frutas.

Una de las más usadas consiste en cubrir la superficie de la confitura con un redondel de papel blanco fino, cortado de modo que cubra exactamente la superficie de la jalea, y humedecido inmediatamente antes de usarlo en alcohol, en glicerina o en una solución saturada de ácido bórico. Estos líquidos retenidos por el papel forman encima de las confituras una superficie protectora que dificulta la germinación de los esporos del moho. Después se cubren los tarros con otro papel pegado o atado por los bordes a la parte exterior del recipiente. Debe evitarse el empleo de tapaderas de barro o de cristal, porque la humedad de la confitura sube a la superficie y la capa de aire que existe entre ésta y la tapa se satura de vapor de agua, favoreciendo el desarrollo de las vegetaciones. Empleando como tapadera un papel poroso la humedad pasa al exterior, y si el aire del aposento es seco se seca también el del interior del tarro y no se producen vegetaciones.

Cuando, a pesar de estas precauciones, las confituras se conservan mal, la alteración es debida a la insuficiencia de cocción, por efecto de lo cual queda mucha agua en la mezcla, y en este caso lo mejor es limpiar cuidadosamente de vegetaciones la superficie de la confitura y cocerla nuevamente durante media hora. Después de esto, y tomando las precauciones acostumbradas, las confituras permanecen inalterables durante muchos años.

manifestarse en todas las estaciones del año; es más frecuente en la edad avanzada, y más en el hombre que en la mujer. Algunas veces sobreviene de improviso, sin síntomas de ninguna clase; no obstante, lo más general es que se adviertan señales bastante características, tales como sensación de pesadez en la cabeza, vértigos, somnolencia, torpeza general, ruidos en los oídos, hormigueo en los miembros, etc.

Se manifiesta con la pérdida súbita del conocimiento, de los sentidos y del movimiento; el paciente cae en tierra como herido por el rayo, con la cara inyectada, los ojos sanguinolentos y la respiración trabajosa; no responde absolutamente a las preguntas ni reacciona con los estimulantes. Al cabo de algunos días aparece la fiebre con parálisis.

UN REMEDIO SINGULAR CONTRA LOS DOLORES DE MUELAS

La excelente "Crónica Medical" nos enseña que uno de los mejores remedios contra el dolor de muelas consiste en masticar cáscara de canela; si la cáscara es de buena

"PROBLEMITAS", DE JOSE MARIA VAZ-QUEZ, EN EL SARMIENTO

Indudablemente hay que señalar con piedra blanca en la temporada teatral el estreno de piezas nacionales de mérito y escritas con altura de pensamiento y de lenguaje. Esta circunstancia se avalora aun más cuando se trata de un autor que si no es novel en absoluto, por lo menos puede considerarse tal en los teatros del centro.

La pieza estrenada por la compañía "Sarmiento", está bien hecha y posee méritos que la presentan como una producción muy interesante que resiste la crítica y se hace acreedora al aplauso. Sin duda el autor, ya por modestia o por ironía, ha titulado su obra "Problemitas", cuando en realidad nos presenta en ella serios problemas morales y sociales que encara con acierto y resuelve con eficacia.

La compañía "Sarmiento" dió a la obra de Vázquez una interpretación excelente. Muy pocas veces puede verse en nuestra escena un conjunto equilibrado y de mérito positivo para la representación de lo que generalmente se llama alta comedia. En el caso que nos ocupa, no sólo las primeras figuras tuvieron una actuación destacada, sino que se lució todo el conjunto dando una versión sumamente agradable de la pieza.

Fanny Bréna, especialmente, demostró un temperamento artístico poco común y aptitudes extraordinarias para cultivar con provecho el género. Mereció los aplausos sin reservas que le fueron tributados por el público. Alejandro Flores, Passano, la Limberti, la Agüeda, Serrano, todos, en fin, muy ajustados a su papel y merecedores de elogios.

"LA MUERTE A PLAZO FIJO", EN EL SMART

Es difícil intentar una crítica de la pieza de Eliseo Gutiérrez, estrenada por la compañía de los hermanos Ratti. Clasificada de farsa, ya esta palabra basta para desentor lo que puede en ella hacerse.

Dos tipos creídos por César y Pepe Ratti realizan en "La muerte a plazo fijo" todo cuanto escapa a la lógica, para hacer reír. Pero para hacer reír no con ingenio, espiritualidad ni chistes de buena ley, cosas perfectamente ausentes, sino con situaciones hilarantes, que es lo que abunda en la obra de referencia.

El público se ríe de cualquier cosa, sobre todo de los disparates. Acogió "La muerte a plazo fijo" con grandes carcajadas y, a no dudarlo, llevará la pieza al centenar de representaciones consecutivas.

Actualmente, comparte el cartel con "Dos muchachos modelos", de Hicken y Garzon, que acaba de ser estrenada y la que comentaremos en nuestra próxima edición.

GRAN EXITO DE LA COMPAÑIA PLUS ULTRA

Continúa con gran éxito la actuación de la compañía de operetas que debutó recientemente en el Avenida bajo la dirección de la aplaudida tiple Inés Berutti. "La mascotita" y "En el país de las campanillas", son aplaudidas noche a noche, celebrando el público la lujosa presentación y cada una de las excelencias de este conjunto, que son muchas y de gran valor.

LAS REVISTAS DEL MAIPO

"Labios pintados" y "Lo que gusta a las mujeres" no ofrecen novedad alguna, en el sentido de que permanecen en el cartel, porque en cuanto a la novedad que en sí misma encierran, no tenemos nada que decir después de haberlas elogiado oportunamente.

EL EL MAYO

"El Sonámbulo", de Muñoz Seca y Pérez Fernández, continúa todas las noches en el cartel con éxito hilarante. Juárez y Sanjuan cosechan grandes aplausos.

SAN MARTIN

Confirmó su éxito en sucesivas representaciones la revista "Del tango al charleston", que comentamos en el número anterior.

NUOVA REVISTA EN LA COMEDIA

Con buen éxito fué estrenada en la Comedia una nueva revista de Botta, Carlos Schaeffer Gallo y De Bassi, titulada "The Cataluña's Girls". Damos a continuación los títulos de los cuadros de que consta:

"Calentando las tabas", "No quiero ir a la escuela", "Chevalier, otra vez", "Bombous fins", "The Cataluña's Girls", "Se fué Mateo", "Fantomas", "Cartas de amor", "Justicia de paz", "En la puerta de un cabaret", "Fox-trot aristocrático" y "Salpicón de girls".

"CRUCIFICADOS", DE JULIO DANTAS, EN EL LICEO

La incorporación de piezas del teatro extranjero al repertorio de las compañías nacionales, es una medida de buen gusto y gran acierto, que hemos elogiado siempre. No sólo ofrece la ventaja de presentar al público obras de mérito, sino que también ofrece a los actores ocasión para exteriorizar sus aptitudes al encarnar personajes de psicología distinta a la generalmente simple y monótona, que nos ofrecen los autores locales.

La compañía de Blanca Podestá se ha des-

EL TEATRO CRÍTICA-GLOSAS-HUMORISMO

tacado siempre en estas últimas temporadas por esa buena tendencia hacia el buen teatro y ello le ha valido muchos aplausos.

Pero no siempre la elección de obras es acertada y prueba de ello nos la ha dado con el estreno del epigrafe, que es una producción que no reviste los méritos que justifican la excepción que comentamos. Está bien que se abra nuestra escena al teatro extranjero, pero esto debe hacerse con obras de mérito indiscutible que puedan marcar pautas y fijar rumbos a nuestros autores. No es suficiente una firma acreditada. También en el teatro extranjero hay piezas de mérito muy relativo y esas no tienen derecho alguno a la importación.

"Crucificados", que podría considerarse como una buena obra de un mal autor, es una mala pieza de un autor bueno. Hay en ella pasajes, escenas y diálogos de indudable mérito, pero también abundan los recursos pobres, los actos injustificados, la violencia de los caracteres y otros defectos imperdonables en un autor de reconocida fama. Este juicio, severo desde luego, es el que debe inspirar toda obra salida de una pluma de universal renombre, sobre todo cuando se nos presenta en las condiciones de selección a que aludimos al comienzo de esta crónica.

Blanca Podestá y los elementos de su compañía interpretaron correctamente la obra. La traducción de Ballerini, aceptable.

fías de artistas, escenas de obras y juicios críticos de todos los estrenos, aparte de notas de interés sobre cosas relacionadas con el mundo de la farándula. "Comoedia" es una buena revista, llamada a imponerse en el público, haciéndolo pensar así el éxito de sus dos primeros números.

FUE ESTRENADO EN EL NACIONAL "CAFÉ CON LECHE"

El aplaudido autor don Vicente Martínez Cuitiño, a cuya pluma se deben tantas obras, parece presa de una suerte de ansia renovadora en los procedimientos para construir piezas de teatro. Ya dió en esta misma temporada prueba de ello con la comedia "Noche del alma", que figura en el cartel del Ateneo. Ahora, con "Café con leche", recientemente estrenada en el Nacional, reafirma esa inquietud de variar sus fórmulas teatrales.

En las obras de Martínez Cuitiño hay un asunto muy pensado, un desenvolvimiento de la acción por lo común rectilíneo, salpicado de efectos hábilmente preparados que llegan al público con facilidad. Con la destreza del tirador, este escritor en numerosas piezas dramáticas combinó situaciones y preparó efectos que no fallaron nunca.

Ahora ha puesto a un lado su dexteridad de autor y parece orientarse en otro sentido.

Artistas nacionales



Eliseo Gutiérrez, por Lili Bortini.

LAS NOCHES DEL ATENEO

Sigue en el Ateneo todas las noches la "Noche del Alma", lo que vale decir que son muy espirituales las noches del Ateneo. La obra de Martínez Cuitiño sigue manteniendo el interés del público o mejor dicho, el interés del público la sigue manteniendo a ella. La labor de la Quiroga contribuye poderosamente al mantenimiento de la pieza en el cartel.

MUÑO ESTRENO

"Allá en el bajo, una noche", sainete de Carlos de Paoli, es la novedad que acaba de ofrecer en el Buenos Aires la compañía que encabeza el popular actor Enrique Muño. Estrenada cuando cerrábamos esta edición, de ella nos ocuparemos en el próximo número, adelantando que la pieza fué bien recibida y especialmente celebrado el director del conjunto.

Ensayó la compañía de Muño, "El cabo Bravo", de Octavio P. Sargenti.

"COMOEDIA"

Con este título, acaba de aparecer una revista quincenal, dedicada exclusivamente a cuestiones de teatro. Con numerosas páginas y artísticamente presentada, "Comoedia" ofrece fotogra-

DE SOSLAYO

Se comenta un artículo aparecido en un diario negando la existencia del teatro nacional.

— Dos autores en un café.

— Che, ¿será cierto que no hay teatro nacional?

— Lo único que te puede decir es que yo cobré diez mil pesos de derechos.

— Yo, doce mil.

— Entonces existe.

Un tercero interviniendo.

— No; lo que existen son los derechos de autor. La escena nacional es una mujer muy linda, muy apetitosa, pero sin alma. Ama por el dinero.

EL DIRIGIBLE DE PARRA

No acusa ninguna falla en sus motores el aparato construido y dirigido por el más grande de nuestros actores cómicos. Nada hace pensar, pues, que no realice el raid Marzo-Diciembre, preparado por Parravicini. En esta época de grandes vuelos por desiertos, Parra vuela ante muchedumbres compactas. El Argentino, en efecto, es la sala más concurrida de la capital.

CASAUX

Probablemente a estas horas habrá renovado el cartel la compañía del Nuevo. Mientras hilábamos estas líneas se ensayaba con actividad la obra "Judío", de Ivo Pelay, llamada a substituir al sainete en tres actos de Mertens y Malfatti, "Tripoli nostra".

GRAND SPLENDID

Mañana martes será estrenada la película cómica "El batata", por Harold Lloyd, uno de los films más celebrados del gracioso actor. Es una cinta que viene a sumarse a la serie de grandiosas películas que ha pasado este regio cine, de grandes prestigios en nuestra primera sociedad, que asiste en gran número a sus interesantes funciones.

Recordamos a los lectores que los martes y viernes las veladas son de moda y que las matines de los jueves están dedicadas a los niños con cintas apropiadas.

CAPITOL

Esta bella sala viene desarrollando con éxito su temporada otoñal. "El águila solitaria", estupenda película por Rodolfo Valentino, constituyó un espectáculo admirable que fué muy celebrado por las numerosas familias selectas que concurren diariamente a esta sala. La empresa prepara nuevos y notables films para dentro de breves días.

CASINO

Son aplaudidos todas las noches los artistas que últimamente se presentaron en esta sala, consagrada a las variedades. Henriette Lefevre, Okito, Bara y Kelsey, son los números de mayor atracción.

OTRA VEZ REVISTAS EN EL FLORIDA

El género revisteril es actualmente el que mayores probabilidades tiene para realizar un negocio teatral. Se explica así que nuestras salas se vayan poco a poco llenando de revistas y que hasta los teatros que casi siempre cultivaron el género de variedades conviertan sus espectáculos.

El Florida, en el que ya con intervalos se efectuaron breves temporadas de revistas, ha sido contratado por los flamantes directores César Bourel, Mario Bellini y Raúl Doblas, quienes se proponen iniciar el viernes próximo una nueva "season", estrenando dos producciones: "Las portenas me gustan más" y "Se lo voy a decir a mamá".

ARATA Y MORGANTI

El público ha sancionado un éxito al sainete de Contursi "Los distinguidos reos", del que no es ajeno el tango que canta Corsini, con su habitual discreción.

Arata y Morganti, en dos tipos que les viene a la medida, se lucen mucho en esta obra, que amenaza perdurar en las carteleras del Apolo.

EL NUEVO JUICIO DE SALOMON

Hace algunas semanas, un juez de Detroit (E. U.), tuvo que fallar sobre un caso interesante, que recuerda el célebre juicio de Salomón.

La señora Prola y su cuñada, Irene Goosen, disputábanse la maternidad de un niño. Como los careos más hábilmente dirigidos no dieron resultado alguno, el juez anunció a las mujeres que el niño no sería ni para una ni para otra, pues ingresaría en un establecimiento benéfico.

Al oír la determinación del juez, Irene Goosen cayó al suelo desmayada. La señora Prola permaneció imperturbable.

Por orden del juez, y sin que las protagonistas pudieran darse cuenta de ello, una cámara cinematográfica empezó a funcionar a partir del momento en que fué anunciada a aquéllas el destino inmediato de la criatura.

De esta forma, después de una repetida visión de la película, el representante de la ley llegó a la convicción de que Irene Goosen era la que había concebido en sus entrañas al tierno infante, objeto de la disputa.



Mendoza pintoresca



Grupo de típicos carreros mendocinos, durante un alto en la marcha.



"El capataz", una de las figuras características de la provincia mendocina.



El cerro de la Gloria con el monumento levantado al Ejército de los Andes.

Fots. A. Villalón.



Juventud

Como las flores cultivadas con esmero conservan por más tiempo su frescura y su aroma, así el cutis se mantendrá terso, diáfano, lozano y fragante, si es protegido por el uso de estos exquisitos polvos:

La Hora Deliciosa

Polvo de arroz finísimo de fragancia sutil y penetrante.

Polvo Cielito Mío

Semigraseoso, una feliz combinación en cuanto a polvo y perfume.

Polvo Graseoso Leichner

permanece delicadamente adherido al rostro, dándole un aterciopelado encantador.